A RED RILEY NOVEL

CHICAGO BLUE



STEPHANIE ANDREWS

Stephanie Andrews

Chicago Blue

Una aventura de Red Riley #1

Las Aventuras de Red Riley:

Chicago Blue
Diamond White
Solid Gold
Agent Orange
Deep Sea Green

The Levelers:

The Grafton Heist
The Train Job

1

—¡Quédese justo ahí, señor elegante!

El aviso era solo por un allanamiento, pero el sujeto figuraba como potencialmente armado e inestable. Este tipo no parecía ni lo uno ni lo otro, pero no quería arriesgarme. Presioné la radio de mi hombro sin apartar la mirada del hombre que tenía delante. —Aquí Riley. Lo tengo en el veintidós. Solicito refuerzos inmediatos.

—Escuche...

—¡Cállese! —Intenté hacer mi voz más profunda, mostrar algo de actitud para que se quedara quieto y mantuviera la boca cerrada. No era raro que los sospechosos no me tomaran muy en serio. Diablos, ni yo misma me tomaba en serio. Era una pésima policía y no tenía planes inmediatos de mejorar.

Era alto y atractivo, e impecablemente vestido, como si acabara de gastarse todo mi sueldo en un entrante en Spiaggia.

Al parecer, le convencí de que no estaba de humor para escuchar porque, con un ligero encogimiento de hombros, hizo un amago hacia su izquierda y luego saltó hacia la derecha a través de la puerta más cercana.

—¡Maldita sea! —grité y, sin pensar, atravesé la puerta tras él antes de que pudiera cerrarse, antes de poder considerar lo idiota que era ese movimiento.

Era una sala de juntas de tamaño excesivo, pero el hombre ya había llegado al otro lado de la habitación, al extremo opuesto de una enorme mesa de conferencias. Debió de deslizarse por encima de la mesa como Luke Duke. No estaba a más de cinco metros de mí, pero aun así grité a pleno pulmón.

—¡Quieto! Muéstreme las manos. ¡*Ahora*! —Mis palabras resonaron por la sala de juntas vacía.

—Me llamo Carter Blalock —dijo.

—No me importa.

—Soy el director ejecutivo de Illcom...

—No... —En realidad, eso era muy extraño, ya que estábamos en el edificio propiedad de su mayor competidor. Una voz en el fondo de mi cabeza formuló una pregunta. Otra voz, también en el fondo de mi cabeza, me dijo que dejara de hacer preguntas. También dijo que mi pelo se veía bien.

Levantó los brazos y las mangas de su abrigo se deslizaron hacia atrás, revelando un reloj en su muñeca derecha y un brazalete grande y extraño en la izquierda. Digo extraño porque era metálico, de unos diez centímetros de ancho, y tenía incrustado un cristal que emitía una luz amarilla parpadeante y lenta, como una especie de baliza extraña. Verdaderamente extraño.

—Le dije a Ralston que se diera prisa, pero es demasiado tarde —dijo, con voz tranquila pero con manos temblorosas—. No es un farol.

No tenía ni idea de quién era Ralston. Solo sabía que yo estaba rastreando las plantas 20 a 23, Jarvitz se ocupaba de la 24 y 25, y Baker tenía las cuatro plantas por debajo de mí. Uno de ellos llegaría en cualquier momento. Esposarían a este tipo mientras yo le apuntaba con mi pistola y luego todo terminaría e iríamos a tomar algo hasta que la adrenalina bajara y pudiera irme a casa a dormir.

Con una mano, mantuve mi pistola nivelada y apuntando a su pecho, mientras que con la otra me aparté el pelo de la cara. Estaba intentando dejarme crecer el flequillo, pero algunos mechones seguían escapándose de las horquillas. Mi pelo tenía un aspecto horrible.

—No queda mucho tiempo —me dijo con naturalidad, y miró hacia su izquierda, a lo largo de la mesa, hacia las ventanas del suelo al techo al final de la sala. Las cortinas estaban abiertas y desde esa altura había una vista espectacular del lago Michigan, incluso de noche. O especialmente de noche. Lo que sea.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —le dije—, así que mantengamos la calma y podremos resolver esto.

Me miró con lo que parecía lástima, y luego echó un vistazo de reojo a la luz amarilla parpadeante en su muñeca.

—Estoy intentando salvarle la vida —dijo, y luego se giró y corrió hacia la ventana.

Fue uno de esos momentos de claridad, cuando el tiempo se ralentiza. Pensé: "Así que salta por la ventana. Menos posibilidades de una demanda por muerte injusta. No es como si se pudiera sospechar que yo he lanzado a un hombre de un metro ochenta y noventa kilos por una ventana. Siendo las leyes de la física lo que son, tendría que ser una especie de ninja asesina. Una ninja asesina pelirroja, pecosa, de metro sesenta y cinco. En diez años de servicio no he disparado mi arma ni una vez, ¿por qué empezar ahora?"

El tiempo volvió a su ritmo normal y vi cómo se lanzaba con todas sus fuerzas contra el cristal central. No hubo sonido de cristales rotos, solo el horrible crujido de su nariz rompiéndose al rebotar de cara contra el vidrio reforzado y desplomarse en el suelo. Eso tuvo que doler.

Me moví con cautela por la habitación, con mi arma aún apuntándole, hasta que estuve a menos de dos metros. Él gimió y se dio la vuelta. La sangre manaba de su nariz hacia su camisa. ¿En qué clase de problemas estaba este tipo para intentar saltar por la ventana de un vigésimo piso en lugar de enfrentarse a unos años de cárcel? Esa camisa estaba totalmente arruinada.

Abrió la boca para hablar, pero justo en ese momento un pequeño pitido salió del brazalete de su muñeca, y la luz amarilla se volvió roja y comenzó a parpadear más rápido.

Blalock me miró con ojos llenos de pavor y resignación y a través de sus labios ensangrentados salió una palabra: —Corra.

Tal vez fue esa mirada en sus ojos, o la urgencia de la luz parpadeante, pero le hice caso. Me giré y di dos pasos hacia la puerta antes de tropezar con el protector de plástico de la alfombra

y caer de cabeza en la lujosa silla de respaldo alto en la cabecera de la mesa. La silla rodó con mi impulso, patinó y giró a medias, arrastrándome. La cara sorprendida de Jarvitz apareció en la puerta justo cuando Blalock explotó. Una enorme onda de fuerza y sonido golpeó el respaldo de mi silla, propulsándome por el aire y luego hacia abajo, de cara contra el sólido e implacable roble de la mesa de la sala de juntas y más allá, hacia la absoluta oscuridad.

2

Me desperté en una cama que claramente era de hospital. La luz era dura y blanca. Parpadee hasta que pude ver, más o menos, y noté a mi capitán sentado en la silla junto a mi cama. Me miró y sacudió la cabeza.

—Red —dijo—, estás vivo.

No parecía muy entusiasmado al respecto.

Cerré los ojos y me dejé llevar.

3

No podía recordar casi nada de la explosión. Fragmentos y pedazos regresaban a mi mente en momentos extraños. Sabía que tanto Jarvitz como Blalock habían muerto, pero de alguna manera yo había sobrevivido con una conmoción cerebral y algunas otras lesiones menores.

El día que salí del hospital también fue el día del funeral de Jarvitz. Pensé en ir, pero Cap simplemente negó con la cabeza y me miró como si hubiera perdido el juicio.

—Esa —dijo— es una idea horrible.

Así que en su lugar me fui a casa, a mi apartamento, donde encontré todo exactamente donde lo había dejado hace una semana cuando había salido a mi turno. Vivía sola, sin mascotas, sin familiares cercanos, así que no sé qué esperaba. ¿Flores de recuperación, colocadas en la mesa del comedor por un repartidor ingenioso con talento para forzar cerraduras? ¿Guisos fuera de mi puerta? Sentí nostalgia por los tiempos de los contestadores automáticos con sus pequeños números digitales rojos indicando cuántas llamadas habías recibido mientras estabas fuera. Mi iPhone, que no había sobrevivido a la explosión, no contaba historias. Había hablado con mi madre, más o menos, desde el teléfono del hospital, y con mi amiga Ruby, así que realmente no sé quién más me habría llamado. ¿Quizás «Los Chicos»?

Dejé caer mis llaves en el platillo de la mesita auxiliar en el pasillo, luego miré alrededor de mi cocina. Las plantas necesitaban agua. Una hormiga solitaria avanzaba por la encimera, arrastrando una miga. Había algunos platos sucios en el fregadero, pero por suerte ninguno había desarrollado moho. Todavía.

En mi dormitorio, me quité lentamente el abrigo y me miré en el espejo sobre mi cómoda. Aparte de los moratones púrpura que aún se veían alrededor de mis ojos, y la zona afeitada de mi cabeza sobre mi oreja derecha —veintisiete puntos—, parecía bastante

normal. Mi nariz seguía siendo la Riley de siempre, pero ahora parecía apuntar ligeramente hacia la izquierda de una manera que no lo hacía antes del accidente. ¿El incidente? El... Ah, mierda.

Estaba cautivada por mi reflejo, mis heridas me hacían parecer extraordinaria y aterradora. Normalmente, era asombrosamente mundana. Mi pelo era naturalmente pelirrojo. Las pecas jalonaban mi piel pálida. Me elegían mucho para trabajar de paisano porque podía pasar todo el día caminando por un centro comercial o un campus universitario y nadie me miraría dos veces. Tenía un cuerpo bastante bueno, porque me esforzaba por no ser una de esas policías que apenas pueden salir del coche patrulla sin ayuda. Era de estatura media, con pechos medianos, trasero mediano. Media, media, media. Los Chicos nunca me invitaban a salir porque, según ellos, yo era «uno de Los Chicos», y eso sería raro. Aunque eso nunca les impidió ligar con Amanda Arsenault. O con Vicky de forense.

Bueno, si yo era uno de los chicos, ¿por qué ninguno había venido a verme al hospital? Ya lo sé. Jarvitz. Lo entiendo. De alguna manera era mi culpa por no advertirle que la habitación estaba a punto de explotar. Solo estaba sintiendo lástima por mí misma.

Miré alrededor del dormitorio y me sentí deprimida. Aparte de un póster enmarcado del Instituto de Arte, que todavía me encantaba, todo aquí parecía tener una década de antigüedad y estar rancio. Viejos CD apilados junto a mi equipo de música: Green Day, Moby, Gwen Stefani, Destiny's Child. Ya no compraba CD, por supuesto, solo descargaba canciones, pero mis gustos no habían cambiado mucho. En mi armario, vaqueros, pantalones chinos, camisetas, blusas de colores apagados. En cierto modo, sentía que después de que mi padre muriera, después de unirme a la policía, simplemente dejé de buscar cosas nuevas, experiencias nuevas, y la vida se convirtió en una rutina.

¿Mencioné que sentía lástima por mí misma? ¿Lo hice? Vale.

Me cambié, lenta y rígidamente, poniéndome mi bañador rojo de una pieza y luego me metí con cuidado en un chándal y cogí una

toalla del armario. Mi edificio de apartamentos tenía piscina cubierta, y nadar era mi forma preferida de hacer ejercicio. Como apenas podía caminar, pensé que flotar tranquilamente podría ser justo lo que necesitaba.

Y lo fue. Regresé a mi apartamento después de una hora en la piscina, y tomé una ducha larga y caliente. Sintiéndome mucho mejor, me vestí con pantalones cortos de gimnasia y mi camiseta de Veruca Salt, luego me senté a la mesa del comedor para clasificar el correo acumulado de una semana. La mayoría era basura, pero entonces me encontré con un sobre con el membrete del departamento. Curiosa, lo abrí de inmediato.

¿Qué demonios...? ¿Suspendida? ¿Por correo? Menuda pandilla de capullos. Parecía que me habían suspendido durante sesenta días mientras se investigaba el incidente del 26 de abril. Con media paga. Se me exigía permanecer en Chicago durante esos dos meses, ya que debería estar disponible para responder a preguntas sobre la explosión cuando la junta me necesitara. Se me exigiría registrarme con mi capitán una vez por semana. Tres «exigir» en un solo párrafo. ¿No tienen un diccionario de sinónimos?

Tengo que admitir que estaba cansada de ser policía. Probablemente había considerado dejar el trabajo al menos una vez por semana durante los últimos tres años. Dicho esto, todavía me dolía que me trataran sin ceremonias por correo.

Cogí mi nuevo teléfono y llamé a Ruby.

—¿Quién es?! —dijo inmediatamente, mezclando sospecha y molestia en su acento checo. Ruby había vivido en los EE. UU. desde que tenía seis años, pero aún hablaba como si acabara de llegar.

—Ruby, soy yo, Kay.

—Este no es tu número.

—Ahora sí, teléfono nuevo.

—Puedes mantener tu número antiguo, ¿sabes?, solo porque tengas un teléfono nuevo no necesitas un número nuevo.

—Pero mi antiguo teléfono era un iPhone, y mi nuevo teléfono es uno de estos otros.

—No importa.

—Sí, bueno, no es por eso por lo que llamo. Llamo porque, ¿qué demonios?

—¿Estás con dolor?

—No. —Suspiré y me pellizcé el puente de la nariz, pero eso solo hizo que pequeños dolores punzantes recorrieran mi cráneo. Miré la hosta que estaba en una maceta grande debajo de la ventana. Parecía sentirse como yo, aunque solo necesitaría un poco de agua para reanimarse. Esas cosas son imposibles de matar, por eso mi apartamento estaba lleno de ellas—. Bueno sí, un poco, pero no es eso lo que quiero decir. Quiero decir que estoy totalmente suspendida.

—Lo sé, eso fue hace una semana.

—Acabo de revisar mi correo.

—¿Te lo dijeron por correo? —Ruby resopló—. Eso es muy lamentable, ¿no?

—Sí. Ruby, ¿qué está pasando?

Ruby Martynek era una antigua policía de ronda que ahora trabajaba en las oficinas administrativas. Después de unos años en el cuerpo, se había dañado gravemente la rodilla y optó por un trabajo de escritorio. Era una de mis pocas amigas en el departamento, o en cualquier lugar realmente, y tenía un gran olfato para las noticias. Todas las cosas importantes pasaban por su escritorio, y ella se las arreglaba para absorberlas sin parecer nunca entrometida.

—Este Blalock, era un tipo importante, jefe de Illcom.

—¿Entonces qué demonios hacía en el Edificio Farnham? ¿No son enemigos jurados? ¿Algún tipo de espionaje corporativo?

—Nadie lo sabe. Y te culpan por eso.

—¿Qué? Eso es una locura. No es como si yo lo hubiera hecho explotar. O provocado que explotara. O lo que sea.

—Sí, pero ahora no queda nadie para responder preguntas.

—¡Pero *yo* no lo hice explotar!

—Además de Jarvitz.

—Cierto. —Me quedé en silencio.

—Escucha, cariño. Nada de esto fue tu culpa. Todo se aclarará. Ya verás. Mientras tanto, disfruta de tus vacaciones, relájate, recupérate.

—¡No son vacaciones, es una suspensión!

—Patata, patata.

—Házme saber cualquier cosa que escuches, ¿vale?

—Tomate, tomate.

—Ajá. Voy a colgar.

—*Na shledanou*.

—Adiós.

4

Carter Blalock. Parecía que tenía algo de tiempo libre, así que pensé en investigar a Carter Blalock. Una persona normal podría tomarse una dosis doble de sus analgésicos recetados y tumbarse en el sofá viendo *Titanic* otra vez, pero yo estaba demasiado alterada por la suspensión. No podía relajarme, y tenía preguntas que quería responder.

No puedo decir que alguna vez me hubiera encantado ser policía. Para algunas personas, es una forma de vida. Preferirían estar en su patrulla que en cualquier otro lugar del mundo, y la mayoría de ellos hacían el trabajo por todas las razones correctas. Yo caí en esto y nunca logré salir del todo. Ciertamente, otras cosas me llamaban. Había querido ser abogada, esperaba ser abogada, pero eso no había funcionado. También me gustaba el arte, la historia y la lectura.

Dos cosas me mantuvieron en el cuerpo. Una, lo admito, era la inercia. Todavía era lo bastante joven para obtener mi título de derecho. Probablemente podría conseguir una buena ayuda económica para lograrlo, pero cada vez que me ponía seria con el tema, algo me hacía retroceder y perdía el impulso. La otra cosa era mi fuerte sentido de la justicia. Odio, *odio* ver que la gente se sale con la suya. Al mismo tiempo, odio ver que la gente recibe un trato injusto porque no tienen la educación o el dinero para defenderse adecuadamente. Ser una policía de a pie me permitía hacer de mediadora. Si pensaba que alguien merecía una segunda oportunidad, podía hacer la vista gorda. Si creía que alguien se estaba aprovechando, no me importaba intervenir y ponerles las cosas un poco más difíciles. Estos escenarios ocurren a diario cuando patrullas una ciudad como Chicago.

Últimamente, sin embargo, el aumento de tiroteos, aunque no en mi zona de la ciudad, me estaba haciendo dudar. Si a eso le añadimos la sensación de que los altos mandos del departamento no

necesariamente me respaldaban, estaba pensando seriamente una vez más en dejarlo. De hecho, hace solo unas semanas había ido de nuevo a Northwestern para recoger información de matrícula.

Dicho todo esto, sin embargo, la suspensión me irritaba. Podría querer dejarlo, pero no iba a hacerlo bajo sospecha. Parecía la peor forma de oportunismo decidir que mi comportamiento era sospechoso simplemente porque no había logrado detener la explosión. Quería llegar al fondo de este asunto.

Metí mi portátil en mi cartera y tomé el autobús al centro hasta The Creamery, mi cafetería favorita. Tenía un montón de muebles viejos y dispares, y servían café en tazas variadas recopiladas a lo largo de los años. No me gustaban los nuevos lugares ultramodernos, con mesas de acero inoxidable o incluso de cobre y una iluminación excesivamente artística. Llevaba unos seis meses tomando café allí cada mañana cuando un día, hace unas semanas, simplemente dije: «Lo de siempre». El barista —¿o baristó?— era un tipo negro alto llamado Oren que trabajaba casi todas las mañanas, y me dio una mirada que indicaba que *no* tenía ni idea de quién era yo o cuál era mi bebida habitual. Fue deprimente, pero típico de mi suerte. Pensé en cambiar de cafetería, pero sabía que no era culpa suya.

Oren estaba allí hoy y pedí un café tostado oscuro grande solo con nata. Encontré una mesa en una esquina y saqué mi portátil. Lo encendí, haciendo una mueca ante el logo de la Policía de Chicago que siempre aparecía primero. Cuando introduje mi contraseña, me recibió un mensaje de error: *El nombre de usuario o la contraseña son incorrectos*. Lo escribí de nuevo, y luego otra vez para asegurarme de que no había cometido un error. Después del tercer intento, el mensaje decía: *Bloqueo de seguridad, póngase en contacto con el administrador del sistema*.

Maldita sea, cuando dijeron suspendida, realmente lo decían en serio. Estaba completamente bloqueada. Ni siquiera podía acceder a un navegador para conectarme al wifi de la cafetería. Saqué mi teléfono para usarlo en su lugar, pero tenía una pantalla diminuta, y para cuando encontré el camino a Google ya me estaba estallando la

cabeza. Me quité la gorra de los Cubs que llevaba puesta para masajearme la sien, pero al instante me sentí cohibida por mi cabeza rapada y las vendas de gasa blanca. Los restos de dos ojos morados ya eran bastante desagradables, no quería asustar a todo el mundo.

Me volví a poner la gorra y saqué mi frasco de medicamentos, mirando furtivamente a los otros clientes para ver si alguien estaba observando a la mujer loca tomando drogas. Me metí dos pastillas en la boca y las tragué con un sorbo de lava fundida que me escaldó la garganta. Maldita sea, aquí lo preparan muy caliente. Me pregunté brevemente si me dejarían volver al hospital si lo pedía amablemente, porque las cosas aquí fuera no iban nada bien.

Decidí ir a la biblioteca y usar los ordenadores de allí, pero cuando me puse de pie me sentí un poco mareada. De repente, la idea de ir a la biblioteca cada vez que necesitara internet parecía demasiado esfuerzo; necesitaba otra solución. Me senté de nuevo y terminé mi café.

Veinte minutos después salí de The Creamery sintiéndome marginalmente mejor. Los medicamentos debían haber hecho efecto. También tenía una nueva idea: Marty. Rebusqué en mi cartera, buscando su tarjeta de visita. El bolso era uno viejo de cuero que papá me había regalado cuando fui a la universidad, y todavía lo usaba todos los días cuando no estaba de servicio. Parecía el tipo de bolso que llevaría un importante abogado al entrar en la sala del tribunal, y esto no era casualidad. Nada de lo que hacía mi padre era casualidad. No lo había limpiado desde que me lo dio, hace más de una década, y ahora empecé a maldecir mientras metía los dedos en los diversos bolsillos interiores. Uno tenía algo pegajoso dentro, pero por suerte el siguiente tenía pañuelos viejos, que usé para limpiarme los dedos. Finalmente, encontré un pequeño alijo de tarjetas de visita que había recopilado de personas al azar a lo largo de los años. Las revisé hasta que encontré una de Martin Martynek. «Technology Acquired, Inc.» Marty me había dicho una vez que podía conseguirme cualquier tipo de ordenador o teléfono que

necesitara, si alguna vez lo necesitaba, y rápido. En ese momento me había preguntado: ¿Por qué necesitaría uno rápidamente? Pero hoy parecía ser el día. La dirección estaba a solo unas manzanas. Me sorprendió la dirección de Lake Shore Drive, ya que parecía un poco elegante para el sobrino de Ruby, pero decidí dirigirme hacia allí. Tenía sentido conseguir mi propio portátil, pero si solo iba a ser por unas semanas, no quería gastar mucho dinero. Si resultaba ser más tiempo, siempre podría cambiarlo por algo mejor.

Caminé junto al lago. Era primavera en Chicago, una ciudad conocida por ser siempre demasiado calurosa o demasiado fría, pero hoy era un día perfecto, y disfruté de la brisa fresca y el sol.

Respiré profundamente y me relajé, hasta que de repente las sirenas rasgaron el aire a una o dos manzanas de distancia. Eso también era parte de Chicago, el ruido y el caos. Giré la cabeza hacia la derecha y pude ver humo negro elevándose detrás de algunos de los rascacielos. Había un incendio o algo sucediendo, pero yo estaba suspendida, así que a la mierda con eso. Aligéré el paso y silbé mientras paseaba junto al lago. Fuera lo que fuese, era problema de otro.

Giré en la manzana del edificio de oficinas que aparecía en la tarjeta. Era elegante y de unos treinta pisos de altura. Esto no podía ser correcto. Solo había conocido a Marty unas cuantas veces, en casa de Ruby, y no solo era demasiado joven para tener una oficina en un lugar como este, sino que era demasiado tosco, desaseado, inculto, demasiado de todo. No me malinterpretes, era muy inteligente, pero de una manera relajada y despreocupada que ciertamente no encajaba con este vecindario. Me apoyé contra una alta farola de aluminio negro, miré de nuevo la tarjeta y alcancé mi teléfono; tenía sentido llamar primero.

Mientras marcaba, escuché un extraño sonido metálico de «ping» por encima de mi cabeza, y sentí un temblor que pasó desde la farola hasta mi hombro. Miré hacia arriba, sin saber qué esperar, cuando escuché un sonido de rebote junto a mis pies y un dolor agudo en la parte inferior de mi pantorrilla izquierda. Ay, maldita

sea. Justo entonces una avispa zumbó junto a mi oreja y mi cerebro drogado finalmente hizo la conexión. Alguien me estaba disparando.

Esto parecía ridículamente improbable. Dejando a un lado las series policíacas y la hipérbole de las noticias, no hay una gran cantidad de tiroteos en las calles de Chicago a plena luz del día, y especialmente no en Lake Shore Drive. Así que hice lo más insensato. Me quedé allí quieta mirando a mi alrededor. Cuando noté un SUV con las ventanas tintadas, al ralentí a media manzana de distancia, de repente tuve un escalofrío por toda la piel. Era tan incuestionable, tan visceral, que supe que estaba en verdadero peligro. Me doblé y vomité el café por todas partes, quizás salvándome la vida cuando escuché otra bala rebotar en la farola donde acababa de estar mi cabeza. Miré hacia arriba para ver que el SUV había salido bruscamente de su lugar de estacionamiento y se dirigía a toda velocidad hacia mí.

Sin pensarlo, corrí por el sendero hasta la entrada de cristal del edificio, olvidando todos los dolores y molestias de mis lesiones. Escuché un chirrido de neumáticos cuando el SUV saltó la acera y empezó a perseguirme. Un hombre que salía por la puerta miró con sorpresa, y luego terror, y saltó hacia un lado. Entré corriendo por la puerta mientras se cerraba y escuché el chirrido de los frenos detrás de mí. Encogí los hombros, esperando el sonido de cristales rotos, ya fuera por las balas o por el vehículo estrellándose contra la fachada del edificio, pero no ocurrió. Sin mirar atrás, corrí hacia el lugar más seguro que vi por delante: una puerta de madera maciza a la derecha de los ascensores. Irrumpí a través de ella y entré en una escalera, con tanto impulso que no pude detenerme, y corrí directamente hacia la barandilla metálica, quedándome sin aliento. Me giré para ver la puerta cerrarse detrás de mí, pero cuando di un paso hacia ella el mundo se inclinó y luego se oscureció.

5

Cuando desperté mi cabeza era como una campana de iglesia agrietada. Estaba tumbada en la cama, mirando un póster de Olivia Newton John y Travolta... no, espera, esa es Michelle Pfeiffer, debe ser *Grease II*... ¿dónde demonios estaba? Giré la cabeza para ver una pared cubierta de pósteres de películas, todos de los años ochenta. En serio, ¿dónde narices?

Me incorporé lentamente y me quité la manta, dándome cuenta solo entonces de que estaba en ropa interior. ¡Dios santo! Volví a meterme bajo las sábanas en pánico. Una prisión secreta del gobierno no tendría un póster de *Blade Runner*, ¿verdad? ¿Y un asesino en serie desquiciado? Más plausible, aunque seguramente un loco psicótico no me habría dejado las bragas puestas, ¿no?

La habitación era limpia y sencilla. Además de los pósteres de cine, había una cama, una cómoda y una mesita de noche con una lámpara. Un reloj en la mesa marcaba las 11:00, pero no sabía si era por la mañana o por la noche, porque no había ventanas.

Justo entonces se abrió una puerta. Me aferré a la manta hasta el pecho mientras entraba un hombre joven.

—Ah, bien, estás despierta. Estaba a punto de llamar a una ambulancia.

—¿Marty?

—Sí, así es. Tú eres Kay, ¿verdad? ¿La amiga de Ruby?

—¡¿Dónde demonios está mi ropa?!

—En el baño, la habías vomitado toda. La lavé en el fregadero. Estaba bastante asquerosa.

—Cállate. Para.

—¿Estás...?

—Solo. Para. Retrocede. ¿Cómo llegué aquí?

Marty dio un paso atrás y levantó los brazos en gesto de rendición. Estaba en los veintitantos, sin afeitar. Llevaba vaqueros, una sudadera con capucha, gafas de hipster con montura oscura y tenía los pies descalzos. No parecía particularmente amenazador, pero yo estaba completamente aterrorizada.

—Estaba trabajando en mi escritorio cuando escuché ruidos fuertes —comenzó—. Quizá neumáticos chirriando, o algún tipo de accidente. Salí al pasillo y subí las escaleras para ver qué pasaba y te encontré tirada en el rellano cubierta de vómito... y sangrando.

Mi mano fue instintivamente a mi cabeza, pero solo sentí vendajes secos.

—Te puse un vendaje nuevo —dijo Marty—, y otro en la pantorrilla.

Metí la mano bajo las sábanas y sentí, efectivamente, una especie de gasa pegada con cinta en la parte posterior de mi pantorrilla izquierda. No tenía ni idea de por qué estaría sangrando allí, pero la verdad es que estaba un poco perdida en ese momento.

—Gracias —dije con calma, pero mi cerebro estaba gritando—. ¿Podría tener mi ropa, por favor?

—Lo siento, está empapada. Solo has dormido unos 45 minutos.

—¿Y algo más, entonces? ¿Tienes algo que pueda tomar prestado? Porque estoy a punto de perder completamente los nervios.

Marty señaló una cómoda en la esquina.

—Sírvete tú misma —dijo—. Estaré en la otra habitación.

Todo su armario parecía estar compuesto de vaqueros y sudaderas, y unos minutos después estábamos de pie en su sala de estar pareciendo gemelos, o un anuncio de Old Navy.

Me sentía mucho mejor estando vestida, aunque la ropa me quedaba holgada. No creo que nunca me hubiera considerado especialmente tímida, pero odio pensar en mí misma como débil, y es difícil sentirse fuerte cuando estás medio desnuda, y no por elección. Mis nervios estaban destrozados y mi mente seguía yendo

a mil sitios diferentes, pero mientras estaba allí, descalza sobre la alfombra industrial gris, logré tomar varias respiraciones profundas y calmantes, como había aprendido en clase de taekwondo hace un millón de años.

La habitación tenía una pequeña cocina y una pequeña área de trabajo que estaba mayormente ocupada por dos mesas plegables de dos metros que hacían de estación de trabajo informática. Había tres monitores y muchas cajas pequeñas con luces parpadeantes, muy por encima de mi nivel de habilidad, y por supuesto cables corriendo por todas partes. A la derecha de la mesa había un tablero de corcho de suelo a techo cubierto con trozos de papel, fotos de equipos informáticos fijadas con chinchetas y un póster de Michael J. Fox saliendo de un DeLorean. Marty vio que me llamaba la atención.

—Ese es genial, ¿eh? ¡¡Hola, McFly!! —Extendió la mano para golpearme la cabeza con los nudillos, pero lo pensó mejor, ya sea recordando el gran vendaje en mi cráneo o simplemente por educación básica, no estoy segura de cuál. Se dio un golpecito poco entusiasta en su propia cabeza—. Un clásico.

—Sin duda —asentí, con ese movimiento lento que uno reserva para los ciudadanos menos lúcidos que se encuentra en la ronda diaria de un policía—. ¿Podemos?

—¡Claro! ¡Claro! —exclamó y señaló la barra que separaba la cocina del resto de la habitación. Me subí con cuidado a uno de los taburetes mientras él me servía un vaso de agua y se apoyaba al otro lado del mostrador.

—Vale —comencé—. Dijiste que subiste las escaleras. ¿Estamos en el sótano?

—Sí, es, eh, mi estudio de artista.

—Sin ventanas...

—No todos los artistas usan pintura, ¿sabes? La tecnología es donde la vanguardia...

Levanté una mano para detenerlo a mitad de frase.

—Lo siento, dolor de cabeza demasiado intenso. —Odiaba ser grosera, pero una explicación extensa sobre los profundos aspectos artísticos de la programación informática no era lo que me apetecía en ese momento.

—Claro. ¡*Claro*! —Tenía una forma de enfatizar el segundo "Claro" como si de repente hubiera entendido un misterio increíble, gracias a ti. Sus ojos se abrieron y sus cejas se dispararon hacia arriba. Era un poco adorable. Rebuscó en algunos de los cajones de la cocina hasta que sacó un frasco de aspirinas, que me entregó.

—Estamos en el sótano, en mi búnker de ideas, como me gusta llamarlo. Tengo una pequeña casa en Evanston, pero cuando estoy trabajando en un proyecto me gusta venir aquí para poder concentrarme, y también permanecer en el anonimato.

Me quedé asombrada.

—¿Tienes una casa? Pensaba que solo arreglabas ordenadores viejos. La última vez que te vi en casa de Ruby, juraría que le pediste veinte dólares.

Apartó la mirada avergonzado.

—Eso fue hace mucho tiempo. ¿Un año, quizá? Las cosas cambian rápidamente en mi sector. Estoy trabajando en algunas aplicaciones de juegos muy interesantes, y en otras cosas también. —Volvió a mirar hacia un lado mientras hablaba. Era un pésimo mentiroso —o yo soy una excelente policía— pero lo dejé pasar por el momento.

—¿Tienes hambre? —preguntó, y me di cuenta de que sí. Cuando asentí, sacó unos huevos y queso y empezó a preparar una tortilla—. ¿Qué estás haciendo aquí, en este edificio?

—Te estaba buscando, en realidad —dije y él se dio la vuelta alarmado. Señalé mi bolso de cuero, que había visto en la esquina junto a mis zapatos—. Mi portátil se ha quedado bloqueado y esperaba que o bien me lo arreglaras o me consiguieras uno de segunda mano para usar mientras estoy suspendida.

Suspiró aliviado.

—Ah sí, oí sobre eso, lo siento. Ponlo aquí en el mostrador y déjame echarle un vistazo.

—Debería llamar a Ruby —dije— y hacerle saber que estoy aquí.

Me miró de nuevo y frunció el ceño.

—No estoy seguro de que sea buena idea —dijo, y mientras intentaba dar la vuelta a la tortilla quedó claro que iba a tomar huevos revueltos.

—¿Oh? —pregunté, arqueando las cejas. Podía ver que estaba tratando de juzgar cuánto contarme. Después de todo, sabía que yo era policía.

—Es solo que, bueno, la conmoción de arriba hace un rato. Después de traerte aquí abajo, volví al vestíbulo a mirar. Había muchos tipos con trajes oscuros. No me vieron, y creo que es mejor que no lo hicieran. Y mejor si la tía Ruby no sabe nada de esto.

—Me perseguían a *mí* —le dije con voz inexpresiva.

—¿Qué?

—Sea lo que sea en lo que estés metido, no tienes que preocuparte por *esos* tipos, me perseguían a mí. Me detuve afuera para llamarte antes de tocar a tu puerta, y alguien en un SUV negro con las ventanillas tintadas empezó a dispararme.

—¡¡Estás de broma!! ¿Por qué?

—No lo sé. Tiene que tener algo que ver con Carter Blalock.

—¿El CEO que explotó encima de ti?

—Bien expresado —hice una mueca y tragué dos aspirinas. Tenía que estar relacionado con Blalock, mi intento de detenerlo y la posterior explosión. No había una sola otra cosa en mi vida que pudiera hacer que alguien se interesara por mí, y mucho menos intentara matarme. Mi encontronazo con el CEO de telecomunicaciones era lo único inusual que me había pasado en... ¿no sé, una década?

Deslizó los huevos en un plato y los puso delante de mí. Mientras yo comía —estaba hambrienta— él movió mi portátil a su mesa de trabajo y lo conectó a algo. La pantalla se iluminó y empezaron a sonar pitidos.

Volvió a la cocina, sacó dos vasos de un armario y nos sirvió zumo de naranja a ambos.

—¿Así que no crees que esto tuviera nada que ver conmigo? —preguntó.

—No, no tiene que ver contigo, pero es evidente que tú pensabas que sí.

—Bueno, hay muchas cosas en el aire ahora mismo.

—Marty... —Le di mi mirada de hermana mayor. Era mono, pero una década más joven que yo. Flirtear probablemente no funcionaría. Si iba a obtener alguna ayuda de él, claramente iba a requerir explotar mi amistad con Ruby.

—Y eres policía —continuó.

—Ahora mismo no lo soy.

—Cierto. Aun así, no nos conocemos muy bien. Creo que es mejor ceñirnos al tema.

Llevó su zumo hasta el portátil cuando este emitió un pitido nuevo y diferente.

—¡Aquí vamos! —dijo, y comenzó a teclear. Me giré en el taburete, pero no podía ver la pantalla del ordenador, solo su cara iluminada, que pasó lentamente de encantada a preocupada y luego a horrorizada.

—¿Qué pasa? —Podía sentir el pánico subiendo por mi garganta.

Miró mi bolso en la esquina.

—¿Tu móvil está ahí?

—No, ¿por qué? Lo solté en la acera cuando empezaron los disparos. Probablemente esté destrozado.

—Bien —dijo con gravedad mientras cruzaba el suelo y me agarraba con fuerza cada brazo por encima del codo.

—¿Qué demonios? —Intenté zafarme.

—Bien —repitió—. Entonces nadie sabe que estás aquí —dijo y me arrastró fuera del taburete.

6

Al principio pensé que se refería a algo siniestro, que iba a matarme y comerme o mantenerme encerrada en una jaula en este sótano. Ninguna de las opciones resultaba muy atractiva. Pero no era eso.

—¡Mira esto! —exclamó Marty, arrastrándome urgentemente por la habitación. Me di cuenta de que en realidad no pretendía hacerme daño; simplemente estaba alterado.

Me acercó a la pantalla de mi portátil, que mostraba un vídeo de un informativo local. En la pantalla podía verse un rascacielos del centro de la ciudad y, mientras observaba, una explosión ardiente reventó una de las ventanas de los pisos superiores, lanzando cristales y escombros que caían a la calle. Esta imagen fue reemplazada por una presentadora, y Marty subió el volumen cuando la mujer comenzó a hablar.

Los equipos de emergencia siguen llegando a la horrible escena aquí en la Torre IllCom, donde hemos confirmado al menos una persona gravemente herida por una explosión en un piso superior. El edificio está siendo evacuado actualmente. Después del atentado de la semana pasada en el Edificio Farnham, el mundo tecnológico está comprensiblemente en alerta.

—¡Dios mío! —exclamé, pero Marty me mandó callar.

—Espera... —Volví a mirar la pantalla, donde la acción se había trasladado a un hombre detrás de un escritorio en un plató de noticias.

La policía aún no ha revelado el nombre de la víctima del atentado, pero están difundiendo esta foto de una persona de interés en el crimen.

—Oh... no... —balbuceé cuando mi foto de identificación policial apareció en la pantalla, con mi nombre debajo.

Se busca a la agente de policía suspendida Kay Riley como sospechosa del atentado de hoy. Fue vista por última vez en la zona de Lake View, y se insta a los espectadores con información sobre su paradero a que llamen al número de la línea directa que aparece en la parte inferior de su pantalla. Aunque la policía se ha negado a precisar la implicación de Riley, debe suponerse que está potencialmente armada y es peligrosa.

Me dejé caer pesadamente en su silla de oficina, mirando fijamente la pantalla. Marty se adelantó y silenció el sonido, y luego me miró.

—No puedo... —dije—. Esto no es... —y entonces empecé a vomitar los huevos que acababa de comer.

—¡No! —gritó Marty—. ¡No, no, no, no! —Y giró mi silla alejándola de los ordenadores y hacia la papelera en la esquina. Y justo a tiempo, además.

7

—¡Cariño, ya estoy en casa!

Marty dejó las bolsas sobre la encimera y miró alrededor del búnker. —¿Kay?

Me encontró frente al espejo del baño, quitándome lentamente el vendaje del cráneo. Los puntos que había debajo tenían un aspecto espeluznante, con la piel alrededor arrugada y amarillenta.

Examiné la herida y luego miré las ojeras bajo mis ojos. Habían pasado tres días desde que llegué al sótano y, aunque mis moratones tenían mejor aspecto, mi piel, ya de por sí pálida, empezaba a verse cetrina. Parecía un espectro. "Tengo que salir de aquí", pensé para mis adentros.

—Lo tengo todo solucionado —intervino Marty, como si me hubiera leído la mente. En su mano tenía una maquinilla y un paquete de tinte para el pelo de color rojo intenso.

—¡Creía haber dicho que quería una peluca!

—Confía en mí, esto es mejor. Y más cómodo también. —Dejó la caja de tinte en el lavabo y se colocó detrás de mí. El baño era minúsculo pero bien iluminado, con pequeños azulejos blancos y verdes a cuadros. Técnicamente, este lugar era una oficina y no un apartamento, así que no había ducha ni bañera. Otra razón por la que necesitaba salir de aquí: lavarse en el lavabo cansa muy rápido.

Marty cogió un cepillo y lo usó para hacerme la raya al lado donde tenía los puntos. Se sentía extrañamente íntimo. Creo que incluso me sonrojé, lo cual era una tontería.

Habían sido tres días muy raros. Obviamente, al principio intenté marcharme. No quería que Marty tuviera problemas cuando me encontraran. Seguro que lo detendrían. Pero él insistió en que me quedara y, sinceramente, ¿adónde iba a ir? Después de mucho debate, decidimos incluir a Ruby en el secreto. Por supuesto, ella

había estado frenética cuando desaparecí y luego aparecí en las noticias como una de las más buscadas de Chicago. Para su mérito, ni Marty ni Ruby me preguntaron ni una sola vez si realmente estaba involucrada en alguna actividad delictiva.

Se decidió que me quedaría aquí unos días, pero el lugar era diminuto y Marty y yo estábamos constantemente invadiendo el espacio del otro. Para empeorar las cosas, no podía salir, así que él se veía obligado a hacer recados por mí. Me senté con papel y lápiz e hice una lista: talla de sujetador, talla de bragas, pasta de dientes favorita, champú favorito, marca de tampones. Honestamente, no podía recordar cuándo fue la última vez que compartí detalles tan íntimos con un hombre. Es decir, había tenido citas en el último año, algunas que terminaron en una habitación u otra, pero pedirle a un hombre que te compre tampones Playtex Sport con Tecnología Flex-Fit era un nivel completamente diferente.

Marty encendió la maquinilla eléctrica y se puso manos a la obra, cortando todo el pelo de un lado de mi cabeza hasta dejarlo a unos tres milímetros.

—¡Eh! —exclamé, alzando la mano para detenerlo.

—Shh. ¡Confía en mí!

—¿Me acabas de mandar callar? —hice una mueca, pero bajé la mano y agarré el lavabo. Durante los últimos días había llegado a darme cuenta de que estaba completamente fuera de mi elemento. Marty no era ningún genio criminal, pero no estaba limitado por todas las tonterías burocráticas con las que yo había vivido día a día durante la última década. Ser policía significaba seguir órdenes. Significaba rutina. Hacías el trabajo, y lo hacías exactamente como te habían enseñado. Había estado deseando salir de ese molde, pero convertirme en una fugitiva de la justicia no era lo que tenía en mente. Era difícil abandonar esa mentalidad de agente de la ley, y esa mentalidad solo me mostraba una solución a este problema: entregarme. Y no veía cómo eso podría terminar bien.

—No puedo creer que me esté arreglando el pelo alguien que parece no haberse peinado en un mes.

—Es a propósito —dijo Marty. La expresión dolida en su rostro solo duró un momento antes de ser reemplazada por una sonrisa animada detrás de su desaliñada barba de cinco días—. ¡Es el estilo! Ahora, quédate quieta...

8

Más tarde ese día estaba caminando por el campus del Wilbur Wright College, guiada por Marty, que hablaba sin parar con su manera tan animada. A veces me recordaba mucho a un Teleñeco. Un Teleñeco con habilidades informáticas serias.

—No es muy famoso, pero aquí hay mucha tecnología interesante y, lo más importante, resulta que tengo la llave de un apartamento de estudiante vacío. ¡Será perfecto!

Le seguí más allá de los edificios del campus hasta un anillo de bloques de apartamentos rodeando una piscina. No había nadie en la piscina, todavía estábamos solo en abril, pero había algunos estudiantes holgazaneando fuera, mirando sus portátiles o incluso leyendo un libro de texto real. Hecho de papel real.

Llevaba unos vaqueros raídos metidos dentro de unas botas Doc Marten, y una chaqueta de cuero sobre una camiseta negra. Tenía el pelo rapado a los lados, pero un largo mechón de color magenta me caía hacia la derecha, ocultando mis puntos y cayéndome en la cara cada tres segundos. Tenía que admitirlo, Marty tenía toda la razón: nadie me encontraría aquí, vestida así, pareciendo una estudiante. Seguía en la ciudad pero a kilómetros de mi comisaría. Era perfecto, por ahora.

Entramos en uno de los edificios y subimos las escaleras hasta una puerta en el segundo piso. Marty sacó unas llaves de su bolsillo y nos dejó entrar en un minúsculo estudio. Solo mirando alrededor me hizo sentir vieja. Esto probablemente era la idea de libertad para alguien: lejos de mamá y papá, con el futuro por delante. Hacía que mi modesto piso de un dormitorio pareciera un palacio.

—¿De quién es este sitio? —pregunté. Obviamente pertenecía a una mujer, porque estaba ordenado e incluso había una caja de pañuelos en la mesa junto al sofá/cama. Sin embargo, también había tres ordenadores instalados en una mesa de trabajo, una estantería llena

de libros de bolsillo de ciencia ficción, y lo que parecía ser una auténtica espada medieval apoyada en la esquina. Me acerqué y pasé el dedo por el filo de la espada. Era sorprendentemente afilada.

—Pertenece a una conocida mía. Nos conocimos en una conferencia de videojuegos el año pasado. Es increíblemente buena en Vainglory.

—¿Y dónde está ella ahora?

—En Brasil, durante todo el semestre. —Me entregó la llave, que metí en el bolsillo de mis vaqueros mientras echaba un vistazo rápido al lugar. En el mostrador Marty dejó un carnet de estudiante con el nombre de Margot Parker. Sin foto—. Esto te permitirá entrar en la biblioteca, donde puedes usar los ordenadores. Probablemente sea mejor si no usas estos —añadió, señalando los ordenadores de la habitación.

Justo entonces alguien llamó a la puerta del apartamento. Di un grito involuntario y luego me tapé la boca con la mano, buscando un lugar para esconderme, pero Marty estaba abriendo la puerta con total naturalidad.

Era Ruby.

Entró pesadamente, apoyándose en un bastón negro de madera, y dejó una bolsa de comestibles en el mostrador, junto con su bolso de gran tamaño.

—¿He oído a alguien gritar?

—No —balbuceé—. Solo me ha pillado un poco por sorpresa.

—¡Mira quién habla, señorita fugitiva de la justicia! —exclamó con su acento checo. Entró cojeando en la habitación y miró alrededor—. No es gran cosa, ¿eh?

—Es perfecto. Estaré segura aquí. Marty ha hecho un trabajo fantástico.

Marty sonrió radiante, dejando otra bolsa de comestibles.

—¡Mejor que lo que hizo con tu cabeza!

Marty frunció el ceño. —Todo es parte del plan, tía. Parece exactamente una estudiante universitaria.

—¡Ese pelo! ¡Tan rojo! Atraerá atención no deseada.

—No —insistió Marty—. Justo lo contrario. No se parece en nada a Kay Riley.

Ruby dejó de discutir y se sentó pesadamente en el sofá. —Bien, al grano. Martin, mi bolso.

Él le llevó el bolso y ella lo dejó caer en el suelo con un golpe seco, lo abrió y sacó una carpeta manila. Solo tenía poco más de cincuenta años, pero Ruby siempre actuaba como si moverse durante el día fuera una lucha, con muchos suspiros exasperados y resoplidos. Quizás adquirió estos hábitos durante su larga y dolorosa rehabilitación de rodilla y nunca los perdió. En cualquier caso, siempre me recordaba a una abuela gruñona, aunque *nunca* me oirás decir eso en voz alta. El hecho es que estaba aquí para ayudar, sin hacer preguntas, y lo que eso significaba para mí, no puedo expresarlo con palabras.

—Como probablemente sabes —comenzó Ruby—, esta segunda explosión, la de Illcom, casi mató a Arthur Vincente. Está en el hospital, muy grave. —Me entregó una foto de Vincente, probablemente de la web de la empresa. Era un hombre negro mayor con un peinado estilo Desmond Tutu y gafas.

—Es el presidente del consejo —continuó Ruby—. Asumió el cargo de director general después de que Blalock explotara en tu cara. Por supuesto, se sospecha que el señor Farnham está tomando represalias por la bomba anterior, pero todo es una locura, un poco demasiado James Bond para la vida real. Este otro miembro del consejo, Frances no sé qué, salvó la vida de Vincente de alguna manera... no han dado demasiados detalles. Como podrías esperar, la policía ha estado husmeando por todo el edificio Farnham toda la semana, pero están empezando a terminar. No encuentran ninguna prueba concluyente, como se suele decir.

Ruby hizo una pausa para respirar y miró de nuevo alrededor del pequeño apartamento, arqueando las cejas al notar la espada. —Realmente creo que deberías entregarte. Esto es una locura.

—Lo sé, Ruby. De verdad sé que es una locura, pero ¿por qué soy sospechosa? Sé que estaba en la misma habitación que Blalock, pero no es como si hubiera ido allí con una bomba. Todo es confuso, solo recuerdo unos pocos fragmentos, y luego despertar en el hospital. Y no estaba cerca de Illcom cuando estalló esta segunda bomba. ¿Y si alguien en el cuerpo está intentando incriminarme?

Ruby soltó un gruñido despectivo.

—Demasiado drama. Los policías corruptos roban algunas pruebas, extorsionan a algunos traficantes. No orquestan incriminaciones improvisadas después de un atentado de alto perfil. Confía en mí, conozco a los policías.

—Aun así, voy a mantenerme oculta un tiempo y ver qué puedo averiguar. Además, ya he cambiado mi peinado.

—¿A eso lo llamas cambio? —Ruby se puso de pie y me entregó la carpeta manila—. Tenía la sensación de que dirías eso. —Metió la mano en su voluminoso bolso y sacó una pequeña cafetera de émbolo y medio kilo de café molido.

—Oh, Ruby —sonreí—, eres la mejor.

Ella miró alrededor de la pequeña cocina. —¿Hay siquiera un hervidor?

—Hay microondas —le aseguré—, esto es genial.

Ruby miró el microondas y se estremeció con desdén. Metió la mano en su bolso otra vez y sacó un sobre blanco.

—¿Qué es esto?

—Algo de dinero —dijo, desestimando mi objeción—. Hasta que puedas aclarar las cosas. —Dio un golpecito con el dedo en la carpeta manila, que estaba sobre la encimera—. Aquí está todo lo que pude conseguir sobre el caso Farnham. No podré poner las

manos en nada sobre Illcom durante un par de días. —Se dirigió hacia la puerta—. Martin —dijo con tono imperioso—. No apruebo que te involucres en esto.

—Pero... —interrumpió Marty.

—Pero —continuó Ruby—, es mejor que ese asunto turbio con el Bitcoin.

—¡Eso no era turbio, tía! —Marty se irguió indignado—. Era una excelente oportunidad de negocio, y recuperaste tu inversión, más un veinte por ciento.

Continuaron discutiendo mientras salían por la puerta y bajaban por el pasillo. Cerré la puerta tras ellos y eché el cerrojo. Me dirigí a la cocinita y empecé a guardar los comestibles en la diminuta nevera.

Qué mundo tan extraño, pensé para mí misma. Hace dos semanas era la normal y vieja Kay Riley, hoy soy una fugitiva buscada.

¿Y mañana? Mañana me convertiré en investigadora privada. Una investigadora privada con un solo caso. Debería hacerme tarjetas de visita de todos modos. Porque siempre las he querido.

9

Un escalofrío profundo e incontrolable me recorrió mientras estaba en el ascensor del Edificio Farnham, con el dedo suspendido sobre el botón del piso 24. Dos botones más abajo estaba el 22, donde hace menos de dos semanas murieron dos hombres. Respiré hondo un par de veces. *¡Contrólate, Riley!*

Me controlé y pulsé el botón del 24, alisándome la falda y mirándome en la pared de espejo. Me había arreglado el pelo para cubrir los puntos, y me había colocado un pequeño sombrero de paja en la cabeza para disimular el color rojo y, con suerte, bloquear mi imagen en las cámaras de seguridad. Parecía ridícula: nadie lleva sombreros. Quizás una gorra de los Cubs, pero no parecía combinar con el resto de mi imagen: falda azul, chaqueta azul, zapatos negros brillantes, todo adquirido en el Goodwill de Washington Boulevard. Demonios, debería llevar una canasta de mimbre en el pliegue del codo, llena de petunias.

Había empezado a cantar: «Hay una brillante niebla dorada sobre el prado», la única frase que conozco de *Oklahoma*, cuando el ascensor se detuvo en el piso 14 y la puerta se abrió.

—Hay una bri... oh, hola —gorjeé al hombre que entró con paso enérgico—. ¿A qué pi...? —empecé a preguntar, con mi voz más amistosa de Becky (había decidido que definitivamente mi nombre era Becky. Era totalmente una Becky), pero él ya había pulsado el botón del piso 22 antes de que pudiera terminar, y luego me dio la espalda para ver cómo se iluminaban los números de los pisos mientras el ascensor nos transportaba cada vez más arriba.

Era un hombre de complexión poderosa con la cabeza calva y orejas de coliflor. Tenía la barba y el bigote perfectamente recortados con algunas canas. Su traje también era gris, con finas rayas blancas, y llevaba una corbata azul plateada complementada con un auricular Bluetooth. Su piel era de un negro azulado intenso. No estaba

hablando, pero la luz del auricular seguía parpadeando, lo que me hizo pensar que podría estar escuchando a alguien hablar. Resultó que tenía razón.

—De acuerdo —dijo, con voz suave y profunda—. Casi estoy allí. Dígale al Sr. Farnham que me encuentre... No, en el 2215, el otro despacho todavía está en obras. —Tenía una voz preciosa, con un toque de seriedad severa que te hacía desear no oírle nunca alzar la voz enfadado. Claramente era ex-militar, o ex-defensa de fútbol americano, quizás ex-marido. El tipo de guapo peligroso que indicaba que tal vez no tenía muchas aficiones sanas de artes y manualidades.

El ascensor se abrió en el 22, y él salió sin dirigirme ni una palabra ni una mirada. Esto es exactamente lo que quieres cuando estás de incógnito, aunque no pude evitar sentirme desairada. Siempre me pasaba lo mismo: no quiero que me juzguen por mi aspecto, a menos que el juez me dé puntuaciones altas. Es una de esas cosas que sé que no deberían preocuparme, pero siempre está en mi mente. Pensarías que convertirme en policía disiparía todos esos sentimientos de insuficiencia, pero fue justamente lo contrario. La mayoría de mis colegas eran hombres, más grandes que yo y rezumando bravuconería, al menos por fuera.

A través de las puertas del ascensor que se cerraban pude ver obreros en el pasillo, deambulando. Probablemente era un gran trabajo reparar los daños que Carter Blalock había causado.

En el piso 24, salí del ascensor, bebí de la fuente de agua en el lujoso pasillo, y luego entré en la escalera cercana. No quería entrar al piso 25, el ejecutivo y superior, a través del ascensor.

Había decidido comenzar la investigación examinando a Farnham, igual que habían hecho los policías, para averiguar por qué Blalock lo habría escogido como objetivo, y si Farnham era el tipo de persona que pondría una bomba como represalia. Y sí, la policía parecía estar abandonando esta línea de investigación, pero yo ya no era policía, así que claramente ahora era más lista que la policía. O al menos menos limitada por las llamadas "reglas" y "leyes". Hacerse pasar

por una Becky, hackear el sistema informático de Farnham, este tipo de tácticas habrían sido mal vistas en el cuerpo. Para ser clara, *Marty* estaba intentando hackear a Farnham, pero por encargo mío. Mis habilidades informáticas no eran muy buenas, por decirlo suavemente. No es que Marty lo hubiera conseguido, aún no, pero era probable que lo hiciera. Mientras tanto, había hecho un poco de investigación por mi cuenta durante la última semana.

Todo el mundo sabe que Illcom y Farnham son el Apple y Android del mundo de las telecomunicaciones —rivales naturales— pero ha sido así durante al menos una década. Entonces, ¿qué ocurrió recientemente que haría que uno de ellos desatara muerte y destrucción sobre el otro?

Mi investigación sobre Ferris Farnham lo mostraba como un niño prodigio ahora en sus cuarenta y tantos años que nunca superó realmente los años de bromas sobre Bueller en el instituto. Un triunfador en todos los niveles, no solo desarrolló software de comunicación de vanguardia, sino que era un maestro de yoga y formaba parte de la junta directiva de una organización humanitaria sin ánimo de lucro que ayudó a fundar. Supuse que se sentaba en la junta en posición de loto. En clips de vídeo de entrevistas, me dio la impresión de ser una de esas personas que, justo debajo de su fachada liberal, hervía de rabia y soberbia.

Farnham y Blalock se habían conocido en sus tiempos de postgrado, en Northwestern, razón por la cual no era casualidad que ambos negocios tuvieran su sede en Chicago en lugar de en Silicon Valley o Nueva York. Empezaba a pensar que lo que fuera que hubiera ocurrido entre ellos, tal vez era más una guerra personal que empresarial. ¿Por qué Carter Blalock sacrificaría su vida por una disputa de negocios? ¿Por qué no contratar a alguien para hacerlo, a menos que estuvieras profunda y personalmente implicado? A menos que quisieras verlo con tus propios ojos para satisfacer una vendetta personal.

Mmm. Quizás. Todo lo que sabía mientras subía las escaleras hasta el piso 25 era que algo en toda esta situación no encajaba del todo.

Estaba pasando por alto algo obvio, olvidando algún hecho crucial, y no podía identificarlo. Me hacía doler la cabeza.

Fuera de la puerta del piso superior me tomé un minuto para componerme y repasar mi plan. Subí y bajé rápidamente los últimos cinco escalones hasta quedar un poco sin aliento. Luego me ajusté el estúpido sombrero de paja en la cabeza e irrumpí por la puerta.

—¡Oh, cielos! —dije sin aliento, con un ligero tambaleo en mi paso mientras caminaba por el vestíbulo hacia el mostrador de recepción. Me llevé una mano al pecho y me abanicaba la cara con la otra. La recepcionista se puso de pie, descontenta con la interrupción pero también claramente preocupada.

—¿Está usted bien? —me preguntó. Sus gafas de lectura colgaban de una cadena alrededor de su cuello. Me encanta eso. Ya no se ve mucho.

—Lo siento —jadeé, con mi mejor voz de Becky—. Me desorienté en la escalera y entré un poco en pánico. Venía a recoger a mi novio, es capataz de construcción, pero no pude encontrarle, y luego el fuego, y bueno yo so...

—¿Qué fuego?

—...lo no sabía qué hacer, así que me dirigí al...

—¡¿Qué fuego?! —interrumpió de nuevo la mujer.

—Hay un gran incendio donde mi novio está reconstruyendo la oficina que fue bombardeada. —De repente abrí los ojos con terror —. No creerá que hay otra bomba, ¿verdad?

La recepcionista miró rápidamente a su izquierda, donde unas grandes puertas dobles de caoba permanecían cerradas. —¡El Sr. Farnham está ahí abajo! —soltó con creciente pánico. Ignorándome por completo, pasó junto a mí y salió corriendo por la puerta hacia las escaleras.

¡Bien hecho, Becky!

Examiné rápidamente la sala. Era hermosa y elegante, con el escritorio de la recepcionista justo en el centro, probablemente hecho de bambú de selva tropical cosechado a mano, o algo así. Una pared estaba cubierta de ventanas; las otras dos paredes, una frente a la otra, presentaban pesadas puertas dobles y arte de aspecto caro. Ninguna de las puertas tenía etiqueta, pero la recepcionista me había dado la pista que necesitaba, y corrí hacia la puerta que había mirado.

Me deslicé por la puerta sin cerrojo y la cerré silenciosamente detrás de mí. La única luz provenía del sol de última hora de la tarde que entraba por las ventanas del suelo al techo. Además de un escritorio grande y limpio, había una mesa de conferencias con media docena de sillas Herman Miller alrededor. Estanterías cubrían una pared, la mayoría llenas de libros, pero algunas con fotos y varios premios o recuerdos. La pared opuesta tenía tres grandes, y quiero decir grandes, pantallas planas, tal vez para videoconferencias o quizás estaba muy metido en jugar a Vainglory.

Mi atención fue captada por un biombo japonés de tres paneles impresos en la esquina. Detrás encontré una pequeña estatua de Buda, una alfombra de oración y otras cosas tipo santuario que no entendía. Interesante, pero no lo que buscaba.

¿Qué estaba buscando? Bueno, ¿quién sabe? ¿No era esta la parte de la película donde se suponía que algún detalle importante llamaba la atención del personaje principal? Examiné las fotos en la estantería, por si alguna era de Ferris y el Unabomber. Revisé los cajones del escritorio pero no encontré nada inusual. La superficie del escritorio solo tenía una lámpara, un teclado y un ratón. Cuando toqué el teclado, una de las pantallas anchas en la pared cobró vida, mostrando algunas hojas de cálculo.

Estaba intentando entenderlas cuando oí voces en el vestíbulo. Bueno, esto iba a ser incómodo. Rápidamente pulsé el botón Escape en el teclado, pero no ocurrió mucho. Corrí hacia la pantalla en la pared, buscando un botón de apagado, pero no había ninguno. Al otro lado de la puerta, las voces se hicieron más fuertes. Miré

impotente la brillante pantalla plana, paralizada por el pánico, y luego corrí detrás del biombo japonés justo cuando la puerta de la oficina se abría.

Cuidadosa y deliberadamente, controlé mi respiración, y luego moví la cabeza lentamente hasta que pude ver a través de la fina rendija entre los paneles articulados.

Farnham estaba de pie junto a su escritorio, frunciendo el ceño hacia la pantalla encendida, probablemente tratando de recordar si la había dejado encendida o no. Llevaba un traje gris de corte suelto con un jersey de cuello alto negro. Era más alto de lo que esperaba por sus fotos. El sol poniente brillaba en sus gafas con montura metálica mientras recorría la habitación con la mirada.

Justo cuando se giraba hacia mi escondite, un zumbido bajo atrajo su atención. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó su teléfono, llevándoselo a un lado de la cabeza mientras se daba la vuelta para contemplar el atardecer.

—No. Nada aquí arriba... ¿Nada? Greg, esto no puede ser una coincidencia. Alguien está jugando con nosotros... Eres el jefe de seguridad, deberías entender lo que otra bomba explotando en este edificio le haría a esta empresa. No físicamente, sino al precio de las acciones. Todos vamos a pagar si ocurre de nuevo, se hiera alguien o no. —Farnham golpeó con la mano el cristal de la ventana por frustración, y tuve un rápido recuerdo de Carter Blalock intentando saltar a través de una ventana similar tres pisos más abajo.

Farnham había bajado el tono: —Tienes razón... Lo siento, Greg, pero esto realmente me está afectando. Me presionaron bastante por la bomba de Illcom. Arthur resultó gravemente herido, según he oído, quizás Aldo también... Si sabes algo, si descubres *cualquier cosa*... No, no sospecho de ti, por supuesto que no, pero sabes más de lo que ocurre en este edificio que nadie, y Carter te llamó *a ti*... ¿Valerie?... No, no la he visto en toda la semana... Bueno, asumí que era porque estaba conmocionada por todo este asunto... De hecho, he quedado con ella para un almuerzo temprano a las once mañana en The Drake y tengo algunas preguntas directas para ella... No,

realmente no creo... Bueno, quiero decir que lo sé, pero ¡tengo que considerar todas las posibilidades!

Por mi investigación sobre Farnham sabía que Valerie debía referirse a Valerie Archer, la segunda al mando de Farnham. Supuse que la otra oficina, junto a recepción, le pertenecía a ella. Esto podría ser interesante. Parecía que no había mucha confianza en el nivel más alto de Farnham Enterprises.

Farnham seguía al teléfono mientras pasaba por delante de mí y salía por la puerta.

—No, estoy de camino ahora. He enviado a Janice a casa por hoy, casi eran las seis de todos modos... Pararé de camino...

Y se fue. Vaya. No necesitaba mirar hacia abajo para saber que mis manos temblaban. Podía sentir el sudor corriendo por mi espalda. Era demasiado; estaba fuera de mi liga. Estaba acostumbrada al trabajo de patrulla, llamadas por violencia doméstica y el desfile ocasional. Aun así, mi primera operación como espía freelance, y no la había fastidiado. Todavía no. Relajé mi cuerpo lo mejor que pude, y luego comencé a concentrarme en cómo salir de allí sin ser descubierta.

Justo cuando estaba a punto de moverme de detrás del biombo, un ruido de raspado sobre mi cabeza me sobresaltó. Me agaché de nuevo detrás del biombo cuando, increíblemente, ¡el panel del techo directamente sobre el escritorio de Farnham se deslizó y reveló un agujero oscuro arriba! De ese agujero una mujer se bajó hasta que quedó colgando de sus manos, momento en el que cayó silenciosamente sobre la superficie de su escritorio en una postura de alerta en cuclillas.

Me tapé la boca con la mano para no exclamar, mientras la mujer barría con la mirada la sala para asegurarse de que no era observada. Llevaba un mono blanco. ¡En serio! Hecho de Lycra, creo. Ciertamente algo elástico, porque se ajustaba a su cuerpo más ceñido que... no sé. Muy ceñido. Lo suficientemente ceñido como para que fuera obvio que estaba en una forma física increíble. Del

tipo de gimnasta olímpica. Sí, yo podría descender del techo sobre el escritorio de alguien, pero no se vería nada parecido a lo que ella acababa de hacer.

Desmontó, igualmente en silencio, del escritorio y se movió hacia unos archivadores que corrían por debajo de los monitores a lo largo de la pared. Tras unos momentos de búsqueda, sacó un solo papel, lo dobló y lo deslizó en la manga de su muñeca izquierda. Cerró el cajón y luego volvió a subirse al escritorio. Su largo cabello castaño fluía detrás de ella en una coleta. El sol finalmente se había puesto, pero en la suave luz resplandeciente pude ver que tenía un rostro hermoso y juvenil, redondo y luminoso. Con una flexión de sus increíbles músculos de las piernas, saltó directamente hacia arriba, sus manos agarrando una tubería de agua en el techo. Dobló las rodillas hasta su pecho, y luego insertó sus pies a través del agujero, invirtiendo todo su cuerpo de modo que lo último que vi de ella fue su coleta, desapareciendo en la oscuridad.

La baldosa del techo se cerró deslizándose, y exhalé por primera vez en quizás cinco minutos. Escuché por si oía sonidos de ella marchándose a través del techo, pero no oí nada. Ni un rasguño, ni un sonido.

Madre mía, ¿qué acababa de pasar? ¿He mencionado que estaba completamente fuera de mi liga?

Com. Pleta. Mente.

10

Me senté en el pequeño parque detrás del hotel The Drake, retorciendo las largas trenzas negras de mi peluca. También llevaba una camisa oxford blanca con una corbata negra fina y pantalones negros. Zapatos negros cómodos.

Tres horas antes había ideado este plan mientras hacía ejercicio en una de las salas de recreo de Wilbur Wright. Habría preferido nadar, pero no tenía bañador y estaba demasiado perezosa para ponerme un disfraz para ir a comprar uno. En su lugar, monté en una bicicleta estática, con la mente girando al compás de mis piernas. Se sentía bien sudar. Idealmente, los policías deberían estar en perfecta forma física, pero eso no siempre era el caso, y yo había descuidado un poco mi régimen. Estoy segura de que ver a la ladrona el día anterior, con su cuerpo delgado y perfecto, también podría haber tenido algo que ver.

Mientras sudaba y planeaba mi siguiente paso, observaba las noticias y el tiempo desplazándose por una pantalla montada en lo alto de la pared opuesta. Nada sobre mí, pero después de aproximadamente media hora me sobresaltó ver un rostro familiar cuando comenzaron una pieza sobre el funeral de Carter Blalock.

El difunto había sido un hombre atractivo de unos cuarenta años, con una abundante cabellera rubia que necesitaba un corte. En el clip que mostraron, estaba de pie en el Desfile del Día de San Patricio con su esposa Belinda, de pelo oscuro, y una hija pequeña, de unos ocho años, sosteniendo un trébol verde brillante en un palo.

El siguiente clip era de hace dos días, y mostraba a la viuda y a la hija saliendo del funeral y entrando en un largo coche negro con ventanas tintadas.

Me sentí mal por ellas. Fuera lo que fuese en lo que Blalock estaba metido, y seguramente era algo malo, probablemente su esposa no sabía nada al respecto. Y desde luego, la niña tampoco. Siempre son

los niños los que tienen que lidiar, a veces durante décadas, con las deficiencias y desgracias de sus padres. Cuando tienes hijos, cada error que cometes se propaga a través de generaciones. Vaya.

Dejé de pedalear y tomé un largo trago de agua, repasando todo lo que sabía sobre el caso.

¿A quién pretendía engañar? Solo tenía una pista: 11 AM. Almuerzo. The Drake.

Así fue como me encontré, con mi peluca puesta, cruzando East Lake Shore y rodeando hasta la entrada de The Drake, entrando por la puerta giratoria. Cuando encontré el Coq D'or (en serio) Lounge eran las 11:35 AM, aún temprano para almorzar. El lugar estaba casi desierto. Cogí una jarra de agua llena de la estación de servicio y me abrí paso por la sala. Todo el personal de camareros estaba agrupado cerca de la barra, mirando atentamente sus móviles, ocasionalmente lanzando una mirada furtiva hacia sus mesas.

Farnham estaba sentado en una pequeña mesa en la esquina más alejada, vestido con vaqueros y un jersey de cuello alto negro. Una pequeña cantidad de gel fijador en su pelo era la única pista de que el look estaba calculado. Estaba llevándose a la boca con el tenedor los restos de una ensalada absurdamente cara, hablando al mismo tiempo.

Al otro lado de la mesa se sentaba la mujer que tenía que ser Valerie Archer. La había visto en el periódico algunas veces. Como alguien que era joven, negra y mujer, destacaba como ejecutiva de alto rango, y los medios la adoraban. Era delgada, con un cuello largo y el pelo muy corto, sin alisar. Su traje de negocios color crema, perfectamente a medida, contrastaba con joyas de ónice y zapatos negros con tiras. Era una mujer muy bien arreglada, pero hoy tenía una expresión en su rostro que era mitad ansiedad y mitad enfado. Me acerqué hasta que pude oírles.

—¿Greg Ralston te dijo eso?

—No —dijo Farnham—. Janice me lo dijo.

—No me sorprende. Podría haber investigado un poco más antes de sacar conclusiones precipitadas —miró a Farnham con fuego en los ojos—. *Sí* me reuní con Aldo Frances, ¡porque estoy intentando llegar al fondo de esto! Han pasado dos semanas, y todavía no tenemos idea de quién nos está atacando. Necesitamos dejar de señalarnos con el dedo. ¿No te das cuenta de que probablemente sea un tercero atacando tanto a Illcom *como* a nosotros? Aldo está ahora al mando allí, y Arthur Vincente casi fue asesinado.

—Sí, pero nosotros no...

—Tuvimos nada que ver con eso, lo sé. Pero mira, Ferris: Carter Blalock, Arthur Vincente y Aldo Frances. Eso es Illcom tres, Farnham cero. No puedes culpar a la policía por pensar que estuvimos involucrados. No puedes culpar a nadie por eso. Ya está afectando al precio de nuestras acciones.

—No hace falta que me lo recuerdes —interrumpió Farnham—. Estoy recibiendo llamadas constantes desde ambas costas —dejó su tenedor en el plato y miró alrededor del comedor buscando a la camarera, presumiblemente para pedir la cuenta, pero no se la veía por ninguna parte. Agaché la cabeza y enderecé los cubiertos en una mesa cercana—. Pero Val, si fue alguien más, entonces ¿qué demonios estaba haciendo Carter en nuestro edificio cuando explotó la bomba?

Archer frunció el ceño.

—Eso es lo que realmente me preocupa también. No tiene ningún sentido —miró al vacío durante un minuto, luego salió de su ensimismamiento y miró su reloj—. Tengo que irme —exclamó, buscando en un pequeño bolso que hacía juego con sus zapatos y joyas.

Yo estaba completamente inmóvil a unas mesas de distancia, perdida en mis pensamientos. Algo que había dicho Valerie Archer me hizo pensar en algo, algo de la noche de la explosión. Las piezas estaban encajando...

—¡Tú! ¡La de las nubes! —giré la cabeza hacia la voz para ver a Archer agitando el brazo en mi dirección. Me acerqué arrastrando los pies, manteniendo la cabeza baja, con una jarra de agua en una mano.

—¿Sí, señora?

—¿Dónde diablos está nuestra camarera? Es como si se hubiera caído del borde de la tierra —su voz era tranquila, y parecía más perpleja que enfadada, pero la frustración seguía bullendo bajo la superficie. Parecía alguien que no solía perder la compostura. En circunstancias normales, probablemente era una persona muy agradable, y su posición como Vicepresidenta en la empresa indicaba que era claramente ambiciosa e inteligente.

—No estoy segura, señora. ¿Le gustaría que me encargue de eso?

—Sí, por favor —suspiró, entregándome la tarjeta.

Me dirigí hacia el puesto de la anfitriona, girando en el último momento hacia los baños y luego por un largo pasillo hacia el resto del hotel.

Como he dicho, probablemente era una persona muy agradable, por lo que me sentí un poco mal mientras salía por la puerta giratoria hacia la calle, con su Mastercard Platinum bien segura en el bolsillo de mis pantalones.

11

Hice algunos recados y luego volví a mi "casa segura". ¿Residencia segura? Lo que fuera. Me quité la peluca, extrañamente feliz de recuperar mi alocado pelo rojo, y me limpié el maquillaje de la cara. Me di una ducha caliente y me puse algo de la ropa prestada de Marty: unos chándales cómodos y una camiseta. Eran solo las 7 de la tarde, pero iba a acostarme temprano. La adrenalina de mi escapada a la hora del almuerzo había desaparecido, y me sentía agotada. Cuando estás en medio de la situación, la descarga es enorme, pero cuando pasa te quedas completamente vacía. Se podría pensar que habría sentido esto algunas veces mientras estaba en el cuerpo, pero honestamente, nunca había participado en una sola persecución a alta velocidad, y mucho menos en un tiroteo. Nunca había asistido un parto en el asiento trasero de un coche, nunca había convencido a un suicida de que no saltara. No, básicamente había pasado diez años arrestando a borrachos y vagabundos. Ocasionalmente, a algún pedazo de basura que había golpeado a su mujer. Había tenido más emoción en los últimos seis días que en los últimos seis años en el trabajo. Sinceramente, no echaba de menos ser policía. Para nada.

Examiné los puntos de sutura en mi cuero cabelludo en el espejo. Ningún signo de infección. En el botiquín, encontré algunas tiritas nuevas para el corte en mi pantorrilla. Probablemente debería haberme dado algunos puntos allí, pero parecía estar cerrándose bastante bien por sí solo. Tenía que recordar agradecer a Marty por hacer un trabajo tan bueno con los primeros auxilios.

Caminé hacia la sala de estar donde la peluca negra ahora descansaba sobre la empuñadura de la espada, pasando por la encimera que dividía la pequeña habitación de la diminuta cocina. Me estiré lánguidamente y cogí un cuenco de plástico del armario y lo llené con cereales y leche. Me di la vuelta para sentarme en la barra, pero la encimera todavía estaba cubierta con bolsas de

compras, así que volví a la sala de estar, me desplomé en el sofá y encendí la televisión.

Pronto me quedé profundamente dormida con el cereal a medio terminar y Jerry Taft en la pantalla, diciéndome que el clima de mañana sería soleado y fresco...

Estaba de nuevo con mi uniforme, de vuelta en el Edificio Farnham, con el arma desenfundada y buscando a un intruso. "Criminal" de Fiona Apple sonaba a todo volumen por los altavoces del techo, y llevaba unas botas muy pesadas que eran demasiado grandes para mí; me resultaba muy difícil caminar, cada paso era una lucha, y el sudor me corría por la frente y me picaba en los ojos. Sin embargo, me esforzaba por llegar a la puerta de la sala de juntas, que estaba justo delante de mí. Sabía que se suponía que debía estar allí, pero me estaba llevando una eternidad llegar.

Dentro de la sala de juntas, Carter Blalock, sin camisa, me saludó cálidamente, caminando hacia mí por la espesa alfombra. Sostenía un trébol verde en un palo.

—¡Me alegra verte aquí! —exclamó con verdadero afecto—. Perdona mi atuendo, es que hace tanto calor aquí con el fuego y todo.

—¿Fuego?

Extendió su mano para estrechar la mía. —Sí, el fuego, de la explosión.

Miré su mano extendida, retrocediendo cuando vi el brazalete atado alrededor de su muñeca, parpadeando intensamente con una luz ámbar.

—No tengas miedo —me dijo, pero entonces la luz del dispositivo se volvió roja, se escuchó un ruido fuerte y repetido, y grité.

Me incorporé bruscamente del sofá, enviando mi cuenco de cereales volando hacia la alfombra. La leche salpicó por todas partes. Mi camiseta estaba empapada de sudor, y la baba cubría un lado de mi boca e incluso llegaba hasta mi cuello.

¡Bang! ¡Bang, bang! Alguien golpeaba la puerta. Oh, Dios mío, pensé que estaba teniendo un ataque, pero luego respiré profundamente y la habitación volvió a enfocarse. Me limpié la boca con el hombro de mi camiseta y busqué mi arma reglamentaria, antes de darme cuenta de que todavía estaba en mi apartamento, mi verdadero apartamento, al otro lado de la ciudad.

Di un paso hacia la puerta, aplastando algunos Frosted Flakes bajo mi pie descalzo. Maldición. Guardé silencio, caminé de puntillas hasta la puerta y miré a través de la mirilla hacia el pasillo gris del edificio de apartamentos.

Era Ruby, con el bastón levantado, lista para golpear la puerta por tercera vez. La dejé entrar rápidamente, mirando arriba y abajo del pasillo, pero no había nadie más alrededor.

—¿Qué te pasa, Kay? —Ruby entró apresuradamente, con su bolso negro sobre el hombro—. No contestabas a la puerta, estaba preocupada por ti, ¿sabes?

—Estaba dormida, lo siento. —Pasé alrededor de Ruby para recoger el cuenco y los trozos de cereal y ponerlos en el fregadero—. Este sueño, Ruby, recuerdo...

—Son solo las 8 de la tarde, ¿ya estabas dormida? Creo que esta suspensión te está volviendo perezosa.

—Para que lo sepas, he tenido un día muy emocionante...

—¿Qué es todo esto? —Ruby me interrumpió, agitando su brazo hacia las bolsas de compras mientras rodeaba la mancha húmeda en la alfombra y colocaba su bolso en el sofá—. ¡No deberías estar de compras, con tu cara por todas las noticias!

—Oh —respondí evasivamente—. Necesitaba ropa nueva. Llevé un disfraz todo el tiempo, y ciertamente la policía no me estaría buscando en el distrito comercial. No quiero usar los vaqueros y sudaderas de Marty para siempre, y todavía no me atrevo a ir a mi apartamento.

—Vale, ¿pero Vuitton? ¿J. Toor? ¡No puedes permitirte estas cosas sin ingresos!

—Sí... bueno, esa es una larga historia —tartamudeé. De repente me sentía un poco avergonzada por mi compra compulsiva con la tarjeta de crédito de Valerie Archer. Realmente había estado abrazando mi personalidad de fugitiva criminal; era extrañamente liberador sentir que todas las reglas habían sido abandonadas, todas las formalidades y cortesías se habían ido. Cuando llevaba la peluca y las gafas, realmente me sentía como otra persona. Sin embargo, había una culpa persistente, mi antiguo yo todavía allí, con las manos en las caderas y golpeando el pie, mirándome como mamá solía mirarme cuando llegaba después de medianoche.

En cualquier caso, luego me deshice de la tarjeta para no dejarme llevar, o para que no me rastrearan. La tiré por un desagüe de lluvia. Justo después de comprar algunos artículos adicionales en el Army Navy Surplus en Lincoln.

Ruby había empezado a hurgar en las bolsas de compras.

—¡Santa María! —exclamó, sacando unos pantalones de cuero negro. Me sonrojé. Había estado pensando en la mujer gato vestida de Lycra cuando compré esos pantalones (no creía que pudiera lucir bien con Lycra, pero el cuero negro se me veía bastante bien). Parecían algo que una superespía debería usar.

—Olvida eso —dije, apartando a Ruby de la encimera y llevándola al sofá—. Digamos que tuve un poco de ayuda de un benefactor anónimo. Y además —añadí con un pequeño mohín—, realmente necesitaba algo para mejorar mi estado de ánimo. Esto ha sido una pesadilla.

—Me lo imagino —dijo Ruby, y me rodeó con su brazo, acercándome a ella. Por eso la quería—. Seguro que lo ha sido —continuó—, pero hay un viejo dicho checo: Cuando te encuentres en un agujero, lo primero es dejar de cavar.

—No creo que eso sea checo —fruncí el ceño.

—¡Por supuesto que es checo!

—Da igual —dije, sentándome erguida otra vez—. ¡Casi olvido lo que había olvidado! Me alegro de que estés aquí.

Me puse de pie de un salto y comencé a caminar de un lado a otro.

—Tuve este sueño loco justo ahora, pero en medio de él recordé algo de la explosión. ¡Algo importante!

Ahora Ruby estaba toda oídos.

—¿Qué? ¿Qué era?

—Cuando vi a Carter Blalock, justo antes de la explosión, no llevaba una bomba. ¡La *llevaba puesta*!

—¿Como un chaleco suicida?

—¡NO! No, no, no, era un brazalete. ¿Cómo pude haberlo olvidado?

—Bueno, trauma craneal, por supuesto —dijo Ruby—, ¿pero un brazalete? ¿Estás segura de que no fue solo el sueño?

—No, realmente ocurrió. —En el momento en que lo dije en voz alta, estaba más segura que nunca—. Era grande, como un brazalete de Wonder Woman. Quizás era solo el detonador, no lo sé. Tenía una luz amarilla parpadeante. Blalock se asustó, intentó saltar por la ventana y luego me dijo que corriera justo cuando la luz del brazalete se volvió roja.

Casi saltaba de arriba abajo, tan emocionada estaba por estos recuerdos recuperados, pero Ruby fruncía el ceño.

—¿Qué pasa?

—Bueno, esto significa que hemos estado completamente equivocadas.

Dejé de brincar.

—¿Sobre qué?

—Bueno, sobre el motivo, por supuesto. Asumimos que Carter Blalock estaba tratando de colocar una bomba en el Edificio Farnham cuando apareció la policía. Pero...

—¡Él *era* la bomba! —interrumpí—. ¡Alguien lo estaba *usando* como bomba!

12

Al día siguiente, Aldo Frances salió del ascensor en la planta ejecutiva del edificio Illcom. Echó un vistazo al área de oficinistas, me miró directamente sin percatarse de mí. Parecía un poco nervioso y algo receloso, pero sus ojos pasaron sobre mí sin detenerse ni mostrar señal alguna de alarma. Mi disfraz parecía estar funcionando.

Mi cubículo estaba en el pasillo principal, así que caminó muy cerca de mí en dirección a su despacho, que se encontraba en el extremo más alejado del edificio, contiguo al que, hasta hace poco, había sido el despacho de Carter Blalock. Frances era el director de desarrollo de nuevos productos, por lo que su verdadera oficina estaba en uno de los pisos inferiores, donde los ingenieros trabajaban duramente en la próxima gran innovación en fibra óptica o lo que fuera. Probablemente se sentía incómodo al encontrarse también como director general. Arthur Vincente había asumido el cargo de director general interino después de que la primera explosión matara a Blalock, pero luego la segunda explosión lo envió a la UCI, dejando a Frances, como el ejecutivo de mayor rango, repentinamente al mando. Era el Gerald Ford de la industria de las telecomunicaciones. No, no estaba viva cuando eso ocurrió. Pero he leído algunos libros de historia, para que lo sepáis.

El informe había dicho que Frances también había resultado gravemente herido en la segunda explosión, pero resultó no ser cierto. Parecía perfectamente bien. A veces las noticias se equivocan.

Llevaba en este cubículo aproximadamente una hora. Según la cuenta de Gmail sin protección en este ordenador de sobremesa, el escritorio pertenecía a Angie Delacroix, que pedía muchas prendas de Land's End y tenía 452 amigos en Facebook.

Solo una persona me había dirigido la palabra en todo este tiempo: una mujer alegre con pelo rubio de punta me preguntó cuánto tiempo estaría trabajando como sustituta, y si no era una pena lo de Angie.

Lo era, era una terrible pena, estuve de acuerdo, aunque no tenía ni idea de qué le había pasado a Angie.

Había venido aquí porque Aldo Frances, como yo, había sobrevivido a un atentado con bomba, presuntamente perpetrado por la misma persona. ¿Habría visto algo, cualquier cosa que me diera una pista para seguir?

Le di a Frances tiempo suficiente para que se instalara en su despacho antes de levantarme y dirigirme a visitarlo. Llevaba una camisa bordada de Louis Vuitton y una falda a juego, varias categorías por encima de mi sueldo como oficinista temporal, pero parecía improbable que Aldo Frances supiera mucho sobre moda, y me moría por probármela. Unos zapatos negros de tiras con tacón muy bajo (¡tan sensatos!) completaban mi atuendo de mujer de negocios. Llevaba gafas de lectura con montura morada sin aumento que compré en un Jewel Osco. Quedaban genial con mi intenso pelo rojo. Llevaba un pendiente brillante y colgante en la oreja visible, y nada en la oreja que quedaba oculta por mi mechón de pelo. Era un caso de ocultarse a plena vista. Claramente, mi trabajo temporal era una ocupación provisional hasta que despegara mi carrera como actriz, o mis pinturas ultramodernas tuvieran éxito, o cualquier cosa moderna que hiciera cuando no estaba en el escritorio de Angie.

Sujetaba un montón de hojas en blanco en una mano mientras golpeaba ligeramente la puerta de Frances y entraba. Aldo Frances levantó la vista cuando entré, quitándose las gafas de lectura para poder ver a través de la habitación.

Tenía unos 65 años, con una gran mata de pelo canoso, un rostro fuerte y una barbilla bien afeitada. Cuando pasó a mi lado me sorprendió lo bajo que era, quizás un metro sesenta y cinco. No parecía mucho un científico. Con su traje azul, bien hecho pero no muy elegante, parecía un ejecutivo de seguros de los años 50. Para

él, yo debía parecer una especie de alienígena del punk rock, porque sus ojos se agrandaron mientras cruzaba el suelo para situarme justo delante de su escritorio.

—Sí, ¿qué desea? —preguntó con brusquedad.

Coloqué el montón de papeles sobre su escritorio, luego me incliné hacia la parte posterior de su consola telefónica y desenchufé el cable.

—¡Eh! ¿Qué demonios...? —Se levantó rápidamente—. ¿Quién es usted?

Me llevé el dedo a los labios y le indiqué que volviera a sentarse. Sorprendentemente, se intimidó ante ese extraño movimiento y realmente volvió a sentarse. Me senté en una de las dos sillas de mi lado de su gran escritorio.

—Señor Frances —comencé, quitándome las gafas—. En realidad no trabajo aquí, pero tengo algunas preguntas importantes que hacerle. Me temo que son bastante urgentes.

Se irguió alerta en su silla.

—Pensaba que parecía nueva... habría notado ese pelo... pero las chicas de ahí fuera cambian constantemente. ¿Es usted periodista?

Las chicas. Encantador, viejo, encantador.

—No, no soy periodista. Supongo que ya ha tenido suficientes. Soy investigadora.

—Ya he hablado con la policía, extensamente. Si está con una compañía de seguros, necesita hablar con los abogados de Arthur o de Carter. Sinceramente, ya me cuesta bastante mantener la empresa funcionando día a día. Este no es mi mundo; normalmente estoy abajo en el laboratorio. Realmente no veo cómo puedo ayudarla. —Se agotó y se quedó mirándome, probablemente preguntándose cómo sacarme de su despacho. Miró hacia la puerta cerrada, pero no hizo ningún movimiento.

—Me temo que no puedo revelar a mi empleador —dije en tono conspirativo, inclinándome hacia él y hablando en voz baja—, pero no hace falta decir que hay mucho en juego aquí, y no podemos estar completamente seguros de que usted no siga en peligro.

Al parecer, no le gustó mi numerito de secretismo, porque se levantó de su asiento, miró su teléfono inutilizado y comenzó a rodear el extremo del escritorio. Maldición, bueno, allá vamos...

—Señor Frances, espere. Mi nombre es Kay Riley, soy una...

—¡Policía! —interrumpió, registrando el nombre, porque por supuesto lo haría. Le habían dicho que intenté matarlo. Me interpuse entre él y la puerta.

—Espere —supliqué, afirmando mi postura lo mejor que pude con mi bien confeccionada falda, lista para detenerlo si intentaba huir. Mi objetivo era parecer formidable pero no amenazante.

—Yo *no* estoy involucrada en esto —continué—. Sé que suena ridículo, pero alguien me está tendiendo una trampa. No sabía por qué hasta hace poco.

Intentó moverse lentamente hacia un lado, pero me ajusté para mantenerme entre él y la puerta. Yo era unos dos centímetros más alta que él, incluso con zapatos de tacón bajo. Miró hacia la puerta, pero todavía no había empezado a gritar, así que aún había esperanza. Podía ver que detrás de sus ojos había un serio proceso de razonamiento. Sopesando opciones. Tenía que conectar rápidamente.

—La pulsera —solté, y vi cómo sus ojos se agrandaban—. Me están incriminando porque sé lo de la pulsera. La vi en Carter Blalock. Usted sabe de lo que estoy hablando, ¿verdad?

Dio un paso atrás, metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil. ¡Por supuesto que tenía un móvil! ¿En qué estaba pensando? Sin embargo, aún no había intentado hacer una llamada. Quizás temía que me lanzara sobre él si lo hacía.

—Podría saber sobre las pulseras porque podría ser usted quien nos las puso.

—De acuerdo, eso es cierto. ¡Pero no lo hice! Solo soy una policía de Chicago. Respondí a una llamada sobre un allanamiento. —Me estaba frustrando—. Estaba simplemente allí haciendo mi trabajo cuando esa pulsera destelló en amarillo. Blalock me miró con tal miedo, como nunca había visto. Y luego intentó saltar por la ventana.

Puede que sollozara un poco en este punto, porque Frances bajó su teléfono y me miró con una expresión extraña en su rostro.

—Intentó salvarme, me dijo que corriera —dije, mirándole directamente a los ojos—. Y ahora alguien está intentando matarme, y necesito saber qué demonios está pasando... —Le miré impotente.

Suspiró y volvió a situarse detrás de su escritorio, sentándose y señalándome que volviera a la silla en la que había estado.

—¿Cuánto sabe?

—No mucho —admití—. Todo el mundo piensa que esto tiene que ver con la rivalidad Farnham/Illcom, pero si Carter Blalock fue obligado de alguna manera, quizás con amenazas a su familia, a estar en ese edificio, llevando ese extraño detonador, entonces parece probable que algún tercero esté tratando de enfrentarlos entre sí. —Suspiré—. Y como vi la evidencia, me han convertido en chivo expiatorio. Lo que me dice que alguien en el departamento de policía está involucrado. No sé de qué otra manera podrían acusarme con tal autoridad.

Aldo se inclinó hacia delante. Ahora éramos compañeros, ambos supervivientes, así que había decidido llamarle Aldo. Es un gran nombre; nunca había conocido a un Aldo antes.

—Bueno, puedo completar algunos de los huecos para usted, pero no todos, me temo. —Se levantó y recorrió la habitación, un hombre acostumbrado a trabajar y pensar de pie—. En esa terrible noche, recibí una llamada de Carter. Sonaba frenético, demente. Estaba

diciendo algo sobre Belinda y Gracie, cuando de repente se escuchó el sonido de una pelea y luego Greg Ralston se puso al teléfono.

—Espere, ¿el tipo de seguridad? ¿Cómo supo que era él?

—Conozco a Greg desde hace mucho tiempo. Ha estado con Ferris para siempre, y yo trabajé para Farnham cuando él empezaba.

Debí parecer sobresaltada, porque continuó.

—Lo sé, todo está un poco entrelazado, lo que en parte explica por qué estoy de acuerdo con su valoración. Debe ser un tercero. Ferris y Carter eran amigos mucho, mucho más cercanos de lo que el público sabía. Querían mantenerlo en secreto, por muchas razones.

—En cualquier caso, Greg me dijo que una secretaria que trabajaba hasta tarde había oído ruidos y visto a alguien escabulléndose por el edificio. Llamó al 911, ellos llamaron a Greg y la enviaron a usted, supongo. Greg llegó primero. Encontró a Carter casi delirante de pánico, diciendo una y otra vez que se alejaran de él, porque era una bomba. Greg le quitó el teléfono y, cuando se dio cuenta de que era yo quien estaba al otro lado, me preguntó qué estaba pasando. Por supuesto, no tenía ni idea, pero cuando me describió la pulsera que Carter llevaba puesta, le dije que sí, que era completamente posible que una bomba de alta potencia pudiera ser tan pequeña. Cuando Greg colgó, le contó a Carter lo que yo había dicho, y Carter se dio la vuelta y huyó. Greg corrió tras él, pero bajó las escaleras, pensando que Carter estaba tratando de llegar a la calle. Evidentemente, Carter había subido en su lugar.

¡Vaya! Todo parecía encajar. Carter era una bomba, y alguien había intentado volar tanto a Carter como a Farnham al mismo tiempo. Matando a dos pájaros con uno de los pájaros.

—Hay más —dijo Aldo, moviéndose hacia el ordenador y tecleando unas cuantas teclas—. No creo que sea la policía quien le ha tendido una trampa. Mire.

Giró el monitor hasta que quedó frente a mí.

—Esto es de nuestra grabación de seguridad. —Pulsó un botón.

El vídeo mostraba a alguien caminando por un largo pasillo, luego atravesando el jardín de cubículos justo fuera de la oficina en la que estábamos ahora. Era una mujer, con uniforme de policía. Tenía el pelo castaño rojizo colgando de una gorra que cubría la mayor parte de su cara. Llevaba un maletín de médico negro en una mano. Entró por la puerta de la oficina contigua a esta y desapareció dentro. Aldo detuvo el vídeo.

—Esa es usted —dijo—, la misma noche en que Arthur y yo casi morimos.

—¡No lo es! —protesté.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. Pegué un brinco del susto, pero Aldo se sentó rápidamente en su silla, me lanzó un bolígrafo y señaló los papeles que había dejado en su escritorio.

—Adelante —llamó mientras yo me apresuraba a coger el bolígrafo y adoptar la apariencia de alguien que anota las instrucciones que su jefe le está dictando.

Era la Alegre Pelo de Punta.

—Señor Frances, me pidió que le recordara su cita de las 10:40 con Contabilidad. Es en la quinta planta, así que debería darse tiempo para bajar.

—Gracias, Tina...

—Tracey.

—Lo siento, Tracey. Terminaré con...

—Carlotta —ofrecí.

—...Carlotta en unos cinco minutos, y bajaré.

Tracey salió.

—Uf —se quejó Aldo—. Contables. Quizás hubiera sido mejor ser volado por los aires. —Inmediatamente se dio cuenta—. No lo digo en serio, por supuesto. Una cosa terrible de decir. Carter muerto, Arthur en el hospital.

—¿Qué les pasó a usted y a Arthur?

—Intentaré darle la versión corta, pero fueron los quince minutos más aterradores de toda mi vida. Todavía lo revivo cuando cierro los ojos. —Se levantó de nuevo y se movió para mirar por las ventanas —. Era después del horario laboral. Arthur y yo estábamos en su despacho, que hasta hacía poco había sido el despacho de Carter. Arthur está jubilado, pero como presidente de la junta, todos pensamos que lo mejor era que se convirtiera en director general interino. En fin, durante las últimas tardes nos habíamos reunido para discutir asuntos y tomar una copa juntos. Esa noche, poco después de nuestra primera copa, nos desmayamos los dos. Debía haber algo en el whisky. Una hora más tarde, según las cámaras de seguridad, alguien vestido como usted entró y nos puso a cada uno una de esas pulseras explosivas.

—¿Vio quién podría haber entrado en el despacho para alterar su bebida?

—No, me temo que las cámaras de seguridad no están encendidas durante el horario laboral, solo por la noche, así que podría haber sido cualquiera.

—Pero ese cualquiera debía estar lo suficientemente familiarizado con Illcom para saber eso sobre las cámaras de vídeo.

—O tuvieron suerte.

—No —insistí—. Sabían sobre las cámaras de vídeo, porque tomaron la precaución de llevar un disfraz cuando entraron por la noche. Sabían que yo había estado en la explosión anterior, y la gente pensaría que era yo cuando vieran el pelo y el uniforme.

—Hmm. Puede que tenga razón. Pero, ¿cómo nos ayuda eso? Su presencia aquí ahora demuestra que es increíblemente fácil para cualquiera actuar como si trabajara aquí. Hay tantos empleados, siempre yendo y viniendo.

—Probablemente quiera reforzar su seguridad.

—Por supuesto, tiene absoluta razón en eso.

—¿Qué pasó después?

—Cierto —dijo—. Nos despertamos y era por la mañana. Ambos teníamos una pulsera cerrada en la muñeca. Cada una tenía una luz verde sólida incrustada. Por mi conversación con Greg, sabía que estábamos en gran peligro. Arthur corrió hacia las escaleras; la recepción principal está un piso más abajo. Yo había notado un pequeño puerto de datos en la pulsera, y corrí a mi oficina para conseguir un cable y conectarlo a mi ordenador.

—Era un mecanismo bastante simple, una vez que estabas conectado al software. Oí la voz de Arthur en el interfono, diciendo a todos que evacuaran el edificio; había corrido a recepción para intentar salvar vidas.

—Con un poco más de manipulación en el ordenador, mi pulsera se abrió, pero justo entonces la luz empezó a parpadear en amarillo. Encontré el comando para desactivar la pulsera, y la luz se apagó completamente.

—¡Dios mío! —exclamé. Estaba sin aliento y al borde de mi asiento.

—Agarré mi portátil y el cable y corrí hacia recepción donde Arthur todavía estaba tratando de desalojar el edificio. Su pulsera parpadeaba en amarillo. La conecté y acababa de quitársela de la muñeca cuando la luz se volvió roja. Arthur la agarró con su mano derecha y la lanzó a través de la habitación, pero solo voló unos tres metros antes de explotar. Arthur estaba directamente entre ella y yo, y la fuerza lo lanzó hacia atrás contra mí y nos derribó a ambos.

—Vaya.

—Él me protegió, inadvertidamente. También debió haber llamado al 911 cuando llegó por primera vez a recepción porque de repente había bomberos por todas partes. Quitaron a Arthur de encima de mí y no volví a verlo hasta el hospital. No tenía ni un rasguño, pero Arthur tiene algunas quemaduras graves y parece estar en coma. Creo que se golpeó la cabeza con fuerza contra el escritorio o el suelo. No se ha despertado.

Nos quedamos sentados en silencio durante un minuto, hasta que Aldo se sacudió de vuelta al presente.

—Tengo que bajar, y usted tiene que salir de aquí.

—¿Qué hacemos? —pregunté, impotente, sintiéndome abrumada.

Aldo metió la mano en su bolsillo y me dio una tarjeta de visita.

—Agente Riley, le creo. La lógica me dice que debería ir a la policía, pero mi instinto, como el suyo, dice que espere. Yo, como el resto de la junta y el personal superior de Illcom, he sido completamente interrogado por la policía. Estoy bastante seguro de que no soy sospechoso, así que creo que es seguro llamarme si necesita ayuda. A cambio, espero que me cuente lo que descubra.

—Puedo hacer eso.

—Bien, porque mi negocio está en juego, y también mi vida. Y la suya. No creo que podamos esperar a que la policía aclare todo esto.

Nos quedamos allí mirándonos, ambos sorprendidos de encontrarnos en estos roles.

—Debería salir primero —dijo Aldo, señalando hacia la puerta—. Yo la seguiré en unos minutos.

13

Dejé a Aldo y tomé un autobús hasta mi edificio. Introduje la llave en la puerta de mi apartamento y entré. Habían pasado dos semanas desde la última vez que estuve dentro, y el recibidor me resultaba extrañamente ajeno. El aire estaba viciado y el silencio parecía sobrenatural. Al entrar en la cocina, la sensación persistía. Me había cambiado a ropa oscura. Con un gorro negro de punto cubriéndome el pelo brillante, me sentía como una ladrona en mi propia casa. Nada parecía estar del todo bien, y me di cuenta de que lo más probable era que mi apartamento hubiera sido registrado minuciosamente al menos por la policía de Chicago y quizás también por otras partes interesadas. Me dio un escalofrío mientras atravesaba el salón hacia el dormitorio, notando pequeños objetos que no parecían estar exactamente donde los había dejado.

Hasta ahora, había actuado con bastante inteligencia, si se me permite decirlo. Mi investigación no había producido ninguna pista sólida, pero ahora tenía una idea mucho mejor de lo que estaba pasando y con quién me enfrentaba. En realidad, es con quién. Desafortunadamente, mis días de sensatez habían terminado, porque ir a mi apartamento era tanto estúpido como peligroso, como estaba a punto de descubrir.

Mi caja fuerte para armas parecía, bueno, segura. Y sin manipular. La abrí y suspiré aliviada al ver mi Beretta M. La cogí y la cargué, tomé una caja de municiones y las metí en mi bolsa. Mi Glock seguía en algún armario de pruebas de la comisaría. No iría allí en un futuro próximo.

Fui a mi armario y saqué mi ropa elegante de la bolsa. En su lugar metí mi uniforme de reserva, mi bañador y algunos calcetines y ropa interior. En algún lugar del fondo de mi armario había un par de zapatillas viejas que quería para hacer ejercicio, pero que me condenaran si podía encontrarlas. Acababa de ponerme de rodillas cuando oí que la puerta principal se abría.

Sin pensarlo, rodé hacia delante dentro del armario, arrastrando la bolsa conmigo y cubriéndome con la ropa sucia amontonada en el suelo. Por fortuna, no había encendido ninguna luz. No había nada que delatara mi presencia en el apartamento, y las sombras del oscuro armario eran profundas. Me agaché inmóvil, controlando mi respiración mientras deslizaba lentamente la mano en mi bolsa para sacar mi pistola.

Los pasos de unos zapatos duros resonaron por la cocina. No se oían voces, pero escuché la estática ininteligible de una radio policial. Un sonido que conocía bien.

Permanecí inmóvil mientras el agente se movía hacia el dormitorio, aunque algo se me clavaba incómodamente en el trasero. Sujeté la Beretta con fuerza en la mano, deseando que el hombre o la mujer pasara de largo.

La radio crepitó de nuevo, y una voz de mujer respondió desde pocos metros de distancia, cerca del pie de la cama.

—Recibido. No hay nada aquí... La puerta estaba sin cerrojo, así que creo que probablemente vino y se fue... No lo sé, quizás necesitaba su cepillo de dientes... Vale, se lo diré y bajaré enseguida.

Uf. Oí sus pasos cruzar la cocina y luego escuché mi puerta principal cerrarse. Exhalé y me desenredé de entre la ropa sucia. Lo que se me había clavado en el trasero era una de mis zapatillas desaparecidas. Encontré la otra y las puse ambas en la bolsa, me la colgué al hombro, con la pistola aún en la mano, y salí del dormitorio.

Crucé la alfombra del salón y entré en la cocina, donde un policía estaba sentado a mi mesa, ojeando distraídamente información en su teléfono.

Solté un grito ahogado, y su cabeza se levantó de golpe de la pantalla, con la mandíbula caída por la sorpresa.

—¡Riley! —gritó, y empezó a levantarse, pero yo ya había alzado la mano, apuntando la pistola directamente a su pecho.

—¡Quieto! —le grité, y así lo hizo.

No era alguien que yo reconociera, pero el cuerpo tiene unos 12.000 agentes, y mi apartamento no estaba en mi distrito, así que no era sorprendente. No era muy alto, pero por su pecho y brazos podía decir que era alguien que frecuentaba el gimnasio. Era común que muchos de los chicos pasaran una hora antes o después del turno haciendo ejercicio. Empezaban haciéndolo para compensar toda la comida basura que comíamos de servicio, luego se convertía en un hábito y una vanidad.

Comenzó a bajar las manos por debajo de la mesa, pero le lancé una mirada que le indicaba que conocía ese movimiento, y en su lugar puso ambas manos con las palmas hacia abajo sobre la mesa, donde podía verlas. Asentí en señal de aprobación.

—Riley, usted...

—Detente. Solo, calla un minuto. Necesito pensar.

—Eso es obvio.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Es solo que le dije a McKinnon que de ninguna manera volverías aquí, pero insistió en hacer comprobaciones cada cuatro horas. Supongo que eres más tonta que el terrorista medio.

Todo el mundo es un crítico.

—Escucha, imbécil. No soy una terrorista...

Soltó un resoplido sarcástico, que ignoré. Empecé a alejarme de él hacia la puerta.

—Solo soy una policía como tú y voy a salir de aquí ahora mismo y me saltaré toda la conversación de «Entrégate» para pasar a la parte en la que no tuviste más remedio que dejarme ir.

Mis habilidades para caminar hacia atrás evidentemente necesitaban algo de trabajo, porque en lugar del pasillo hacia la puerta, choqué contra la mesita donde guardo mis gafas de sol, el cargador del móvil y un cuenco con algunas monedas.

Él aprovechó el momento y se puso de pie de un salto, volcando la mesa de la cocina hacia mí. Mi arma se disparó accidentalmente, astillando la superficie de la mesa mientras yo saltaba hacia atrás para apartarme. Él se lanzó hacia mí por encima de la mesa volcada, pero su pie se enganchó en el borde y cayó pesadamente sobre sus manos y rodillas. Di un fuerte paso adelante y le di una patada seca en la cara con todas mis fuerzas. Aulló y se agarró instintivamente la nariz con una mano. Le barrí el brazo que lo sostenía y cayó sobre su hombro, rodando sobre su espalda. Me aparté cuatro o cinco pasos y mantuve la Beretta apuntándole.

Ambos nos sobresaltamos cuando su radio cobró vida, con una voz frenética gritando. El disparo haría que los agentes llegaran en segundos. Su compañera probablemente ni siquiera había llegado aún a la planta baja. Tenía que salir de allí, pero por alguna razón estaba demasiado furiosa para moverme.

—¿¡Qué demonios te *pasa*!? —le grité. Sostenía mi arma con ambas manos ahora, y me temblaban con fuerza, el cañón oscilando pero aún firmemente apuntando hacia él. Se sujetaba la nariz con ambas manos, con sangre fluyendo entre ellas—. ¡Podría haberte *matado*! —continué, enfurecida ahora—. ¿¡Estás *loco*!?

Él solo gimió, y entonces la radio volvió a cobrar vida, sacándome de mi trance, y me di la vuelta y corrí fuera del apartamento. Me apresuré por el pasillo y pasé el hueco de la escalera, dirigiéndome hacia la otra escalera del extremo opuesto, suponiendo que aún no habría suficientes policías a mano para asegurar todo el edificio. Mientras corría, metí la pistola en la parte trasera de mis vaqueros negros, por debajo del fondo de mi bolsa, que rebotaba contra mi espalda mientras corría.

Bajé corriendo cuatro de los cinco pisos y luego salí de golpe por la puerta y recorrí otro largo pasillo. Me detuve bruscamente frente al 204, y saqué mis llaves del bolsillo, buscando torpemente hasta que encontré la de la señora Lowicki. Cuando se iba a Arizona a visitar a su hermana, la señora Gagnon del apartamento de al lado paseaba a su perro y regaba sus plantas, pero siempre me dejaba una llave

también, por si acaso. Cerré la puerta suavemente detrás de mí y me volví para encontrar a Gizmo, su loco perro de tres patas, mirándome fijamente. Me incliné y le di una rápida caricia, y luego me moví rápidamente al dormitorio trasero del apartamento. El perro me siguió, curioso, pero no ladró. Las ventanas daban al callejón detrás del edificio, y abrí la ventana y la mosquitera y tiré mi bolsa. Me descolgué hasta que la caída fue de solo unos tres metros y me solté, amortiguando mi aterrizaje con las rodillas y logrando no romperme el tobillo.

El callejón estaba desierto, y mientras corría podía escuchar mi propia voz martilleando en mi cabeza con cada paso: «¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Estúpida!»

14

Comimos comida china con desánimo mientras veíamos las noticias de la noche. Yo aparecía por todas partes. Policía fugitiva, agresión a un agente. Ahora se creía que seguía en la ciudad. Mi foto. Habían conseguido encontrar una imagen decente mía de un partido de sóftbol benéfico que hicimos hace unos años. Al parecer, habían decidido que era mala imagen seguir mostrando mi retrato policial, en el que claramente llevo puesto el uniforme de la Policía de Chicago. Bajé el volumen después de que repitieran la misma información por cuarta vez.

—¿En qué —dijo Ruby con voz lenta y disgustada— podrías haber estado pensando?

—Necesitaba mi bañador —dije con voz apagada, con la boca llena de fideos lo mein.

—Sinceramente, te gastaste tres mil dólares en ropa de marca, ¿pero no podías comprarte un bañador?

—i¿Sabes lo difícil que es encontrar uno que siente bien?! Cuando encuentras el adecuado, te aferras a él.

—Tengo una pregunta —intervino Marty, que seguía viendo las noticias.

—Nike. Rojo —respondí—. Espero conseguir un patrocinio o product placement cuando hagan una película sobre esto.

—Esa no era mi pregunta —dijo. Se levantó para llevar su plato al fregadero, deteniéndose para hacer una mueca ante la mancha de leche que había dejado en la alfombra de su amigo. No sé de qué se preocupaba. Estaba bastante segura de que podría quitarla—. Si nuestro villano es de alguna empresa externa, ¿cómo vamos a encontrarlos?

—Lo sé. Esto sería mucho más fácil si fuera Farnham, o Valerie Archer. Podría haber una docena de empresas tecnológicas

diferentes queriendo meterse en su negocio, y estamos hablando de miles de millones de dólares. Con una "B" de billones. Estoy segura de que hay mucha gente dispuesta a cometer algunos asesinatos para conseguir una porción más grande.

—No solo eso —añadió Marty—, sino que ni siquiera tiene por qué ser una empresa de telecomunicaciones. Hay tanta consolidación ahora que podría ser una empresa de hardware, o una empresa de almacenamiento en la nube, o incluso un gran banco que quiera una oportunidad para entrar en el sector.

—Genial —dijo Ruby—. Ahora me siento mucho mejor. Optimista. Creo que debemos centrarnos en sacarte de la ciudad, incluso del país.

—Pero necesito resolver esto.

—¿De verdad? Mírame —dijo Ruby con voz severa—. Me interrogaron dos veces la semana pasada. Saben que somos amigas.

Ahogué un grito. Por supuesto que lo sabían, tenía todo el sentido. Marty parecía preocupado.

—¿Y si te están siguiendo, tía?

—No me siguen —dijo Ruby con calma—. Me aseguré de ello.

—¿Te aseguraste?

—Créeme, Martin. Sé cómo deshacerme de alguien que me sigue —lo dijo con un tono tan inexpresivo que estallé en carcajadas.

—Es verdad —dijo, pareciendo ofendida—. Pero mi punto es que tú eres su mejor pista, y tú no tienes ninguna. Eventualmente, te encontrarán. ¡O peor aún, los asesinos te encontrarán!

Suspiré y me miré a mí misma, apareciendo una vez más en la televisión.

—Esto habría matado a mi padre —dije con tristeza.

—Estoy seguro de que estaría muy orgulloso de ti, Roja —dijo Marty.

—No me llames Roja.

—¿Era policía?

—Sí. Durante treinta años. Procedía de una familia de criminales. Su hermano Patrick pasó mucho tiempo en la cárcel. Su hermano Nicholas era un empresario de alto nivel, en varios negocios, ninguno de los cuales aprobaba mi padre.

—¡Debe haberse alegrado cuando te hiciste policía! —dijo Marty alegremente.

—Murió antes de eso —dije—. *No* habría estado contento. Lo que más deseaba era que me convirtiera en abogada. Ese fue su regalo cuando empecé la universidad —añadí, señalando el bolso de cuero en el suelo, en la esquina—. Pero después de su ataque al corazón, y con mamá ya en Highland Acres, no sé. No podía concentrarme en los estudios. No tenía el corazón en ello.

—Lo siento, cariño —dijo Ruby.

Me levanté de un salto del sofá y canté, con mi mejor voz de Sinatra: —¡Arrepentimientos! He tenido algunos...

Ambos me miraron fijamente.

—Solo intento aligerar el ambiente —sonreí y volví a mirar las cabezas parlantes silenciosas en las noticias—. No tienen ni idea de dónde estoy —dije, distraída.

—Gracias a Dios por eso —dijo Ruby. Entonces vio la expresión de mi cara—. ¿Qué pasa?

—Tengo otra idea tremendamente mala...

15

Hubo una pelea por la pistola. Primero hubo una pelea sobre el plan, que admito estaba lleno de agujeros y dejaba demasiado al azar. Luego, hubo una pelea por la pistola. Me negué a llevar mi Beretta. Ruby se puso furiosa.

—¿Has perdido el juicio?

—Esto no es negociable, Ruby.

—Esta gente no se anda con tonterías, perdona mi checo —espetó Ruby en voz baja. La pastelería donde estábamos sentadas estaba casi vacía, pero aun así, ese lenguaje.

—¿Alguna vez has disparado tu arma en acto de servicio? —pregunté.

—No —admitió.

—Casi maté a un policía —susurré—. Primero por accidente, luego a propósito. Si hubiera venido a por mí otra vez, le habría disparado en el pecho.

—Están intentando matarte —dijo con calma.

—Él no. Era solo un policía, como nosotras.

—Sí, pero en este caso, has invitado a todo el mundo a la fiesta, ¿no? Si tu plan funciona, esos hombres de negro van a estar aquí, y te quieren muerta.

—Lo sé —hice una mueca y casi perdí el apetito por el cupcake de vainilla y fresa que tenía delante. Casi—. Pero por eso quiero que la policía esté también allí. No se pondrán a disparar a todo el mundo si los policías están presentes. Ni a mí, ni a ningún otro transeúnte inocente.

Ruby negó con la cabeza.

—Esto va a ser un caos monumental.

—Gracias por el voto de confianza —sonreí con ironía.

Se puso de pie.

—Sabes que estoy tan alterada solo porque no puedo estar allí.

—No puedes, tú...

—Lo sé, lo sé. Además, corro demasiado despacio —dijo, agitando su bastón.

—Tenemos que irnos, el lugar ya estará vacío. —Me metí el último trozo de cupcake en la boca y nos dirigimos hacia la puerta.

Así que, mi plan completamente descabellado. No sabía quiénes eran los malos ni dónde estaban. Podían ser cualquiera. Ellos sabían quién era yo, pero no sabían dónde estaba. Y, lo más importante, no sabían qué aspecto tenía ahora. Así que, todo lo que tenía que hacer era hacerles saber dónde y cuándo iba a estar en público, y luego esconderme cuando aparecieran. Identificarlos, seguirlos, conseguir toda la información que pudiéramos. Fácil, ¿verdad?

Ruby no estaba tan segura. Un minuto estaba convencida de que no morderían el anzuelo. Al siguiente estaba convencida de que habría un centenar de ellos, me reconocerían de inmediato y me masacrarían. Sus razones para pensar que era una mala idea seguían cambiando, pero su inquietud subyacente se mantenía.

Ahí es donde entraba la policía. Suponía que nuestros misteriosos hombres no eran amigos de la policía, así que nos aseguraríamos de que ellos también aparecieran.

Elegimos una elegante peluquería en East Walton, no lejos de donde había tenido mi reciente aventura en The Drake. Era una calle concurrida en una tarde de viernes, y eso con suerte jugaría a nuestro favor. Caminé hasta el salón y entré. Dos mujeres estaban limpiando sus puestos de trabajo. Dejé mi bolsa en el mostrador y dije:

—Hola. Soy Katrin, de Lakeshore Media.

Me saludaron y me mostraron el lugar. Saqué un fotómetro de mi bolsa y lo sostenía de vez en cuando.

—Me encanta tu pelo —dijo una de ellas, cuyo pelo también era de un rojo brillante—. ¿Quién te lo hace?

—Martin —respondí simplemente. Luego miré ostensiblemente el reloj en la pared.

—Oh —dijo la otra, que era más alta y bastante mayor que la pelirroja—. ¿Estás segura de que no podemos quedarnos a mirar? ¡Es tan emocionante!

—Me temo que no. El Sr. Arnesto es bastante exigente, pero te aseguro que nada será dañado. Ni siquiera moveremos nada, lo quiere exactamente como está.

Se hinchó de orgullo.

—Vale, entonces, volveremos en dos horas —dijo, cogiendo su bolso.

—Genial —dije con una sonrisa alegre—. Cuando volváis podemos hablar sobre conseguiros un conjunto de la sesión terminada. Para vuestro propio uso promocional.

Cerré la puerta tras ellas. De mi bolsa saqué un cartel que decía "Solo con cita previa" y lo colgué en la puerta. No quería transeúntes inocentes, por si las cosas se descontrolaban.

Me acerqué a una de las estaciones de peluquería y me vi en el espejo. Mi pelo rojo intenso tenía un poco de gel, y los laterales estaban recién afeitados. Con la ayuda de Ruby me había quitado los puntos, y el mechón de pelo ocultaba la cicatriz. Llevaba gafas negras de gato y tenía pendientes colgantes en cada oreja, unas seis pulseras tintineantes en cada muñeca y un piercing de clip en la nariz. Llevaba mis pantalones de cuero (¡¡por fin!!) y una camiseta blanca de tirantes que mostraba el tatuaje falso de dragón que me había aplicado en la parte posterior del hombro. Increíble, ¿verdad? Me giré para ver qué aspecto tenían los pantalones de cuero desde atrás. Se veían geniales.

Mis Doc Martens sonaban fuerte en el suelo mientras cruzaba de vuelta a la puerta principal para vigilar la llegada de grandes SUVs negros.

Al día siguiente de formular mi plan, Marty utilizó una identidad falsa en línea para contratar a un fotógrafo llamado Gil Arnesto para hacer una sesión de moda en el salón Zaza. Tenía que ser ese salón, porque el editor para el que trabajaba se había encontrado con él un día y lo amaba *simplemente*. (Esta siguiente parte, en la película de mi vida, será un excelente montaje. Espero que Bruno Mars haga la música).

Ruby me compró un nuevo teléfono móvil en Evanston, programado con mi antiguo número. Parecía seguro que habían utilizado mi teléfono para seguirme cuando me persiguieron por primera vez en Lake Shore Drive e intentaron matarme. Ruby pensaba que era poco probable que todavía estuvieran monitorizando ese número, pero Marty estaba seguro de que sí. Encendí el teléfono y llamé al salón Zaza, concertando una cita para el viernes por la tarde. "¿Podría, por favor, teñirme el pelo largo de azul brillante?" Claro que podía. Tan pronto como terminó la llamada, saqué la tarjeta del teléfono, me subí al "L" y salí de esa parte de la ciudad. Media hora después, me bajé del tren, dejando la tarjeta SIM atrás, y busqué una cabina telefónica. Tengo que decir que las cabinas telefónicas parecen ser cosa del pasado. Solo podía pensar en una, y estaba a una docena de manzanas en un Osco. Finalmente encontré una en el vestíbulo de un hotel y llamé a Zaza para cancelar mi cita.

Marty había convertido algunos Bitcoin en un cheque certificado que se utilizó como anticipo para Arnesto. Lo entregué disfrazada de becaria de la revista *Fashion Couture*. Arnesto contactó con el salón e hizo los arreglos para usar el espacio, sin interrupciones, durante dos horas el viernes por la tarde. Sería una gran publicidad para el salón. Más tarde ese día Marty llamó a Arnesto y canceló la sesión, permitiéndole quedarse con el anticipo. Le dijo a Arnesto que ya había informado a la propietaria del salón que la sesión estaba

cancelada, pero por supuesto no había hecho tal cosa. Como resultado, ahora tenía el lugar para mí sola.

Abrí la puerta principal solo un poco para poder obtener un ángulo que me permitiera mirar hasta Michigan Ave. Me di la vuelta y miré en la otra dirección para asegurarme de que Marty estaba en su lugar, en la acera justo enfrente de la pastelería, con su cámara de turista lista. Parecía estar tomando fotos de palomas en los tejados.

Me volví en la otra dirección justo a tiempo para ver un SUV negro con ventanillas tintadas acelerando por la calle hacia mí. Me entró un sudor frío, retrocediendo hacia la tienda y corriendo hacia el teléfono en el mostrador trasero.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Estoy en la peluquería de Walton —susurré apresuradamente—. Hay una mujer tiñéndose el pelo de azul. Estoy segura de que es la mujer de las noticias, la de las bombas.

—¿Está ella...? —Colgué el teléfono de golpe y me acerqué a la estación de trabajo más cercana mientras el SUV se detenía directamente al otro lado de la calle y aparcaba ilegalmente. Vaya, estos tipos eran unos idiotas, pensé. Ni siquiera pusieron las luces de emergencia.

Tres hombres con trajes oscuros y gafas de sol saltaron del vehículo. Todos eran más o menos del mismo tamaño y tenían exactamente el mismo corte de pelo corto, pero mientras dos de ellos tenían el pelo oscuro, uno de ellos era rubio. Cruzaron la calle hacia mí. Agarré una lata de laca en una mano y un recipiente de cristal lleno de peines en un líquido azul en la otra, volviéndome hacia el espejo cuando irrumpieron por la puerta.

—¡Quieta! —gritó el rubio, sacando una pistola. Parece que iban a ir de poli malo total.

Grité y dejé caer el frasco de cristal, que se hizo añicos en el suelo rociando desinfectante azul por todas partes. El rubio me alcanzó y me empujó contra la estación de trabajo, con la pistola en mi cara,

mientras los otros dos se apresuraban hacia la habitación trasera, habiendo sacado también sus pistolas.

Grité de nuevo, y el Rubio se apoyó con más fuerza contra mí, agarrándome el cuello con una mano y presionando la pistola bajo mi barbilla con la otra.

—¡Cállate! —me gritó en la cara.

Los otros dos regresaron de la habitación trasera.

—Despejado —dijeron ambos a la vez.

—¿Dónde está? —me escupió el Rubio.

Solo balbuceé.

—¡Dímelo!

—¿Quién? —farfullé—, ¿quién?

—Tenías una cita a las 3 de la tarde. ¿Dónde está?

—Llegó temprano —dije con dificultad, tragando saliva—. Terminé de teñirle el pelo y se fue hace unos 10 minutos.

Me lanzó medio a través de la habitación hacia el mostrador cerca de la puerta principal.

—Quiero su información —gruñó—. De la cita.

Puse mi mano izquierda en la correa de mi bolsa de cuero, que estaba sobre el mostrador.

—¿Sois la policía? —exigí con voz temblorosa.

—Sí, somos la policía —gruñó uno de los otros dos con una mueca.

—No podéis tratarme así. ¡Llamaré al alcalde!

El Rubio se dirigía hacia mí cuando oímos el sonido de sirenas de policía acercándose. Todos se quedaron congelados por un segundo, durante el cual agarré mi bolsa del mostrador y salí rápidamente por la puerta. La ventana a mi lado se hizo añicos en el mismo instante en que oí disparar un arma. Me tiré a la acera y me deslicé entre dos coches parados en el tráfico, arrastrando mi bolsa detrás de mí.

Aparecí en el otro lado y me arriesgué a mirar hacia atrás por encima del capó de un Jaguar plateado. A través de la ventana destrozada del salón los vi empezar a venir hacia mí, pero cuando las sirenas sonaron más fuertemente se detuvieron, se dieron la vuelta y se dirigieron hacia atrás.

Al otro lado de la calle el SUV rugió y se metió en el tráfico. Debían haber dejado a un conductor en el vehículo. Lo vi chirriar al doblar la esquina, y de repente me di cuenta de que estaba de pie en medio del tráfico con coches de policía a menos de una manzana. ¡Tenía que salir de allí!

Cuando me di la vuelta para correr, el Jaguar hizo sonar su claxon. Fue un "pip pip" tan educado y amistoso que me volví para mirar a la conductora, que había bajado su ventanilla.

Allí, llevando unas gafas de sol a la moda, estaba la inconfundible cara de la mujer de la oficina de Farnham. ¡La mujer del mono blanco!

—¿Necesitas que te lleve? —preguntó, con una sonrisa traviesa.

Me di la vuelta y corrí a través de la calle y por la primera puerta que encontré. Me apresuré a través de estanterías de tablas de snowboard y ropa de invierno y salí por la puerta trasera de incendios, activando una alarma. Corrí por el callejón de enfrente, y luego me escondí detrás de un coche aparcado. Saqué una peluca negra larga y un jersey naranja abotonado de mi bolsa y me los puse.

Dos minutos después estaba sentada en la barra del Restaurante Ditka, preguntándome qué bebida combinaba mejor con adrenalina y miedo.

16

Mantuve la cabeza gacha, cohibida, mientras mis zapatos duros resonaban contra el suelo de linóleo del pasillo del hospital. Era extraño volver a llevar uniforme. Era mi propia ropa, pero me sentía más impostora que con cualquiera de los disfraces que había usado hasta ahora. Llevaba la gorra calada hasta los ojos y sostenía un ramo de flores delante de mí, ocultando donde normalmente llevaría prendida la placa con mi nombre.

La unidad de cuidados intensivos estaba tranquila. No parecía haber mucha presencia policial, exceptuándome a mí. Solo un agente cerca del puesto de enfermería, y fue bastante fácil esquivarlo: estaba ocupado ligando con una enfermera. Debían haber decidido que Vincente ya no corría peligro, aunque no estoy segura en qué se basaban para afirmarlo. Si alguien estaba intentando eliminar a los líderes de Illcom, habían fracasado con Arthur Vincente y Aldo Frances. Ambos seguían vivos.

Entré silenciosamente en su habitación y encontré a una mujer sentada junto a la cama. Tenía las manos entrelazadas y la cabeza apoyada sobre el pecho. O estaba rezando o dormida, no estaba segura. Era una mujer rolliza, pero vestida con ropa cara. Su pelo era rizado y probablemente teñido, ya que era de un castaño oscuro, aunque debía tener cerca de setenta años.

Estaba dudando en el umbral, sin querer molestarla, cuando de repente dio una sacudida con la cabeza y abrió los ojos, enderezándose.

—Oh —dijo, con una voz encantadora—, hola.

Entré en la habitación y coloqué las flores sobre una mesita auxiliar bajo el televisor, que colgaba del techo. Me senté rápidamente en la otra silla de la habitación.

—Hola —dije con una sonrisa—. Soy Riley Wilcox, del departamento de relaciones ciudadanas de la Policía de Chicago.

—Había un joven de guardia aquí hace un momento —dijo ella con una mirada desconcertada a su alrededor—. No estoy segura de adónde ha ido.

—No se preocupe, está justo al final del pasillo. Acabo de hablar con él hace un momento. Solo estoy aquí para ver cómo está usted, señora Vincente. Para ver si hay algo que podamos hacer por usted.

Su rostro perdió la sonrisa. —Bueno, podrían descubrir quién le hizo esto a mi Arthur.

—Lo siento mucho —dije, intentando no rascarme la molesta peluca rubia—. Entonces, ¿el señor Vincente no ha dicho nada todavía?

Me miró de forma extraña.

—Me temo que no está al tanto, señorita Wilcox. Arthur no ha despertado, y no se espera que lo haga nunca. —Su voz se quebró al final y comenzó a sollozar, haciéndome sentir como una idiota.

—Lo siento mucho, no lo sabía. Acabo de ser asignada a este caso.

—Sí, bueno —dijo la señora Vincente, que realmente parecía una mujer con clase—. Está bien, querida. La verdad es que ya no me importa si encuentran a quien hizo esto. Pensarías que sería lo primero en mi mente, pero ¿de qué sirve?

—Bueno, por una parte, señora, necesitamos asegurarnos de que usted misma no corre ningún peligro.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

Me senté al borde de la silla y enderecé la espalda.

—Es posible, señora, que esto lo hiciera alguien cercano al señor Vincente, y por lo tanto, cercano a usted también.

Pareció horrorizada.

—Seguramente esto está relacionado con Illcom, y con la otra explosión, la del Edificio Farnham.

—Sí, es probable. Pero eso no significa que el autor no pueda ser alguien de una de esas dos empresas. ¿Puede pensar en alguien que

estuviera particularmente molesto o enfadado con el señor Vincente o el señor Blalock durante los últimos meses?

Miró hacia arriba y a su derecha, buscando distraídamente en su memoria.

—Arthur era el Presidente del Consejo. Así que, por supuesto, podría haber alguien más en el consejo que tuviera celos de él, pero me temo que simplemente no lo sé. Creo que su nombramiento como CEO interino fue unánime. Realmente no tiene ningún sentido. —Comenzó a llorar de nuevo—. Dedicó tanto tiempo a ayudar a esa empresa, aunque no estoy segura de por qué.

—¿Trabajó para Illcom antes de unirse al consejo?

Sacó un pañuelo de la manga, tal como mi abuela solía hacer, y se sonó la nariz.

—No, solo como consultor. Arthur trabajó para Ma Bell hace muchísimo tiempo. Luego, cuando se dividió, dirigió ventas y marketing para AT&T en sus primeros tiempos. Dios mío, habría sido capaz de convencer al propio Alexander Graham Bell de que necesitaba otra línea telefónica en su casa.

Me reí, a pesar de que probablemente hubiera contado ese chiste diez mil veces, y asentí para animarla a continuar.

—Ferris Farnham lo contrató como consultor cuando lanzaron sus primeros planes de suscripción; en aquel entonces la gente no estaba muy segura de cómo manejar la voz y los datos, ambos en el mismo teléfono. Todo era nuevo.

—Mmhmm —asentí.

—Bueno, hizo tan buen trabajo que Carter Blalock también lo contrató. —Miró hacia la figura inmóvil de su marido—. Con los años, creo que acabó prefiriendo a Carter de los dos. Ferris Farnham puede ser un poco frío. —Hizo una mueca—. Un poco santurrón, si sabes a lo que me refiero.

Me incliné hacia delante.

—¿Cree que el señor Farnham podría tener algo que ver con esto?

Negó con la cabeza.

—No parece que fuera capaz de algo así, pero entonces ¿quién? Es lo que me sigo preguntando. ¿Quién? ¿Quién querría hacer esto? No tiene ningún sentido.

—Lo averiguaremos —le aseguré mientras me ponía de pie. Mi tiempo se estaba acabando.

—¿Sabes qué? —dijo ella, poniéndose de pie también—. ¡Bien! Sé que dije que no importaba, pero he cambiado de opinión. SÍ me importa quién lo hizo. No está bien. Era un buen hombre, un buen hombre negro que creció en un barrio difícil de esta ciudad y llegó a ser rico y exitoso. —Estaba cogiendo impulso, y yo empecé a retroceder hacia la puerta.

—Si la policía no descubre quién hizo esto —continuó—, lo haré yo. Tengo la energía, el dinero y todo el tiempo del mundo, ahora que Arthur ya no está. ¡Que se anden con cuidado!

—Sí, señora. Sí, desde luego —asentí, y me marché.

17

Belinda Blalock parecía sorprendida de encontrar a alguien en su portón que no fuese un periodista. Al menos la mujer dijo que no era periodista; más de un periodista había presentado credenciales falsas para intentar conseguir una entrevista.

Miró de nuevo al monitor de seguridad. La mujer conducía un Lexus bastante bonito; no parecía el tipo de coche que conduciría una periodista. Lo mismo ocurría con el traje tan elegante. Pulsó el timbre y la pesada verja metálica se deslizó lentamente hacia un lado.

Unos minutos después, la señora Blalock examinó la tarjeta de visita que le habían entregado. —¿Wilcox Reaseguros? —preguntó—. No creo haber oído hablar de ella.

—Bueno —dijo la mujer, que se había presentado como Hadley Neff —, las compañías de reaseguros aseguran a las compañías de seguros. Sé que suena ridículo, pero...

—Sé lo que es el reaseguro —dijo Blalock en tono tajante.

—¿Lo sabe? —gorjeó Neff alegremente—. ¡Fantástico! No tiene idea de cuánto tiempo paso explicándoselo a la gente. Personas que realmente piensas que ya deberían entender tales cosas —añadió en un susurro conspirativo. Tenía el pelo rubio corto, la nariz ligeramente pecosa bajo unas gafas bastante gruesas y un hábito nervioso de cruzar y descruzar las piernas mientras estaba sentada.

—¿De qué se trata todo esto, señora Neff? —preguntó Blalock—. Tengo una agenda increíblemente ocupada, como puede imaginar, y la mayoría de los asuntos de seguros los cubren personas de Illcom...

—Llámeme Hadley, por favor —dijo Hadley Neff—. Y nada de señora, me temo —se rio, principalmente para sí misma—. Solo yo y los gatos. Jay-Z y Beyonce. Y Mittens. Y Fluffers, por supuesto.

Belinda Blalock se aclaró la garganta.

—Sí, lo siento. Sé que ha sufrido una terrible, terrible pérdida, y no me atrevería a molestarla en su casa, es solo que...

Neff cruzó las piernas incómodamente y se ajustó las gafas, pareciendo intranquila.

—¿Sí?

—Bueno, cuando estaba revisando todo por nuestra parte, noté que ninguna de las considerables coberturas la señalaba a usted como beneficiaria, ni a su hija. Solo quería asegurarme de que no hubiera algo, eh, "inusual" ocurriendo.

Blalock arqueó las cejas. —¿Inusual? Sí, entiendo lo que quiere decir, y le agradezco su diligencia, pero Gracie y yo no tenemos nada que ver con Illcom.

—¿No?

—No, nunca lo hemos tenido. Hay fideicomisos completamente separados para nosotras dos, financiados por los primeros éxitos de Carter. No somos propietarias de ninguna parte de Illcom.

—Bueno —dijo Neff, con un suspiro de alivio—, ¡eso es maravilloso de oír! ¡Simplemente maravilloso! Estoy avergonzada, sin embargo, de no haber sido informada adecuadamente. Voy a tener unas palabras severas con Jerry K. cuando vuelva a la oficina. Le llamamos Jerry K. porque hay otro Jerry, Jerry Bingham. A él le llamamos Jerry...

—B, sí, entiendo. Perdone mi impaciencia —dijo Blalock, levantándose y alisando su falda color crema—, pero ¿hay algo más que pueda hacer por usted, señorita Neff?

Hadley se puso de pie. —Bueno, no, ¡eso debería ser suficiente! Solo que, supongo que estoy un poco confundida. Si no son usted y Gracie, entonces ¿quién toma posesión de todas las acciones del señor Blalock en Illcom?

—Bueno, lo mismo de siempre, ya sabe, siempre ha habido un acuerdo que...

—¿Sí?

—Bueno —reflexionó Belinda Blalock, entrecerrando los ojos—, me parece que o bien usted ya debería saberlo, o quizás no se supone que deba saberlo en absoluto.

—Sí, ¡ja, ja, entiendo lo que quiere decir! —rio la mujer, alzando la mano para ajustarse las gafas de nuevo. Solo que esta vez uno de sus anillos se enganchó en su pelo, y cuando bajó la mano inadvertidamente se arrancó la peluca rubia de la cabeza, revelando un mechón de pelo rojo brillante.

Blalock saltó hacia atrás.

—¿Qué demonios?

Así es, era yo, por si no lo habíais adivinado, y acababa de ganarme una foto en la enciclopedia de espías bajo la entrada de "Cobertura Descubierta".

Intenté sacudirme la peluca de la mano, pero estaba realmente enganchada en el anillo. Todavía agitando la mano, comencé a retroceder hacia la puerta principal, pero Belinda saltó hacia adelante y me agarró la muñeca con fuerza. Jugadora de tenis, supongo.

—¡Sé quién eres! —Su excitación la hizo valiente, y francamente estúpida, si yo fuera realmente una criminal peligrosa. Di un paso hacia ella en lugar de alejarme, desequilibrándola, y la golpeé en el plexo solar con mi puño derecho. Oh, Jesús, ahora estaba agrediendo a viudas. Simplemente añádelo a la lista.

Podría estar en buena forma, pero no estaba acostumbrada a recibir golpes, y aproveché el momento de sorpresa y conmoción para arrancar mi mano izquierda de su agarre. Me di la vuelta y corrí hacia la puerta, sin mirar atrás hasta que la alcancé y la abrí de un tirón.

Estaba arrodillada sobre una rodilla en la alfombra, una mano en el brazo del sofá y la otra agarrándose el pecho. Me quedé quieta durante varios segundos hasta que finalmente recuperó el aliento con un enorme y estridente jadeo.

—¡Lo siento mucho! —solté, luego me di la vuelta y salí corriendo de la casa. La mujer estaba teniendo el peor mes de su vida, y yo acababa de añadir una agresión extraña e injustificada a la lista de cosas que nadie debería tener que soportar.

Afuera, me dirigí hacia el Lexus robado, pero a medio camino noté que la verja de la entrada estaba cerrada; no iba a salir en coche. Me desvié a la derecha y salté la valla con carrerilla, apenas pudiendo usar mi impulso para agarrarme a la parte superior y subirme por encima de la barandilla de dos metros.

Al pasar por encima y bajar, mi falda se enganchó en los pinchos y, con un horrible y caro sonido de desgarro, caí al suelo, aterrizando sobre mi trasero y mis codos. Miré hacia arriba donde mi falda todavía colgaba de la parte superior de la valla, maldije, y luego giré la cabeza para encontrarme mirando directamente a la cámara de seguridad, montada en la parte superior de la pared de la garita.

—Mierda —dije en voz alta. Iba a aparecer en las noticias de las seis, de nuevo, seguro. Esta vez con mis bragas a la vista, y no precisamente las más elegantes. Me puse de pie con dificultad, me coloqué la peluca en la cabeza, y miré rápidamente a mi alrededor. El tiempo de respuesta aquí fuera probablemente sería de unos diez minutos, a menos que hubiera un coche patrulla ya en la zona. Sería mejor que me fuera y me escondiera.

La falda seguía colgando de la parte superior de la valla, y claramente era un caso perdido. Me quité la chaqueta del traje y me la envolví alrededor de la cintura, manteniéndola cerrada con una mano mientras trotaba pasando varias fincas frondosas de Glencoe, detrás del Centro para la Vida Judía, y entré por la puerta de la cocina del Lake Shore Country Club, donde llamé a Ruby para que viniera a recogerme mientras me escondía en el baño. La espía más glamurosa del mundo.

La mirada en la cara de Ruby contenía toda una lección. Me desplomé en el asiento del pasajero y desvié la mirada.

Condujimos en silencio durante dos minutos.

—Lo siento —comencé, pero ella me interrumpió.

—Esa mujer y su hija fueron secuestradas. *¡Secuestradas!*

La miré sorprendida. —¿De qué estás hablando?

—Acabo de conseguir el informe —explicó Ruby—. Tres hombres, uno rubio y dos de pelo oscuro, con trajes oscuros...

—Eso suena familiar —resoplé.

—Ya lo creo. Desafortunadamente, son tan anodinos que la descripción no ayuda. Las sacaron de su coche frente al Art Institute. Ella acompañaba la excursión escolar de su hija.

Oh vaya, aquí viene. Me hundí en mi asiento como una adolescente.

—Porque es una *buena persona*, Kay. Y se llevaron a ella y a su hija y las retuvieron hasta que Carter Blalock se puso una bomba en el brazo y entró en el Edificio Farnham.

—Oh, Dios mío.

—¡Y tú entraste en su casa! Y robaste un maldito coche.

—Es solo que...

—No. Cállate. Te estoy ayudando. Seguiré ayudándote —tomó una curva agresivamente, su enfado manifestándose en su conducción—. Pero tienes que ir más despacio y pensar bien las cosas. ¿Quieres convertirte en una criminal?

—No. Quizás. No lo sé.

—¿Quizás?

Me giré en mi asiento para mirarla. —Ruby. Todo esto ha sido una locura. Pero me ha hecho darme cuenta de lo infeliz que estaba.

—¿Y convertirte en criminal te hará feliz?

—No es eso. Es solo que, por primera vez —y de una manera realmente intensa— me siento libre. Y viva.

Ella negó con la cabeza y suspiró.

—Bueno, no serás ninguna de esas cosas si la policía o los hombres de negro te atrapan. Necesitas mantener un perfil bajo durante un tiempo.

—Lo prometo.

—¿Tienes hambre?

—Muerta de hambre.

18

Mantuve un perfil bajo durante las siguientes cuatro semanas. Demasiados encuentros cercanos, uno tras otro. Además, estaba esperando cierta información. Entre otras cosas, Marty estaba investigando a los demás miembros de la junta directiva de Illcom para ver si había posibles pistas allí. Quería examinar sus situaciones financieras individuales, para comprobar si alguno había realizado grandes inversiones que estuvieran de alguna manera relacionadas con el éxito o el fracaso de Farnham o Illcom. Obviamente, lo que estaba haciendo era totalmente ilegal, lo cual, debo decir, no me molestaba tanto como pensé que lo haría. Solo que estaba llevando muchísimo tiempo.

Ruby también estaba dedicando tiempo a investigar, aunque en su caso se trataba de archivos policiales. Conseguir acceso a esta información también llevaba mucho tiempo, porque Ruby tenía que asegurarse de que nadie la estuviera vigilando. Obviamente, el hecho de que fuéramos amigas la ponía en el punto de mira. Tenía que ir con cuidado.

Efectivamente, había aparecido en las noticias de las seis aquella noche. Kathy Brock charlaba con un experto sobre por qué seguiría yo en el área de Chicago, mientras una fotografía mía tirada en el camino de entrada de Belinda Blalock aparecía insertada en la esquina superior de la pantalla. Afortunadamente, habían recortado la imagen del pecho a la cabeza, por lo que no se podían ver mis bragas de abuela blancas. Iba a tener que conseguir ropa interior que estuviera a la altura de la sofisticación de mi nuevo vestuario.

La señora Vincente también salió en las noticias, criticando a la policía por no poder atraparme, a pesar de que estaba exhibiéndome públicamente por toda la ciudad.

Me quedé por el campus y principalmente hice ejercicio, una combinación de natación, ciclismo indoor y entrenamiento con

pesas. Echaba de menos mi antigua clase de yoga, e intenté hacer algo por mi cuenta, pero simplemente no era lo mismo. Me rindo demasiado fácilmente cuando estoy sola. Todas mis heridas de la explosión habían sanado, y me sentía bien, más fuerte que nunca. Mis dolores de cabeza habían desaparecido, había dejado la medicación, y aunque tenía el pelo corto, apenas se podía ver la cicatriz.

Mantuve el pelo corto porque hacía más fácil lo de la peluca, y ahora llevaba peluca todo el tiempo, incluso para hacer ejercicio, desde que mi look punk rojo brillante había sido transmitido en las noticias nocturnas. Sudar con una peluca es realmente un asco.

Aquella noche desastrosa, después de que Ruby me recogiera y lográramos volver a mi casa segura (así es como la llamo), me afeité la cabeza por completo, dejándola a unos dos centímetros. El magenta había desaparecido, y ahora solo tenía un corte rapado de mi propio pelo rojo, creciendo lentamente otra vez.

La pregunta de Kathy Brock era buena: ¿Por qué seguía en la ciudad? Esperaba que la Policía de Chicago también estuviera considerando esta cuestión. ¿Por qué seguía por aquí? Tal vez, solo tal vez, esto los mantendría investigando más a fondo el caso, y si lo hacían, encontrarían nuevas pistas. Por otro lado, podría hacer que me buscaran con más ahínco. De alguna manera, los estaba haciendo quedar como tontos al aparecer cada pocos días y luego escapar. Creo que las imágenes más recientes dejaban claro al público general que yo no era una mente criminal.

Parte de la respuesta era, por supuesto, que quería limpiar mi nombre. Otra parte era el problema de mi identidad. Necesitaba una licencia falsa y un pasaporte falso. No solo en caso de que necesitara salir de la ciudad, sino también para continuar con la investigación. Alquilar un coche como Hadley Neff habría sido mucho más seguro que robar uno. Ese era solo un ejemplo.

Tenía una idea bastante buena de cómo conseguir las falsificaciones que necesitaba, pero iba a tener que ir a ver a mi madre para eso, y estaba un poco preocupada de que pudiera estar bajo vigilancia,

aunque era muy improbable que hubiera alguna ayuda que ella pudiera ofrecer a la policía.

Mis reflexiones se interrumpieron cuando mi teléfono —que había estado bombeando algo de No Doubt a la vieja escuela en mis oídos mientras pedaleaba en el gimnasio— cortó la música para avisarme de que tenía una llamada de Marty. Por fin, pensé. Mantener un perfil bajo se estaba volviendo un poco aburrido, aunque mis pantorrillas realmente empezaban a verse geniales.

Nos reunimos en mi lugar en el campus, porque Ruby consideró que era más seguro si no viajaba, a menos que fuera necesario. Ella había recogido unos ćevapčići con arroz del Restaurante Sarajevo y Marty había traído unas cervezas.

Pensé que había quemado suficientes calorías para ganarme una cerveza, así que me serví. Además, no estaba realmente tratando de perder peso tanto como ganar músculo y ser más flexible. Así que ahí está.

Marty me hizo esperar hasta que terminamos de comer antes de abrir su bolsa y sacar algunos papeles.

—Nada sobre el resto de la junta directiva de Illcom —dijo, disculpándose—. Todos están bastante limpios. Tan limpios como pueden estar los magnates de la industria, supongo.

Atraje los papeles hacia mí y silbé ante el primero. Esto era lo que había estado esperando, los resultados de nuestra aventura del centro en la peluquería.

La Prueba A era un primer plano de la mujer en el Jaguar. Me había asustado completamente con la forma en que me tocó el claxon y me saludó, por un par de razones. Una, estaba bastante segura de que no me había visto en la oficina de Farnham. Y si ese era el caso, ¿por qué me dio esa sonrisa extraña? Estaba segura de que estaba jugando conmigo, de una manera que decía «Sé quién eres realmente». Lo que significaba que era mejor reconociendo disfraces que los demás.

Dos, no fue casualidad que apareciera en ese enfrentamiento. Eso significaba que estaba de alguna manera conectada a mi caso. Hasta este punto, había dejado abierta la idea de que estaba en la oficina de Farnham por coincidencia, realizando algún espionaje corporativo que no tenía nada que ver conmigo. Eso parecía menos plausible ahora.

Y C, no se había bajado del coche para perseguirme. De hecho, parecía bastante divertida por toda la situación. Esto me asustaba más que nada, porque ¿cómo trato con esta mujer cuando no tengo idea de cuáles son sus motivos? Parecía despreocupada de que yo estuviera escapando. Con suerte, identificarla arrojaría algo de luz.

—Sin suerte —dijo Marty, leyendo mis pensamientos—. A menos que su nombre sea Wilhelmina Schmidt y viva en Sauganash.

—No parece mucho una Wilhelmina —dijo Ruby.

—Ni una Schmidt, la verdad —respondió Marty—, aunque no me importaría verla más de cerca.

Puse los ojos en blanco.

—No creo que le vayan mucho los videojuegos, Marty, lo siento.

—¡Eh! —dijo él, imperturbable—. Tengo muchos otros intereses además de los videojuegos.

—¿Coche robado? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Coche robado —confirmó—. Lo siento.

—No pasa nada —dije—. La vieja Wilhelmina conduce un Jaguar bastante impresionante —Solté un pequeño eructo de ensalada balcánica—. ¡Perdón! De todos modos, me gustaría saber quién es, porque me está asustando —Decidí seguir adelante—. ¿Qué hay de los trillizos idiotas?

—Cuatrillizos —interrumpió Ruby—. No te olvides del que conducía el coche.

—Sí —dijo Marty con entusiasmo, sacando fotografías del SUV del montón—. Ahí tuve mucha más suerte. No sé los nombres de

ninguno de los matones, pero el vehículo está registrado a nombre de Fitzgerald Security, en pleno centro.

—¿Seguridad? —preguntó Ruby—. Parecían más bien matones a sueldo.

—Bueno, no puedes llamarte realmente Matones a Sueldo Fitzgerald, Ruby. Supongo que una empresa de seguridad es tan buena tapadera como cualquier otra.

—Es mejor que una tapadera —dijo Marty—. Es un negocio real. Puede que hagan algunas cosas turbias por detrás, pero ganan un montón de dinero como empresa de seguridad seria. Tienen algunos clientes importantes —Me sonrió expectante—. ¿Alguien? ¿Alguien? ¿Bueller?

—De acuerdo, morderé el anzuelo. ¿Quién?

Hizo una mueca.

—Pero esa era la pista... ¿Alguien? ¿Bueller?

—¡Ferris Farnham!

—Me estoy perdiendo algo —se quejó Ruby, mirándonos a ambos alternativamente.

—Es una película, Ruby —expliqué—. *El día libre de Ferris Bueller*.

—¿En serio, tía? ¿Has vivido en Chicago durante 40 años y no conoces *El día libre de Ferris Bueller*?

—Prefiero los clásicos.

—¡Pero si es un clásico, tía! ¡Uno de los grandes!

—Vale —interrumpí—. Pasando a cosas que importan. ¿Eso es todo sobre Fitzgerald?

—No —dijo Marty—. Se pone mejor. A veces contratan a un consultor, un experto que trabajó para ellos hace unos 20 años llamado...

—¿Bueller? —preguntó Ruby.

—No —respondió Marty—. No Bueller. Su nombre es Greg Ralston.

19

—¿Puedes estarte quieto dos minutos?

Era uno de esos días en los que te das cuenta de que lo que realmente necesitas son algunos secuaces nuevos. No me malinterpretes, Marty era genial. Hackear el Registro de Vehículos fue impresionante, digno de una estrella de cine. El chico tiene futuro como ciberdelincuente. Sin embargo, se mueve sin parar, y tres horas en un coche sin hacer nada más que vigilar la entrada principal de Fitzgerald Security se sentía como una eternidad.

Ruby no era mucho mejor. Su pierna empezaba a acalambrarse después de una hora más o menos, y tenía que salir a estirarse y dar un paseo. Esto significaba que teníamos que aparcar aún más lejos para que nadie se fijara en que salía del coche cada 45 minutos, caminaba arriba y abajo por la acera, y luego volvía a meterse en el coche. Ah, y dos veces se quedó dormida. A veces juro que tiene ochenta años.

Este era el segundo día de la gran vigilancia, y tengo que decir que quizá sea bueno que nunca llegara a detective cuando estaba en el cuerpo. Me gustaba patrullar a pie. Incluso patrullar en el coche patrulla, no hacías mucho ejercicio, pero al menos el paisaje iba cambiando. Pero esto, esto era aburridísimo.

Estaba comiéndome otra ensalada más, intentando compensar todas las horas sedentarias. Marty se estaba comiendo una bolsa de Doritos. Otra bolsa más de Doritos. Me alegra que fuera su coche, porque el interior a estas alturas estaba cubierto de polvo de queso naranja. Parecía la superficie de Marte. Al menos creo que era su coche. Me estaba volviendo mejor en no preguntarle a Marty nada sobre su trabajo o sus habilidades. Afirmaba que nada de lo que hacía era ilegal, pero tengo que decir que, por lo poco que pude averiguar, no estoy segura de que tuviera muy claro dónde estaban los límites legales. Por otro lado, estoy segura de que todas esas

personas que trabajan en finanzas en LaSalle también piensan que no están haciendo nada dudoso. Soy anticuada. Me gusta ver dinero real, moviéndose de persona a banco a persona. Cuando todo sucede en nanosegundos en la nanoesfera, me siento confundida y un poco paranoica.

—Marty —dije, cerrando mi envase de ensalada vacío. Lo puse en la bolsa de plástico que estaba usando para recoger nuestra basura de vigilancia.

—¿Mmph? —respondió, aún masticando un bocado de patatas, con los prismáticos pegados a los ojos.

—No estoy segura de haberte agradecido adecuadamente toda la ayuda que me has dado. Literalmente me has salvado la vida.

—No lo menciones —dijo Marty, sin bajar los prismáticos.

—Si hay algo que pueda hacer para pagarte... —empecé.

Bajó los prismáticos y me miró, moviendo las cejas de forma sugerente.

—Mmm, no. Eso no va a pasar.

Se tragó los Doritos y se rio.

—Solo estoy bromeando. No me malinterpretes, eres una mujer hermosa, y me encanta pasar horas en este coche contigo, que está empezando a oler un poquito a comida vieja, pero eres, ¿cómo debería decirlo?, un poco demasiado madura para mí.

Le di un golpecito en el hombro.

—¡Tengo treinta y tres años!

—Eeeexactamente —respondió, como si acabara de demostrar su punto.

—En serio —insistí—. No tengo mucho dinero, pero puedo...

—¡Un millón de dólares!

—¿Qué?

—Sé que ahora eres pobre, pero cuando todo esto termine, puedes pagarme un millón de dólares. En Bitcoin.

—Martin Martynek, si salgo viva de esta, te daré un millón de dólares.

—Trato hecho.

—Atención, ahí está Rubio —señalé hacia el edificio, donde nuestro alegre amigo acababa de salir por la puerta principal y se dirigía a un Ford Taurus negro, uno de los seis en fila que probablemente eran propiedad de la empresa. O eso, o todos estos tipos tenían exactamente el mismo gusto.

—Joder, tienes razón. ¿Cómo entró ahí sin que lo viéramos?

—No lo sé, no hemos estado haciendo exactamente vigilancia las 24 horas. No llegamos aquí hasta las 7 de la mañana. Quizá estaba trabajando en el turno de noche y acaba de terminar.

Miré mi reloj; era casi la 1 de la tarde.

—O —pensó Marty en voz alta—, ¿quizá hay una puerta trasera?

—Solo síguelo —le solté—. ¿O te gustaría que condujera yo? Soy una conductora excelente.

—No, yo me encargo, Agente Riley. ¡No lo perderé!

—Vale, pero no debería estar intentando perderte, porque no debería tener ni idea de que le están siguiendo.

Resultó que Marty se las arregló bastante bien como acosador. Se mantuvo lo suficientemente atrás para evitar sospechas, pero lo suficientemente cerca como para no perderlo de vista. Al final, Rubio aparcó en una bonita calle en Rogers Park y caminó hasta una hilera de pisos adosados. Sacó un juego de llaves de su bolsillo y entró.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marty.

—Ahora nada. Nos vamos a casa y pienso en un plan. No podemos simplemente seguirle todo el día y esperar a que se reúna con los tipos malos, y que luego tal vez dejen caer accidentalmente un papel

en el que hayan escrito su plan secreto junto con algunos diagramas de Venn explicando cómo encaja todo esto.

—¿Tienes una pistola? —preguntó Marty, girándose para mirarme.

—¿Estás loco?

—Puedo llamar a la puerta, nunca me ha visto. La desbloquea y tú le apuntas con la pistola.

—No.

—Le hacemos unas preguntas, él responde como si su vida dependiera de ello, y nos largamos.

Me volví hacia él mientras estábamos aparcados en Sheridan.

—Mira, te agradezco toda tu ayuda, pero esto *no* es un juego. Estoy aterrorizada, cada vez que os pido ayuda a ti o a Ruby, de que os vaya a pasar algo a alguno de vosotros. Este tipo me disparó en el salón, ¿recuerdas? Me *disparó*. No quiero poner a nadie en riesgo, pero tampoco puedo hacer esto sola. —Golpeé el salpicadero con el puño—. Es taaaaan frustrante, me dan ganas de gritar.

—Sé que no es un juego, pero si n... —Marty intentó interrumpir.

—Pero no matamos a personas. Fin de la historia. Y déjame decirte algo —continué, pasando por encima de su objeción—, cuando apuntas con una pistola a alguien, estás multiplicando exponencialmente la posibilidad de que alguien reciba un disparo. Y luego muera.

—Pero...

—No voy a hacerlo. ¿¡De acuerdo!?

Me había estado inclinando sobre el freno de mano y acercándome a su cara, pero ahora me dejé caer de nuevo en el asiento del copiloto. Estaba empezando a llorar, y eso me enfurecía.

—Lo siento —dijo Marty.

—Lo sé, lo sé —dije, limpiándome los ojos con la manga—. Solo quieres ayudar, y necesito tu ayuda. Eso es obvio. Pero tiene que ser

en mis términos, ¿vale? Yo asumo los riesgos, tú y Ruby proporcionáis el respaldo. Eso no significa que vosotros no estéis también en peligro. Créeme, me doy cuenta. Solo quiero asegurarme de que *tú* también te das cuenta.

—Puedo cuidar de mí mismo —dijo Marty, hinchándose ligeramente.

—Oh, Dios mío, es como si no hubieras escuchado ni una palabra de lo que he dicho. Vámonos de aquí.

—¿No vamos a entrar?

—Nosotros no. Yo sí. Y necesito preparar algunas cosas y necesito que recojas unas cuantas cosas que voy a necesitar.

Eran alrededor de las 7 de la tarde cuando regresé con Ruby. Aparcamos fuera de la casa de Rubio, a unas dos manzanas. El crepúsculo estaba cayendo, pero todavía hacía calor.

Salí del coche, me estiré un minuto, y luego bajé por la carretera a un trote ligero. Llevaba mallas azules y zapatillas de correr, una camiseta ajustada gris y un riñonera. Una visera ayudaba a sujetar una peluca negra corta.

Aumenté el ritmo, queriendo tener un bonito brillo de sudor en el pecho cuando Rubio abriera la puerta. Correr tan rápido sin sujetador deportivo era incómodo, y empezaba a doler, pero de nuevo, quería sus ojos en mi cuerpo y no en mi cara, por si acaso me reconocía. Y por eso, un sujetador con relleno.

Di la vuelta y regresé. Llevaba auriculares en las orejas y lo que parecía un reproductor MP3 atado a la parte superior del brazo. Pero no lo era.

Cuando pasé de nuevo junto al coche aparcado, levanté el pulgar hacia Ruby. Me miró con el ceño fruncido. A ella no le gustaba este plan más que a Marty, pero se mantenía dentro de los parámetros que había establecido para este tipo de operación. Solo yo entraba, ellos proporcionaban apoyo técnico, logístico y de huida. Eso era suficientemente peligroso.

Subí trotando los escalones delanteros de la casa adosada, respirando pesadamente y sudando notablemente. Y sí, mi pecho subía y bajaba. La puerta estaba abierta.

El edificio había sido dividido en tres apartamentos, uno en cada planta. Había tres timbres. El Número Uno decía Baker, Dolores, en la primera planta. Su buzón estaba rebosando.

El Apartamento Dos, en el segundo piso, no tenía nombre, y el Apartamento Tres tenía un cartel de *Se alquila*. Apostaba por el Apartamento Dos.

Subí trotando las escaleras de madera, haciendo bastante ruido para que cuando llamé a la puerta del Número Dos, esta se abriera inmediatamente. No quería pillar a nadie por sorpresa.

Todavía llevaba sus pantalones de traje negro y camisa blanca, pero le faltaban la chaqueta y la corbata. Parecía ligeramente sorprendido, su mirada cayendo casi inmediatamente para examinar mi cuerpo.

—¿Ese Taurus negro de ahí fuera es tuyo? —le dije con la voz extra-alta que usa la gente cuando lleva auriculares.

—¿Mi coche? —dijo sorprendido, sus ojos aún atraídos por mi pecho.

—¿Qué? —grité.

—¿Eh? —dijo, levantando la mirada.

—Oh, qué tonta —dije, quitándome los auriculares y desatando la unidad negra de mi brazo—. No puedo oír nada con estos puestos. —Sostuve la caja negra en mi mano izquierda mientras señalaba escaleras abajo con la derecha—. ¿Ese Taurus negro de ahí es tuyo?

Giró la cabeza para mirar escaleras abajo y le metí la pistola eléctrica en el estómago, presionando con fuerza el gatillo y empujándolo hacia atrás en su apartamento sin retirar mi mano.

Intentó apartarla, pero sus habilidades motoras ya le estaban fallando. Trató de sujetarse mientras tropezaba hacia atrás, pero

cayó pesadamente de espaldas conmigo a horcajadas sobre su pecho.

Finalmente solté el botón. No quería que se desmayara. Dejé la pistola eléctrica y saqué un rollo de cinta adhesiva de mi riñonera, poniéndole las manos sobre el pecho frente a mí y atándolas con fuerza. Me puse de pie y le até también los tobillos. Solo entonces me detuve a mirar alrededor.

Cerré la puerta del apartamento y la bloqueé. Estábamos en su cocina, y una mirada rápida reveló una sala de estar, un baño y un dormitorio, todo bastante ordenado pero apestando a humo de cigarrillos. Puaj. En la mesita de noche, encontré un sobre con 3.000 dólares y su cartera. La licencia y las tarjetas de crédito decían todas Alan Watkins. Me las llevé.

De vuelta en la cocina, encontré su chaqueta de traje colgada en el respaldo de una silla, y debajo su pistolera de hombro y una pistola automática. Tomé la pistola y la metí en mi riñonera, que es donde todas las asesinas elegantes las guardan. También metí allí el dinero y la cartera.

Alan se había sentado e intentaba dirigirse hacia la puerta. Tenía baba extendida por la mejilla y se había orinado en los pantalones. Le agarré por el cuello de la camisa y lo volqué de nuevo, poniendo mi zapatilla en su cuello. Llevó sus manos instintivamente para intentar quitarla, pero retiré el pie y usé la punta para darle una patada ligera en la nariz.

—¡Ay! —gritó, pero no estaba demasiado preocupada por el ruido, ya que parecía que el resto del edificio estaba vacío. Salté hacia atrás para quedar fuera de su alcance, me senté en la silla de la cocina, y me quité la visera y la peluca.

—Así que, Alan —comencé.

—¿Riley? —gruñó con una mezcla de sorpresa y disgusto. Comenzó a acercarse a mí.

—Quédate ahí mismo, Alan —le advertí—. Tengo tu pistola.

Se detuvo.

—No quiero más movimientos ni retorcimientos, ¿vale?

—¿Qué demonios quieres?

—Algunas respuestas. He estado deambulando por la ciudad como una idiota, esperando que si hago suficientes preguntas averiguaré qué demonios está pasando. Sigues apareciendo, así que esperaba que tuvieras alguna información que pudiera usar.

—No puedo creer que sigas en Chicago. —Negó con la cabeza—. No debes tener ningún sentido común.

—Sí, bueno, tal vez no, pero no soy yo la que está atada en el suelo. —Le lancé una mirada de disgusto—. ¿No os enseñan la "Distracción del Escote Sudoroso" en la Escuela de Tipos Malos?

No tenía una respuesta decente a esto, así que simplemente se quedó mirando hacia la puerta, deseando que uno de nosotros no estuviera allí.

—No me iré hasta averiguar quién está intentando incriminarme. ¿Es Ralston?

—¿Greg? No he hablado con Greg en años.

—Pero solía trabajar para Fitzgerald, ¿verdad?

—Claro que sí, pero eso fue hace años. Además, ahora tiene su propio equipo de seguridad, no tendría que contratarnos.

—A menos que no quisiera que nadie supiera lo que estaba haciendo.

—¿Crees que hizo volar a Blalock e Illcom? Eso es una locura, Farnham sería obviamente el principal sospechoso, y Greg con él.

—Quizá sea loco como un zorro —dije—. Entonces, ¿quién os contrató?

—Ni idea.

—Claro.

Se encogió de hombros.

—En serio, por encima de mi nivel salarial, y me gusta que sea así.

Consideré esto por un minuto. Alan no parecía material de despacho de gerencia, así que tal vez realmente no lo sabía.

—Pero si no sabes quién os contrató, ¿cómo sabes que no fue Ralston? ¡Ajá!

—Porque eso sería estúpido. Él no haría eso.

—Pero realmente no lo sabes...

Cambió su peso en el suelo. Sentarse en tu propio pis probablemente era bastante incómodo.

—No, no lo sé con seguridad, pero...

—¡Shhh!

—¿Qué?

—¡Sssh! Creí oír algo.

Nos quedamos en silencio un momento, pero no hubo nada.

—Vale —continué—. ¿Por qué estáis intentando matarme? No estáis trabajando para la policía, eso es seguro.

—No estamos intentando matarte...

—¡Me disparaste! Dos veces.

—No, solo una.

—En Lakeshore Drive y en el salón.

—¿Eras tú en el salón?

—¿Estás de broma? ¿No sabías que era yo?

—Honestamente, no. Siempre me despista el pelo.

Dios mío. Me había sentido inteligente por engañar a este tipo, pero ahora estaba dudando de mi logro.

—¿Simplemente disparaste a una peluquera al azar?

—No —resopló—. Disparé a la ventana. Solo quería asustarla... a ti.

—Bueno, me siento mucho mejor, pero... —hice una pausa de nuevo, y Watkins miró hacia el techo. Claramente también había oído algo ahí arriba.

Saqué la pistola de la riñonera.

—¡¿Quién está ahí arriba?! —le siseé.

Solo se encogió de hombros.

Volví sigilosamente por el apartamento, revisando cada habitación y escuchando atentamente. Abrí de golpe la puerta del baño. Era pequeño y oscuro a la luz de la única ventana sucia, y hablaba claramente del hecho de que un hombre era el único usuario actual. Un mal olor, una capa de suciedad que me haría dudar de tocar cualquiera de las superficies, un rollo de papel higiénico vacío en el dispensador.

A través de la ventana empañada de repente vi un par de piernas entrar en mi campo de visión, descendiendo por la escalera de incendios. Llevaban látex negro brillante.

¡Oh, mierda! Cerré la puerta rápidamente y corrí de vuelta a la cocina. Era como el Terminator y el Conejito de Duracell mezclados. Con una modelo fetichista.

Agarré un puñado del pelo de Watkins, echándole la cabeza muy hacia atrás.

—¡¿Quién es ella?! —le susurré al oído, sosteniendo la pistola contra su mejilla. Oí el sonido casi silencioso de la ventana del baño deslizándose para abrirse. Él gruñó.

—Es a quien trajeron cuando fallamos en atraparte la primera vez —dijo, sin molestarse en bajar la voz.

Me coloqué donde podía ver la puerta del baño, y disparé tres balas contra ella. El sonido fue ensordecedoramente fuerte. Desde este ángulo, las balas no golpearían a alguien al otro lado de la puerta, pero les daría algo en que pensar durante unos segundos. Dejé caer la pistola en el regazo de Alan y salí corriendo por la puerta y bajando las escaleras.

Es a quien llaman...

Bueno, no había sido agente secreta durante mucho tiempo, pero sabía instintivamente que, al menos en este caso, la discreción era la mejor parte del valor. Seguí corriendo.

Cuando salí por la puerta principal, Ruby frenó bruscamente al final del camino. Había oído los disparos hasta el final de la manzana.

Por mucho que quisiera deslizarme sobre el capó como una campeona, lo más probable es que me hubiera resbalado y me hubiera partido la cabeza contra el pavimento. En su lugar, me lancé torpemente, de cabeza, por la ventana abierta de la puerta trasera del pasajero.

—¡Vamos! —le grité a Ruby, incorporándome y volviéndome para mirar hacia la casa adosada.

Ella estaba silueteada contra el marco iluminado de la puerta, de pie en el escalón superior. Esperaba que estuviera sosteniendo una pistola o, más probablemente, una ballesta o alguna cosa loca como esa, pero parecía desarmada, con las manos en las caderas y la cabeza inclinada hacia un lado, observándome. Sonreí.

—¿Quieres que te lleve? —grité por la ventana abierta, pero estábamos demasiado lejos en la calle para oír si respondió.

20

Al día siguiente me presenté en la Residencia para Jubilados Honeywell en Wilmette. Solo para una visita.

—Vengo a leerle a Georgette Riley —dije, mostrando un ejemplar de *Las cenizas de Ángela* que había comprado en Market Fresh Books —. ¿Soy del Programa de Lectura para Mayores?

La enfermera de recepción estaba distraída, parecía haber un problema con un anciano en parada cardíaca. Me señaló con un gesto un portapapeles en el mostrador mientras se alejaba apresuradamente.

—Solo regístrese, por favor.

Anoté mi nombre como Jane Austen y me dirigí por el ala B hacia la habitación de mi madre. El lugar estaba limpio pero algo desgastado. Las láminas enmarcadas en la pared, de obras del Instituto de Arte, estaban tan decoloradas por el sol que apenas se distinguían algunas de ellas.

Una vez que me aseguré de que no había policías buscándome, me metí en un aseo que daba al pasillo principal. Habían pasado ya más de ocho semanas desde el atentado que inició todo este lío, así que parecía improbable que siguieran invirtiendo horas de vigilancia a mi madre demente con la esperanza de encontrarme. Sabía un poco sobre cómo gestionaban las horas extras, y estaba bastante segura de que a estas alturas el Capitán estaría bajo presión para reducir la búsqueda.

Me quité la peluca negra que había llevado en recepción y la cambié por una peluca pelirroja que se parecía, más o menos, a cómo solía ser mi pelo real. Pensé que quizás hoy sería uno de esos raros días en que mi madre estaría lúcida, en cuyo caso no quería confundirla con mi pelo rapado.

Mirándome al espejo, resultaba reconfortante y a la vez extraño ver de nuevo a mi antiguo yo. ¿Conocía siquiera a esta persona ahora? Y si ya no era aquella Kay Riley, ¿entonces quién era? Me encogí de hombros y seguí por el pasillo. Ese tipo de introspección tendría que esperar hasta que tuviera un poco más de tiempo libre.

Mi madre estaba sentada en un sillón, viendo *La ruleta de la fortuna* en su habitación. Su pelo aún no era completamente blanco, mayormente pelirrojo con algunas mechas grises, pero aquí estaba atrapada para el resto de su vida, rodeada de ancianos, su vida se había marchado y la había abandonado.

—Hola, mamá —dije con cautela, y me senté en el borde de su cama bien hecha. Este lugar era modesto, sin duda, pero hacían un buen trabajo manteniendo su habitación limpia y ordenada. No tenía quejas, y si mamá las tenía, bueno, nunca las expresaba.

—¡Kay, eres tú! —me sonrió radiante, y el alivio me inundó mientras le devolvía la sonrisa. No me había dado cuenta de cuánto necesitaba mi corazón que ella estuviera presente hoy, aunque solo fuera un poco. No me había dado cuenta de lo desesperada que estaba por ser reconocida. Miró hacia la puerta—. ¿Dónde está tu padre? —preguntó alegremente—. ¿Aparcando el coche?

—No, mamá. Papá no ha podido venir hoy. Solo estoy yo.

—Parece que ya nunca viene. —Frunció el ceño mientras un concursante en la pantalla caía en Bancarrota. No estaba segura si fruncía el ceño por eso o por papá.

—Está ocupado, mamá.

—Tú también lo has estado —dijo, sonriéndome—. ¡Te he visto en las noticias de la noche!

Vaya por Dios.

—Ah, eso, mamá, bueno...

—Estoy tan orgullosa. ¡Mi hija, en las noticias! Incluso vinieron unos amables reporteros a hablar conmigo, para saber más sobre ti para su informativo.

—Espero que no les contaras nada embarazoso, mamá.

—Oh, no. Solo cosas buenas. Como aquella vez que interpretaste a Peter Pan.

—Eso fue en tercero de primaria, mamá.

—Eras una niña tan encantadora.

—Gracias, mamá.

Media hora después se había quedado dormida mientras hablábamos. La cubrí con una manta donde estaba sentada en el sillón, reclinándolo un poco para que su cabeza no se inclinara hacia delante, y luego apagué la televisión. Encontré una caja de pañuelos y los usé generosamente. Estas visitas siempre me agotaban.

Después me puse manos a la obra. Sus estanterías contenían unos 300 libros —mamá siempre había sido una gran lectora— y me llevó unos minutos encontrar lo que buscaba: la agenda de direcciones de mamá.

Cada año alguien del personal de Honeywell ayudaba a mamá a enviar tarjetas de Navidad, así que sabía que aún debía tenerla. La mayoría de los otros recuerdos de nuestra vida familiar habían pasado a mí cuando papá murió, y ahora estaban en una caja debajo de mi cama.

Llevé la agenda a la ventana, donde podía ver mejor, y comencé a hojearla. Era difícil no detenerme a pensar en cada persona cuando veía su nombre. ¿Qué pensarían de mí ahora? Si me atrapaban o me mataban, ¿pensarían para siempre que me había convertido en una delincuente, como mi tío Patrick? ¿Que al final no había seguido los pasos de mi padre?

No fue hasta casi el final cuando encontré lo que buscaba. La entrada estaba bajo la letra "S", pero simplemente decía "Tío E." y listaba una dirección. Sin teléfono, sin correo electrónico.

Copié la dirección en mi móvil y devolví el libro a su lugar en la estantería. Cambié la peluca roja por la negra, recogí mi libro y luego me incliné y besé a mi madre en la frente.

—Adiós, mamá —dije suavemente—. Voy a arreglar esto, lo prometo.

Me senté en el aparcamiento en el coche prestado de Ruby, buscando en mi bolsa hasta que encontré lo que buscaba: la tarjeta de visita de Aldo Frances.

Había estado pensando mucho en mi conversación con Marty, y en lo mucho que dependía de él y de Ruby, porque sabía que podía confiar en ellos. Pero ahora, mientras comenzaba a buscar al tío Elgort, se me ocurrió que había varias personas de mi lado, y que quizás no tenía que hacer todo por mí misma.

—Señor Frances —dije, cuando contestó al teléfono—. Soy Kay Riley. Tengo una pregunta para usted: ¿Es usted seguidor de los Cubs o de los White Sox?

21

El tío Elgort probablemente era tío de alguien, pero no mío. Sin embargo, así es como lo llamaba la gente del barrio de mi padre. Si el tío Elgort te pedía un favor, se lo hacías. Era un acuerdo tácito. Mi padre se había rebelado contra esto, sabiendo instintivamente a qué conducían ese tipo de conexiones, y por eso se aseguró de mudarse del barrio poco después de casarse con mamá. Sin embargo, sus hermanos, Patrick y Nicholas, no lo hicieron.

Patrick, como ya he mencionado, terminó siendo un ladrón de coches bastante lamentable, y sigue en la cárcel hasta el día de hoy. No mencioné que Nicholas, quien se convirtió en un empresario muy exitoso, era amigo íntimo del hijo del tío Elgort, Eldon. Estudiaron juntos en Northwestern y mantuvieron extensas asociaciones empresariales durante las dos décadas posteriores, hasta que murieron en un incendio en sus oficinas un horrible domingo de Pascua.

Mi padre no congeniaba con Eldon, por culpa de su padre, y esto había provocado una relación fría entre el tío Nicholas y papá. De hecho, solo lo veía en las fiestas familiares cuando era pequeña, y solo conocí a Eldon una o dos veces. Nunca había conocido a Elgort. Poco después de que su hijo muriera, se retiró de todos sus negocios. No había sido una "persona de interés" para la Policía de Chicago durante años. Es poco probable que incluso supieran dónde encontrarlo hoy en día; a estas alturas sería un hombre muy anciano.

Pero mamá lo sabía, porque tenía que asegurarse de que todos recibieran una felicitación navideña, contra viento y marea.

La tienda de muebles tenía cuatro pisos, con tres plantas de exposición ("¡¡Tres Increíbles Plantas de Gangas!!") y oficinas en el último piso.

Me fijé en el cristal a prueba de impactos de la puerta principal al entrar, junto con una cantidad excesiva de cámaras de vigilancia para ser una tienda de muebles. Sonó una campanilla cuando la puerta se cerró tras de mí, y no había avanzado más de unos pocos pasos cuando un hombre sorprendentemente apuesto, con sienes canosas y grandes ojos marrones, salió de entre dos armarios y me saludó calurosamente.

—Buenas tardes, señora. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarla?

—Oh, no por el momento —dije con voz suave, empujando mis gafas hacia arriba en la nariz. Llevaba una peluca castaña de aspecto anodino, con un jersey amarillo pálido sobre una blusa blanca. Una falda negra y unos zapatos marrones conservadores completaban mi conjunto, junto con un pequeño bolso marrón. Me habría sentido más segura llevando parte del excelente equipo táctico que había comprado usando la tarjeta de crédito de Alan Watkins, pero habría parecido un poco fuera de lugar en una tienda de muebles, incluso en una como esta.

—Bien, soy Don Shelby, uno de los propietarios. Búsqueme si necesita cualquier cosa. —Aparentaba unos 40 años, pero actuaba como si fuera mucho mayor, y tenía la piel profundamente bronceada de alguien que pasa mucho tiempo en el campo de golf o en un yate.

Inspeccioné el edificio cuidadosamente, deteniéndome de vez en cuando para probar un sofá o un sillón. En el tercer piso, vi una puerta marcada como "Oficina" que no habría llamado la atención excepto por el hecho de que parecía muy segura y tenía una cerradura con teclado numérico. Encima había otra cámara de vídeo, esta apuntando directamente a cualquiera que se acercara.

Deambulé lentamente de vuelta hasta la primera planta hasta que encontré a Don Shelby de nuevo, cerca de la puerta principal. Estaba estudiando atentamente su smartphone, y al acercarme por detrás pude ver que desplazaba lentamente la pantalla por precios de acciones.

—Disculpe.

Dio un pequeño respingo y luego se volvió hacia mí, poniendo su mejor sonrisa.

—Ah, hola, espero que haya encontrado algunas excelentes gangas durante su recorrido. ¿Hay algo específico en lo que pueda ayudarla?

—En realidad —dije—, no. Aunque todo es muy bonito.

—Gracias.

—Solo estaba, me preguntaba. Si usted es uno de los propietarios, quizá esté relacionado con un viejo amigo de mis padres, de hace mucho tiempo.

Su sonrisa se endureció ligeramente.

—Quizás —respondió con el mismo tono suave—. ¿A quién está buscando?

—¿Al tío Elgort?

Su sonrisa vaciló por un momento, y me miró más detenidamente, evaluándome, buscando cualquier detalle que me identificara como una amenaza.

—Hmmm —dijo, recuperándose mientras caminaba hacia un teléfono de varias líneas que colgaba en la pared sobre un viejo escritorio de persiana—. Hace mucho tiempo que no oigo a nadie usar ese nombre.

Cogió el auricular del teléfono y pulsó un botón.

—¿Margaret? Sí, solo comprobando, ¿está todo despejado en la zona de ventas? ¿Sí? Vale, gracias. Adelante con un uno cinco, ¿quieres?

Shelby colgó y se volvió hacia mí con una expresión mucho más seria en su rostro. La sonrisa había desaparecido. Al mismo tiempo, escuché un fuerte clic proveniente de la puerta principal.

Shelby comenzó a cruzar el suelo hacia mí, y yo me dirigí hacia la puerta, sabiendo ya que estaba cerrada. Y lo estaba. Me volví hacia él con una sonrisa brillante e inocente en mi cara, pero eso

claramente no iba a funcionar porque ya me estaba apuntando con un revólver. Parecía un viejo Smith and Wesson.

Estaba preparada para esto, pero aun así daba muchísimo miedo. Me agarró del brazo por encima del codo y me arrastró por la esquina, fuera de la vista de los escaparates.

Antes de que pudiera girarme o encontrar una posición desde la que pudiera concebiblmente desarmarlo, me empujó bruscamente hacia delante sobre una cama. Tenía un precioso cabecero de nogal, pero esa no era mi prioridad en ese momento. Empecé a darme la vuelta.

—Quieta —me advirtió, con una rodilla en mi espalda. Me quedé quieta, aunque era irritante no poder verlo. Comencé a levantar la cabeza, pero él la empujó hacia abajo. Me pasó la mano por la espalda y bajo los brazos, y luego por debajo de mi falda.

—Eh, amigo —bromeé.

—Cállese —sugirió, retirando la mano.

Empecé a levantar la cabeza otra vez, y él la agarró de nuevo, tan bruscamente que mi peluca se desprendió, revelando mi corte de pelo al rape pelirrojo. Shelby gruñó sorprendido. Le oí retroceder, luego escuché cómo el contenido de mi bolso se derramaba en el suelo.

Gruñó de nuevo.

—¿Quién es esta persona que dice ser amiga del tío Elgort?

—Georgette Riley. Mi madre. Georgette. Riley.

Se sentó en el borde de la cama.

—Ya veremos —dijo, mientras me tiraba bruscamente de las manos hacia la espalda y me esposaba con mis propias esposas policiales, que se habían caído de mi bolso.

Dio grandes zancadas alrededor de la esquina, de vuelta a donde estaba el teléfono, y le oí hablar en voz baja. Supongo que podría haber intentado escapar, pero realmente quería hablar con el tío

Elgort, así que me quedé allí y me revolqué en la autocompasión especial que surge al estar inmovilizada con tus propias esposas.

Shelby volvió a la habitación y recogió mis cosas del suelo, volviéndolas a meter en mi bolso.

—Levántese —dijo.

Bueno, lo intenté, pero no tenía punto de apoyo en la cama blanda y acabé rodando fuera de ella hasta el suelo. Sin embargo, me incorporé de inmediato, decidida a parecer una profesional competente.

Recogió la peluca de la cama y la metió también en el bolso.

—Sígame.

—¿Puede quitarme las esposas, por favor?

—No, no puedo.

Vale, vale. Subimos por un bosque de lámparas y cómodas y luego otro tramo hasta que llegamos frente a la puerta que había notado antes. Don cubrió el teclado con su mano mientras yo ofrecía mi mejor sonrisa a la cámara. La puerta se abrió con un clic y entramos en un pasillo oscuro que conducía a una escalera. En lo alto de la escalera había otra puerta con otro teclado, y luego estábamos en lo que parecía la sala de espera de un despacho de abogados muy elegante. Muebles antiguos, alfombras gruesas, un mostrador de recepción desocupado.

Pasamos por una gran puerta de roble al otro lado de la habitación. Sorprendentemente, esto conducía a un loft grande y ventilado que ocupaba el resto de la cuarta planta. Había esperado algún tipo de oficina llena de humo. En su lugar, había mesas de trabajo, cubículos, un estudio fotográfico y percheros con ropa.

Mientras cruzábamos la habitación, un anciano salió de detrás de uno de los separadores. Llevaba un traje completo de tres piezas, lo cual era una locura porque ¿quién hacía eso hoy en día? Tenía un reloj de aspecto caro y zapatos de cuero bien lustrados. Su cabeza era calva en la parte superior con un borde de pelo gris pulcro

alrededor de los lados y la parte posterior, y tenía un pequeño bigote gris. Calculé que tendría unos ochenta años por las arrugas y la piel flácida, pero se mantenía bien y sus ojos marrones eran grandes y brillantes. Se ensancharon cuando me vieron, escaneando el contraste incongruente de mi pelo punk y mi atuendo de ama de casa Susie-Q.

—¿Eres Kay Riley? —preguntó, con una voz suave e irónica que sugería que ya lo sabía todo sobre mí.

Me enderecé. —Lo soy.

—¿Cómo está tu padre últimamente?

—Está muerto, desde hace 12 años. Usted envió flores.

—¿Y tu tío Patrick, lo visitas a menudo?

—Está en Florida.

Levantó las cejas.

—Sí —dije—. Un traslado por trabajo. No lo veo muy a menudo.

—¿Qué tipo de trabajo? —preguntó el anciano.

—Correccional —dije impasible.

—¿Le gusta?

—En general sí, pero no sale mucho.

Sus ojos brillaron, pero yo estaba perdiendo la paciencia con sus pequeñas pruebas.

—Tenía otro tío —insistí—. Quien creo que era socio de su hijo.

Una expresión de dolor cruzó su rostro.

—Sí —respondió, en un tono mucho más sombrío—. Por eso se te ha permitido reunirte conmigo. Eso —y aquí sonrió de nuevo—, y el hecho de que tu madre me envía una felicitación navideña cada año.

—Me temo que no ha estado bien desde hace algún tiempo. —Ahora era mi turno de estar sombría.

—Lo sé, lo sé. Pero una mujer encantadora. Obviamente, tu padre nunca se entendió con los chicos, pero tu madre siempre fue tan amable, y creía tan firmemente en la familia.

—Necesito ayuda —solté de golpe.

—Lo sé. Ven —indicó una mesa de comedor rodeada de sillas de aspecto cómodo. Abrió mi bolso, que Don había dejado sobre la mesa, y rebuscó en él hasta que encontró las llaves de mis esposas. Se movió lentamente alrededor de la mesa hacia mí, y yo me aparté para que pudiera abrir las esposas. Bueno, al menos eso era un progreso.

Se sentó pesadamente a la mesa y me indicó que hiciera lo mismo.

—Eldon nos traerá algo para refrescarnos, y me contarás toda tu historia, aunque no estoy seguro de qué puedo hacer. No tengo la misma influencia en la ciudad que tenía de joven.

Una hora después, él sabía todo lo que yo sabía. Estoy segura de que sabía mucho más, pero no era el tipo de persona que compartía información fácilmente. Después de traernos limonada, Don, o Eldon —llamado así por su tío, supuse— se sentó y se unió a nosotros, ocasionalmente garabateando una nota en un bloc legal.

—Bueno, querida. Eso sí que es un problema complicado —dijo Elgort amablemente—. Entiendo por qué pensaste que podría ayudarte, y quizás pueda. Nuestra familia hace tiempo que dejó de involucrarse con la mayoría de los elementos criminales de Chicago. Nos ocupamos principalmente estos días de instituciones financieras, que honestamente son solo una mejor clase de criminales. Pero más discretos, más seguros. Y, por supuesto, de muebles —sonrió, señalando la habitación a su alrededor—. Sin embargo, para las personas adecuadas y el precio adecuado, hay ciertos trabajos artísticos en los que nos especializamos.

Me removí incómoda en mi asiento.

—El pago va a ser un problema.

Don resopló, como si lo hubiera esperado, pero el tío Elgort simplemente dio un sorbo a su limonada y luego depositó suavemente el vaso sobre la mesa.

—No quiero que te preocupes por eso, querida —dijo.

Sabía lo que venía a continuación, la vieja frase de "En algún momento del futuro necesitaré un favor tuyo". Estaba preparada para ello, pero no me gustaba. Así era exactamente como la gente se veía arrastrada al crimen organizado. Una oferta que no puedes rechazar, como dicen. Aun así, necesitaba lo que necesitaba, y mi situación no mejoraba. Creo que hay un viejo dicho checo que dice: "Cuando te encuentres en un agujero, primero deja de cavar". Es fácil decirlo, pero en este momento, parecía que cavar era la única salida.

Pero el tío Elgort me sorprendió.

—Le debo muchas deudas a tu tío —dijo—. Y a tu madre también, ya que estamos. Ninguna de las cuales puedo devolver, así que usted, señorita Riley, será la afortunada receptora de lo que les corresponde. Solo por esta vez.

—Gracias, tío Elgort.

Se volvió hacia Don.

—¿Podrías llamar a Nicky?

Don se levantó de inmediato y se dirigió hacia la parte trasera del loft, desapareciendo tras unas grandes cajas de madera. Sonreí nerviosamente y di un sorbo a mi limonada, sin estar segura de qué tipo de charla informal sería apropiada.

—Vaya lío en el que se ha metido —rió Elgort.

—Lugar equivocado, momento equivocado, supongo.

—La oportunidad aparece en extraños disfraces —se inclinó hacia delante y levantó su vaso de nuevo—. O, para decirlo en términos más prosaicos: Cuando la vida te da limones... —y dio un trago.

Me libré de tener que responder a este tópico con la aparición de un hombre desde detrás de las cajas por donde Don había desaparecido.

Tuve que mirar dos veces. Era como si Don hubiera entrado en una máquina del tiempo y hubiera retrocedido 10 años. Esta versión más joven era más delgada, sin canas en el pelo, y mucho más pálida. El mismo rostro atractivo, sin embargo, de nariz afilada con cejas oscuras sobre unos grandes ojos marrones, con abundante cabello ondulado y gafas de montura negra que le daban un aspecto mucho más intelectual que Don.

—Ah —dijo Elgort—. Aquí estás. Este es mi otro sobrino, Nick. Esta es la señorita Kay Riley... sigue siendo señorita, ¿no es así?

Asentí, y luego también asentí a Nick. Era un chico muy atractivo, pero también parecía que no salía mucho al sol ni al aire libre. Llevaba unos chinos color canela y una camisa vaquera que tenía salpicaduras de pintura por todas partes. Sus manos, que tenían dedos largos y eran muy atractivas —¿qué? Me gustan las manos— también tenían rastros de pintura. Por alguna razón, iba descalzo.

—La señorita Riley necesita un juego completo, Nicky, y lo necesita de inmediato.

—A juzgar por las noticias de la televisión, diría que tiene usted razón en eso —su voz era más suave y cálida que la de su hermano —porque claramente eran hermanos— pero seguía teniendo una eficiencia precisa, como si quizás prefiriera estar haciendo otra cosa.

—Sí, ciertamente —estuvo de acuerdo el tío Elgort—. ¿Puedes ocuparte de ello ahora?

—Por supuesto, tío.

—Muy bien —Elgort puso ambas palmas sobre la mesa y se impulsó hasta ponerse de pie. Se volvió hacia mí.

—Lamento que haya pasado tanto tiempo, y que realmente no nos conozcamos, querida. Pero tu padre...

—Sí, mi padre. Me lo puedo imaginar.

—En fin, extraños compañeros de cama, como dicen. Me alegra conocerte ahora, y escuchar sobre tu gran aventura, pero debo atender algunos asuntos. Estás en buenas manos con Nicholas.

—Gracias, señor.

Y con eso, cruzó la habitación hasta un montacargas, con Don a su lado, y un momento después descendió fuera de vista.

Después de que el tío Elgort se fuera, Nicholas me examinó de pies a cabeza. Le dediqué mi mejor sonrisa. Él suspiró.

—No puede tener ese pelo —dijo, señalando vagamente mi cabeza pelirroja.

—Pero es el único pelo que tengo —dije, con coquetería, y luego me contuve—. No, espera, tengo algo aquí —agarré mi bolso y saqué la peluca enmarañada que había usado antes. Parecía una chinchilla que alguien hubiera pasado por una batidora.

—Eso no servirá —dijo Nick—. Venga conmigo.

Le seguí por la habitación hasta donde había una gran pantalla blanca montada, junto con cámaras y luces. A la derecha había percheros con ropa y varios armarios. Encima de los armarios, cabezas de poliestireno lucían una selección de pelucas.

Nick me miró de nuevo, estudiando mi cara, y luego cogió una peluca hecha de pelo largo y negro azabache.

—Pruébese esta.

Lo hice. Se veía increíble. El pelo era largo y ondulado y lleno de brillo, claramente de mejor calidad que las pelucas de tienda de disfraces que había estado usando. Nick se acercó a mí y me ajustó la peluca en la cabeza, alisándola alrededor de las sienes y detrás de las orejas. Medía aproximadamente un metro ochenta, y estando tan cerca me encontré examinando las manchas de pintura en su camisa. Había al menos una docena de colores diferentes.

—¿Está construyendo algo colorido? —pregunté.

Él miró hacia abajo y siguió mi línea de visión.

—Pinto cuadros —dijo, con naturalidad—, aunque a menudo me llaman para pintar o dibujar otras cosas —lo miré, y él se lamió el dedo y lo usó para alisar la línea del cabello de la peluca. No estaba segura de si eso era erótico o asqueroso. Supongo que esas cosas pueden depender de quién las haga.

—No soy un pintor desordenado —añadió, alejándose de mí—. Esta es solo mi camisa de trabajo favorita. La tengo desde hace años.

Me giró hacia el espejo y yo di un respingo.

—Es increíble.

—Es importante que combine con el tono de piel —dijo—. No podemos usar su color normal, porque entonces se parecería demasiado a usted misma. Lo cual, por supuesto, es lo que normalmente querría, porque ahora tendrá que usar esta peluca cada vez que tenga que utilizar esta identificación.

—Eso va a ser un fastidio.

—Bueno, le haré otro juego si sobrevive hasta finales de julio. Uno que se parezca a usted, pero con un nombre diferente.

Creo que estaba bromeando, pero la brutalidad de su declaración me pilló desprevenida, y sentí miedo y dolor brotando en mi pecho. Estaba tan distraída que pensé que le oí decirme que me quitara la camisa.

—¿Qué?

—Dije que se quite la camisa.

—Vaya, realmente sabe cómo tratar a una chica.

—Necesitamos una vestimenta diferente para la foto. Algo más sofisticado.

—Ahora también soy poco sofisticada. Genial. Al menos pronto estaré muerta —empecé a tirar con fuerza de los botones de mi jersey, luchando por mantenerme enfadada para no empezar a llorar.

—Eh, eh, eh —levantó ambas manos en señal de rendición—. Tiene razón. Fue algo terrible de decir —bajó las manos y se giró hacia un

perchero de ropa—. Estaba molesto por que me llamaran y me apartaran de mi trabajo habitual —sacó una camisa de seda gris claro que parecía que quedaría fantástica bajo un traje de negocios —. Y, supongo que estoy acostumbrado a tratar con criminales un poco más curtidos. Olvidé su situación.

—Soy lo bastante dura —dije con desdén, y me quité la blusa de los hombros y la tiré al suelo.

Había aprendido mi lección en la valla de Belinda Blalock, y hoy llevaba ropa interior mucho más impresionante. El sujetador seguía siendo blanco, pero tenía algo de encaje y me realzaba en los lugares adecuados. No querría hacer calistenia con él, pero se veía genial, y era perfecto para mostrarle a algún imbécil lo dura que eras, sin avergonzarte de desnudarte frente a un extraño. ¿Curtido? Este tipo parecía que ni siquiera había salido *afuera* en una década. No me vengas con lo de curtido.

Nicholas se apartó, sonrojándose.

—La falda está bien —dijo—. No se va a ver.

Cogí la camisa bruscamente de su mano extendida y me la puse. Me quedaba perfectamente, y el collar de perlas que me entregó parecía elegante y a la vez profesional contra mi cuello.

Caminó hacia una cómoda y abrió el cajón superior, haciéndome un gesto para que me acercara. Sacó un set de maquillaje y comenzó a aplicar base en mi cara.

¿Estaba demasiado brillante?

Leyó mis pensamientos.

—Esto es para cubrir sus pecas y oscurecer un poco su tez —sacó un lápiz marrón muy claro y comenzó a dibujar pequeñas líneas desde las comisuras de mis ojos—. También la estoy envejeciendo unos diez años. Es muy efectivo, pero debe ser simple. ¿Cree que podría replicarlo si le doy el maquillaje?

—Sí, creo que soy lo suficientemente simple como para manejarlo — ahora solo estaba siendo desagradable. Pero guardo rencor—. ¿Por

qué me hace parecer mayor?

—La edad es uno de los factores que se queda en la mente de un testigo ocular. La gente categoriza y clasifica inconscientemente. Queremos que esté en una categoría diferente, para que su mente no establezca la conexión entre la nueva usted y la antigua usted. Si buscan a alguien de veinticinco años, pasarán por alto a alguien que tiene cuarenta.

—Tengo treinta y tres.

—¿De verdad? Hubiera dicho con seguridad que estaba a mediados de los veinte.

Rencor, oficialmente eliminado.

Me guió hasta la pantalla blanca y tomó algunas fotos básicas tipo ficha policial o del DMV. Luego me trajo un jersey rojo y una camiseta blanca.

—Cámbiese a esto —dijo, mientras procedía a enrollar la pantalla blanca, revelando una verde brillante debajo.

Esta vez me aparté de él mientras me cambiaba. Me puse la camiseta con cuidado, teniendo en cuenta la peluca y el maquillaje, y me puse el jersey.

Nick vino detrás de mí y recogió mi pelo falso en una coleta, sujetándolo con un clip. Me entregó unas gafas para que me las pusiera, y me hizo posar frente a la pantalla verde, en varias posturas. Luego me quité el jersey y repetimos el proceso.

—Bien —dijo Nick, levantándose de la cámara y estirando la espalda —. Vamos a tomar sus huellas dactilares y habremos terminado.

—¿Huellas dactilares?

—Para su expediente policial.

—No tengo expediente policial.

—Claro que sí —sonrió—. Georgette Wrigley, arrestada por negarse a cooperar con un agente de policía. Durante la Marcha de las Mujeres. Es mi pequeño toque favorito. Las personas que inventan

nuevas identidades nunca piensan en añadir cosas como detenciones. Normalmente hago un cargo por conducir ebrio, o por hurto, pero como usted es una virtuosa abogada de derechos civiles, la marcha parece una gran elección.

—Pero soy agente de policía. Mis huellas ya están registradas.

Me sonrió como si fuera una ingenua.

—Creo que mi hermano Eldon ya se está ocupando de eso.

Alcé las cejas. —Más le vale ser un hacker excepcional si va a entrar en el sistema de la policía.

—Eso no es necesario. A veces solo es cuestión de conocer a las personas adecuadas si quieres que algo sea borrado accidentalmente.

—¿Y la familia Shelby conoce a las personas adecuadas?

—Pues claro.

Me coloqué detrás del perchero de ropa y me quité las prendas del disfraz, colgándolas de nuevo en el perchero y poniéndome mi propia ropa.

—¿Georgette Wrigley?

—Claro. Quieres que tu alias sea fácil de recordar, para no tropezar con él. No eres aficionada de los White Sox, ¿verdad?

Salí de detrás del perchero y le sonreí.

—No, los Cubbies a muerte.

—Entonces estamos bien.

22

—¡Elgort Shelby!

—Ruby, yo-

—¡Elgort Jodido Shelby! ¡No me lo *puedo* creer!

—Mira, solo... —pero Ruby se había marchado furiosa, cojeando hasta la mesa de picnic y dejándose caer en uno de los bancos.

Estábamos en la zona verde del parque, fuera de mi casa segura. Había tardado más de una hora en conducir hasta aquí, dando vueltas repetidamente para asegurarse de que nadie la seguía. Yo había insistido en un protocolo más estricto desde que me di cuenta de que un asesino muy talentoso, posiblemente psicótico, me seguía la pista. Ninguno de nosotros estaría a salvo si lograba rastrear a Ruby o a Marty hasta mí.

Me acerqué a Ruby, pero en vez de sentarme en la mesa de picnic, me tumbé boca arriba en la hierba, a unos metro y medio de distancia. Miré las grandes nubes esponjosas que se movían lentamente por el cielo azul de la mañana. Las briznas cortas de hierba me hacían cosquillas en mi corte de pelo rapado. Estaba cansado, y cuanto más descansaba, más cansado me sentía, lo que probablemente sea la definición misma de la depresión. Quería estar fuera haciendo algo, cualquier cosa que ayudara a mi caso. No quería estar teniendo esta discusión con Ruby. Vi la silueta de un pájaro flotando perezosamente a través de mi visión.

La voz de Ruby me llegó en voz baja.

—¿Te he contado alguna vez lo que le pasó a mi rodilla?

Suspiré audiblemente. —Sí. Sí que me lo has contado. Caída de dos pisos en un aparcamiento durante una persecución.

—Fue en dos mil-

—-dos, lo sé.

—Fue Marco Colatano.

Levanté la cabeza para mirarla, pero ella estaba con la mirada perdida en el vacío.

—¿Qué?

—Los Colatano. Los conoce, ¿verdad?

—Por supuesto, todo el mundo los conoce.

—Estaban extorsionando a varios negocios en mi distrito, exigiendo dinero por protección. El capitán Earl estaba furioso. O sea, pfft, ¿dinero por protección? Eso pasó de moda en los setenta, ¿no? Pues, al parecer no.

»Yo había ocupado el lugar de una de las camareras de Sal Tomaso. Entregaría el pago en el lugar acordado, llevaría un micro. Otros agentes estarían escondidos en coches por todo el aparcamiento. Todo el mundo sabía que los pagos se hacían en el aparcamiento. Colatano podría haber puesto perfectamente un cartel en la entrada. —Suspiró—. Esa era toda la estrategia, ¿no? La desvergüenza. Nadie se chivaría nunca, porque matarían a toda su familia. Bueno, Sal Tomaso habló. Valiente o estúpido, quién sabe.

Me apoyé sobre mis codos para poder mirar a Ruby mientras contaba la historia.

—Normalmente solo estaba Colatano en la recogida, le gustaba hacer estas cosas él mismo, pero nosotros llevamos a media docena de policías, solo para estar seguros. Ya sabes el dicho, *Si vas a por el Rey, no falles al Rey*.

—Algo así —dije.

—Bueno, la vida de Tomaso estaba en juego. Y esta iba a ser la gran redada que el capitán Earl había estado esperando. Así que muy importante, muy tenso. Tu padre también estuvo allí ese día.

—¿Qué? ¡Nunca me habías contado eso!

Se encogió de hombros. —Nunca surgió el tema. Trabajábamos juntos mucho en aquella época. Era un buen tipo, y no le gustaban

los mafiosos —añadió de manera incisiva.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Identificaron a toda la unidad. No estoy segura de cómo. Alguien debió hablar. Es probable que Colatano tuviera gente dentro del cuerpo.

Hmm. Pensé en lo que Nick había dicho sobre la capacidad de los Shelby para acceder a los archivos policiales conociendo a las personas adecuadas.

—Salí del ascensor. Boom. Tienen un cuchillo en mi garganta. Colatano no está, por el soplo. Son dos de sus hombres. Me registran, no con delicadeza, te lo aseguro. Encuentran el micro y eso es todo, Earl da la señal y todos se lanzan a la escena. Como dije, solo hay dos de ellos, y unos seis policías, así que entonces el tipo de Colatano, Mike Minneola, me usa como escudo humano mientras su compañero, Stevie Guigino, salta detrás de un coche y empieza a disparar a cualquiera que asome la cara.

»Minneola sabe que el tiempo no juega a su favor en una situación así—tienen balas limitadas y ningún sitio adonde ir, está de espaldas a una barandilla sin una salida fácil—está intentando deslizarse lateralmente de vuelta hacia el ascensor mientras Guigino los mantiene ocupados. Básicamente dejando a Guigino que se las arregle solo. Los policías están todos nerviosos, porque ahora saben que es una trampa. Tal vez hay más hombres escondidos, quizás una bomba. Quién sabe.

Para este momento, me había sentado completamente, pendiente de cada palabra de Ruby.

—Cruzo miradas con Earl —continúa—. Está a unos nueve metros, detrás de una camioneta grande. Nos miramos. Él asiente. Le muestro mi mano con tres dedos extendidos. Él asiente. Dos. Uno. Agarro la mano de Minneola, tiro hacia abajo y giro, arrastrándole hasta que queda entre el capitán y yo. Antes de que pueda reaccionar, el capitán le dispara tres veces por la espalda.

—¡Dios mío! —jadeo—. ¿Qué pasó?

Se encogió de hombros.

—Buen plan, mala ejecución. La fuerza de los disparos empujó a Minneola, y a mí con él, por encima de la barandilla y hacia el nivel inferior. Él golpeó el cemento, y yo caí encima de él —golpeó con la mano sobre la mesa de picnic para enfatizar—, o yo también estaría muerta ahora. Mi pierna izquierda estaba extendida hacia un lado mientras caíamos, y golpeó el techo de un coche, bam. Adiós articulación de la rodilla.

—Uff —dije, sintiéndome mal del estómago.

—Uff, efectivamente —coincidió Ruby—. Entonces, ¿ves mi punto?

—En realidad, no. ¿Por qué me cuentas esto?

—Al día siguiente, la casa de Sal Tomaso explota. Fuga de gas. Está muerto, junto con su esposa y sus dos hijos.

—¡Eso es terrible!

—Elgort Shelby. Marco Colatano. La misma cosa.

—Pero él está-

—¡Sin "peros"! —dijo Ruby con fiereza—. No hay buenos mafiosos. Como la prostituta con el corazón de oro. No existe. Sé que esto ha sido difícil para ti, Kay. Lo sé —continuó, hablando por encima de mi objeción—. Pero te está volviendo un poco loca. Un poco salvaje. El fin no justifica-

—¿Los medios? —Me levanté y puse las manos en las caderas—. Es fácil para ti decirlo. ¿Qué me pasa si me atrapan? ¿Crees que de repente se darán cuenta de su error? Venga, Ruby. Sabes cómo funciona esto. Cerrar casos, lo más rápido posible. Así funcionan.

—Resolveremos esto. Juntos —dijo Ruby con una voz que sonaba a súplica.

—¿Y si no podemos? —Puse mi mano en su hombro, tratando de mostrar que no estaba enfadado, pero que no iba a ceder—. Si tengo que dejar el país, ¿puedes conseguirme documentos falsos?

Ruby exhaló tan larga y tristemente que pensé que podría desinflarse completamente en un montón arrugado en el suelo.

—Solo estoy preocupada por ti.

Le di un abrazo.

—Yo también estoy preocupado por mí, pero si alguna vez *hubo* un caso en el que el fin justifica los medios, es este.

—No estoy de acuerdo contigo, oficialmente —dijo Ruby, enderezándose—. Solo no estoy en desacuerdo activamente por el momento.

Eso parecía ser lo mejor que iba a conseguir.

—Genial —dije, sacando mi teléfono y mirando la hora—. Tengo que entrar y prepararme para el partido. Tenemos que salir en quince minutos.

23

Wrigley Field. Uno de los lugares favoritos de mi padre en todo el mundo. Solía sentarme a su lado en la sección 108 y leer. Harry Potter y, perdóname, esos libros de Lurlene McDaniel donde siempre hay un niño muriendo. Levantaba la vista cuando todos vitoreaban. Por lo demás, estaba en mi propio mundo.

Ahora me sentía un poco mal por ello; seguro que papá hubiera deseado que me interesara realmente, él amaba tanto a los Cubbies.

Era una tarde preciosa, soleada con una ligera brisa. El olor a comida del estadio llegó hasta mí mientras me sentaba junto a un hombre mayor que llevaba una gorra de los Cubs calada sobre los ojos y, curiosamente, una bufanda de seda que le ocultaba parte de la cara.

—¿Esa es tu idea de un disfraz?

Aldo Frances me miró y se sorprendió. Yo llevaba mi aspecto completo de Georgette Wrigley, complementado con gafas oscuras, una elegante camisa de seda negra y mis pantalones de cuero. Parecía glamurosa, lo que uno no pensaría que sería un buen disfraz, especialmente en un partido de béisbol, pero me veía tan diferente de mi antiguo yo (que habría llevado vaqueros y una sudadera de los Cubs) que funcionaba de maravilla. Georgette Wrigley, Wrigley Field. Diablos, quizás era la dueña del lugar. Nicholas tenía razón: es un nombre fácil de recordar.

—Señorita Riley, ¡Dios mío, qué transformación!

—Gracias. Ojalá pudiera decir lo mismo de ti. Nadie lleva una bufanda a un partido de béisbol, Aldo.

—Por otro lado —respondió—, nunca he estado en un partido de béisbol en mi vida, así que es muy improbable que alguien me esté buscando aquí.

—Genial, entonces elegí un buen lugar.

—¿Son buenos los Cubs? —preguntó.

—Claro —dije distraídamente—. Todo lo que necesitan es un poco de buen bateo, algo de mejor lanzamiento y un poco de práctica en el campo y ganarán el banderín.

—¿Eh?

—Nada, solo algo que solía decir mi padre. Los Cubs son geniales. Ganaron el título el año pasado y solo les llevó 100 intentos.

Estaba mirando al otro lado del campo, hacia los asientos detrás de la línea de primera base, donde Ruby estaba sentada observándome con unos prismáticos. Me bajé las gafas de sol y le guiñé un ojo, luego volví a subirlas. Era difícil para Ruby y para mí seguir enfadadas la una con la otra. Lo que me había dicho me dolió, porque partes de ello dieron en el clavo, pero solo lo dijo porque me quería.

—¿Ha descubierto algo, señorita Riley? —preguntó Frances, interrumpiendo mi hilo de pensamientos.

—No tanto como me gustaría, por eso me puse en contacto contigo. Me estoy topando con callejones sin salida.

—Bueno, quizás juntos podamos avanzar. No he oído absolutamente nada de la policía.

El estadio resultó ser un buen lugar para reunirse. No había nadie sentado al lado de Frances, y la mujer a mi otro lado estaba realmente metida en el partido, y en su novio, que estaba sentado al otro lado de ella. Había un constante zumbido de ruido blanco, interrumpido por vítores o gemidos. Aldo me relató su experiencia con la policía mientras yo mantenía mi atención en Ruby, para asegurarme de que continuaba mostrando la señal de que todo estaba bien. Si alguien en mi sección hacía algo sospechoso, me lo haría saber quitándose el sombrero.

Él sabía todo sobre mi visita a Belinda Blalock, por las noticias, pero se sorprendió de mi éxito en la búsqueda de Alan Watkins. Se rió entre dientes.

—Eres muy ingeniosa, querida. Pero todo esto es un poco peligroso, ¿no? ¿Quién hubiera pensado que nuestras vidas nos llevarían a esto? —Suspiró—. Esta noticia sobre la antigua empresa de Greg Ralston es inquietante. Tanto Ferris como Carter conocen a Ralston desde hace mucho tiempo.

—Hablas como si también conocieras bien a Ferris.

—Bastante bien.

—¡Pero es tu principal competidor!

—Ah —dijo el hombre mayor—. Lo haces sonar tan simple. Como mencioné antes, Carter y Ferris seguían siendo muy buenos amigos. Lo mantenían en secreto del público, porque siempre temían ser acusados de colusión o comportamiento antimonopolio.

Se volvió más hacia mí, inclinándose más cerca.

—Se rumorea, y he estado investigando esto en gran detalle, que había algún tipo de acuerdo entre los dos, respecto a una fusión, o algún tipo de acuerdo de acciones, si alguna vez le pasaba algo al otro. ¿Descubriste algo sobre eso?

—Belinda Blalock me dijo que no tiene ningún interés financiero en Illcom, en absoluto.

—Bueno, eso encajaría.

—Y Arthur Vincente, el presidente de la junta de Illcom. ¿Crees que sabía sobre esto?

—No lo sé, y no puedo averiguarlo. Arthur todavía está en el hospital bajo fuerte sedación. Cuando le visité, estuvo inconsciente todo el tiempo que estuve allí.

—Sí. Me temo que ese parece ser un diagnóstico permanente.

—¡Es terrible!

—No tiene sentido, no puede ser ninguno de ellos —refunfuñé—. Si fuera Farnham, no habría enviado una bomba activa a su propio edificio.

—Además —añadió Aldo—, si Ferris tiene algún tipo de derecho sobre Illcom, ¿por qué no ha hecho un movimiento? Han pasado semanas desde que murió Carter.

—¡Espera un momento! —me incorporé emocionada. El lanzador de los Cardinals concedió un doble y la multitud rugió—. ¡Catwoman!

—¿Perdón?

Rápidamente le conté sobre mi nueva amiga, la que viste con elegancia y trepa por techos y ventanas de baños. Como puedes imaginar, quedó intrigado.

—¿Dices que robó un papel del despacho de Farnham?

—¡Sí! Esta podría ser la conexión. Pero, ¿quién es ella? ¿Y por qué me está siguiendo ahora? ¿Y cómo?

—¿Tienes ahora un teléfono móvil? —preguntó Aldo.

—Por supuesto, pero es solo un teléfono desechable. Me deshice de mi viejo teléfono.

—Aun así, alguien podría estar rastreándote.

—¿Cómo es eso posible?

—Querida, usa la cabeza. Estás en medio de una conspiración que involucra a los líderes de la industria de las telecomunicaciones. Tienen bastante tecnología a su disposición, parte de la cual diseñé yo mismo. Podrían estar monitoreando a cualquiera que hayas conocido, a cualquier persona con la que estés relacionada, esperando a que les llames. Una vez que lo haces, tienen tu nuevo número.

Me di un golpe en la frente. ¿Cómo pude haber sido tan estúpida? Estaba preocupada por poner a Ruby y a Marty en peligro, pero habían estado en peligro todo el tiempo. Y era mi culpa.

Mientras me flagelaba, Aldo había sacado su teléfono móvil y hecho una llamada. Habló con alguien en voz baja durante unos minutos, y yo traté de escuchar disimuladamente. No tuve suerte con eso, así

que llamé a un vendedor y me compré un pretzel. Al otro lado, Ruby seguía observando, con su gorra aún firmemente en su cabeza.

Aldo colgó.

—Bueno —comenzó—. Tengo algunas buenas noticias y algunas malas noticias.

—¿Sí? —pregunté con la boca llena.

—En Illcom también tenemos nuestro propio departamento de seguridad. Como CEO en funciones, apenas estoy empezando a descubrir lo eficaz que es. Tengo el nombre de alguien que coincide con la descripción de tu mujer misteriosa.

—¿En serio? Eso es increíble.

—Su nombre es Selena Salerno, y es conocida en todo el bajo mundo de Chicago. Mi fuente me dice que se cree que actualmente trabaja para Pershing Industrial.

—¡Eso es genial! ¿Cuáles son las malas noticias?

—Es increíblemente peligrosa. Por lo que me han dicho, tienes mucha, mucha suerte de estar viva. Creo que deberías venir conmigo, ahora mismo. Podemos mantenerte a salvo y oculta hasta que esto se resuelva.

—Han sido unas semanas bastante aterradoras —admití—, pero creo que es mejor si me quedo sola. ¿No es Pershing una empresa farmacéutica?

—No solo eso. Meten mano donde creen que pueden ganar dinero, y tienen un largo historial de actividades poco escrupulosas. Desafortunadamente, la actual administración gubernamental se preocupa poco por tal comportamiento. No me sorprendería en absoluto que Pershing estuviera buscando entrar en el sector de las telecomunicaciones.

Estaba incrédula.

—Pero no pueden simplemente volar a los CEOs de las dos compañías líderes y entrar tranquilamente a tomar el control, incluso

en estos tiempos...

—No —estuvo de acuerdo Aldo—. Pero podrían esperar un año o dos. Están en esto para el largo plazo. O, dado el golpe que han sufrido las acciones de Farnham, podrían intentar una adquisición hostil.

Terminé mi pretzel. Selena Salerno. Al menos ahora tenía un nombre. Al menos era real, y no algún producto retorcido de mi imaginación.

—¿No viste lo que decía el papel que se llevó? —preguntó Aldo.

—¿Qué?

—El documento que se llevó la mujer Salerno. ¿Lo viste?

—No lo suficientemente cerca para distinguir palabras.

—Una lástima, podría habernos dicho cuál era el plan de Pershing. Dame tu teléfono.

—¿Qué? —Había estado perdida en mis pensamientos. Aldo extendió su mano.

—Tu teléfono.

Se lo entregué. Retiró la tarjeta SIM y la dejó caer en el cemento junto a sus pies, aplastándola con el talón de su zapato.

Sacó su propio teléfono, quitó la tarjeta y la puso en mi teléfono.

—¿Qué hace eso? —pregunté, recogiendo mi teléfono.

—Es imposible de rastrear. Lo diseñé yo mismo. Si han estado rastreando tu teléfono, esto te hará mucho más segura.

—Pero espera, ¿no es este tu número de teléfono? ¿Cómo funciona eso?

Aldo se rió, de una manera que me hizo sentir como una niña estúpida.

—Esta es solo la tarjeta que uso para llamadas seguras. —Sacó otra y la introdujo en el teléfono—. Esta es la que uso para los negocios.

Hmm. Cada día se aprende algo nuevo.

Aparté la mirada de él y miré al otro lado del campo, donde vi a Ruby quitándose la gorra y volviéndosela a poner una y otra vez. Arrugué el envoltorio de mi pretzel y me levanté, mirando alrededor. En lo alto de la rampa, a unos 50 metros, vi a uno de los idiotas que había estado con Watkins en la peluquería. Me senté rápidamente.

—Señor Frances, tenemos compañía.

Él instintivamente hizo un amago de levantarse, pero lo agarré del brazo y lo volví a sentar.

—Ten cuidado —susurré—. Deben haber rastreado mi teléfono hasta aquí, como dijiste, pero no sabrán exactamente dónde estamos, y probablemente no me reconocerán.

Frances sacó su teléfono, pero lo detuve.

—La ayuda no va a llegar a tiempo, a menos que tu seguridad esté sentada justo afuera.

Negó con la cabeza.

—Escucha, deberías quedarte aquí, y yo me iré rápida y silenciosamente.

Miré al otro lado del campo para ver que Ruby ya no estaba en su asiento. Estaba subiendo las escaleras y saliendo del estadio, con el teléfono pegado a la oreja. Con suerte, estaba llamando a nuestro chófer.

—Pero señorita Riley, podría ser a mí a quien buscan. ¿Qué debo hacer?

—¿Tú? ¿Por qué a ti?

—Piénsalo. Carter Blalock está muerto y Arthur Vincente casi también. Eso me deja a cargo de todo en Illcom. Si alguien está tratando de destruir la compañía, yo podría ser el siguiente.

—Claro, por supuesto.

—Creo que deberíamos permanecer juntos aquí y llamar a mi equipo de seguridad —dijo Aldo.

No me gustaba mucho esa idea. Miré a mi alrededor en busca de una respuesta y divisé al vendedor de pretzels que subía por los escalones al final de la fila. —Escucha. Mantén la cabeza baja, y cuando este chico con la bandeja pase, síguelo muy de cerca por las escaleras. Justo detrás de él.

—Vale.

—Cuando llegues al primer pasillo, gira a la derecha, y luego baja por el túnel y sal. Mantén la gorra baja. Estaré justo detrás de ti.

Hizo lo que le dije, y unos momentos después estábamos subiendo las escaleras. Me arriesgué a mirar hacia nuestro amigo. Seguía allí, escudriñando a la multitud. Decidí arriesgarme. Solo me había visto en la peluquería, con pelo rosa y tatuajes falsos. Georgette Wrigley iba a poder pasar justo delante de él.

Y eso es exactamente lo que hice. En lugar de girar a la derecha, subí un conjunto adicional de escaleras hasta que estaba a su nivel, luego pasé justo a su lado, dejando atrás solo un envoltorio de pretzel y una tarjeta de teléfono aplastada. ¡Tomad eso, malos!

Bajé la rampa y salí a la calle, donde vi a Aldo entrando a salvo en su coche con chófer. El clima era magnífico, y me sentía extrañamente libre con mi disfraz. Podría acostumbrarme a ser Georgette Wrigley. Ella vestía ropa genial y quería salvar el mundo. Nada malo en eso.

Marty apareció con su coche, con Ruby en el asiento del copiloto. Abrí la puerta y salté al asiento trasero.

—¿Y ahora qué? —preguntó Marty.

—Vamos a Del Campo's y comamos tacos en la playa.

—Eso es una locura —dijo Ruby.

—No me importa. ¡Celebremos estar vivos!

—Estoy contigo —dijo Marty y se incorporó al tráfico.

—No lo apruebo —dijo Ruby.

—¿Quieres que te dejemos en algún sitio? —pregunté.

—¿Estás de broma? Mi hermana Clara nunca me perdonaría si algo le ocurriera a Martin. No os voy a perder de vista. Y —añadió—, me encantan esos burritos fritos.

—¿Chimichangas? —preguntó Marty.

—Si tú lo dices. Vamos.

Y fuimos. Y fue glorioso.

24

Al día siguiente volví a lucir mi disfraz de Wrigley, pareciendo exactamente una abogada de derechos civiles en su descanso para comer. Traje de chaqueta y maletín, tacones bajos, gafas de moda. Me pasé la mano por mis melenas azabache, como me gustaba llamarlas, y comprobé mi aspecto en el espejo retrovisor de mi coche de alquiler. Estaba llevando a cabo una vigilancia cercana de un profesional, así que era importante que mi disfraz fuera perfecto.

Se me ocurrió que realmente debería conseguir una motocicleta si iba a estar haciendo mucho de este tipo de trabajo en el futuro. El aparcamiento, la flexibilidad, el hecho de que siempre había querido una. Luego me di cuenta, por millonésima vez, de que podría estar en la cárcel o muerta cualquier día. No era realmente el momento para pensar en compras a largo plazo. Una pequeña moto roja sería genial.

Pude alquilar un coche, un discreto Ford Taurus, gracias al tío Elgort y a su sobrino-nieto, Nicholas. Anoche había regresado a Muebles Shelby después de que Nick me enviara un correo electrónico para decirme que mis documentos estaban listos.

El tío Elgort no estaba por ninguna parte, pero Don me recibió en la puerta y me acompañó a una oficina trasera en la planta baja, lejos de los escaparates de la exposición.

Me hizo tomar asiento y luego llamó arriba para avisar a Nicholas. Mientras esperábamos, se reclinó en su silla y me dirigió una larga mirada.

—Creo que nos conocimos una vez —dijo al fin.

—¿En serio?

—Sí. Sé que tu padre no quería tener nada que ver con nuestra familia...

Empecé a objetar, pero él me hizo un gesto para que no lo hiciera.

—No te preocupes, no te lo tengo en cuenta, como iba a decir, eras una niña pequeña. No fue culpa tuya. Pero estoy bastante seguro de que eras una de las niñas en el funeral de Eldon y Nicholas. Tú y Nicky apenas tenéis edad suficiente para recordarlo, pero ambos estabais allí. —Su rostro se agrió—. Fue un día terrible.

—¿Te pusieron su nombre?

—Así es. —No ofreció más, y nos quedamos en silencio durante un minuto hasta que Nicholas entró en la oficina con una carpeta de manila en la mano.

—Bueno, parece que vosotros dos os estáis llevando de maravilla —dijo, colocando la carpeta sobre el escritorio.

—Hola.

Él me miró.

—Levántate y quítate las gafas, si no te importa.

Hice lo que me pidió, sintiéndome de repente un poco cohibida. Se acercó y examinó mi cara.

—Buen trabajo con el maquillaje. Lo has hecho tal como te enseñé.

—Sí, sensei.

Me ignoró, examinando mi línea del cabello para comprobar que había colocado la peluca correctamente. Dio un paso atrás.

—Se ve bien —asintió—. Deberías tener un poco más de cuidado con tu escote.

Miré hacia abajo. Tenía los dos primeros botones de la blusa desabrochados, pero no lo llamaría indecente bajo *ningún* concepto.

—Las pecas —dijo apresuradamente—. No coinciden con tu nueva tez. Deberías ponerte algo de base sobre ellas.

Bajé la mirada hacia mi pecho, y entonces me di cuenta de que él también estaba mirando mi pecho. Luego él se dio cuenta de que yo me había dado cuenta de que estaba mirando mi pecho, y ambos nos sonrojamos y apartamos la mirada al mismo tiempo.

—¡Bien! —dijo Don, poniéndose de pie y dando una palmada—. Os dejaré a solas un rato.

Nick y yo empezamos a protestar al mismo tiempo, pero Don ya había salido de la habitación.

El silencio flotó en el aire por un momento, y luego señalé con los ojos hacia la carpeta sobre el escritorio.

—Sí —dijo, recuperándose—. Aquí tenemos.

Empezó por el principio. Certificado de nacimiento, expedientes de secundaria (podría haberlo hecho mejor, si me hubiera dedicado a estudiar un poco más). Carné de conducir, dos tarjetas de crédito, un pasaporte. Por último había tres fotos tamaño cartera. Una de mí con dos niñas pequeñas, una de mí de pie frente al Taj Mahal, y una de mi padre, mi madre y yo cuando tenía 6 años.

Las dos primeras eran falsas, hechas con las fotos que él tomó delante de la pantalla verde (no tengo idea de quiénes eran las niñas pequeñas, pero desde entonces las he llamado Hazel y Maria, mis sobrinas). La tercera foto era real, y miré a Nicholas con asombro.

—¿Cómo? ¿Dónde conseguiste esto?

—Mamá. Atesoraba recuerdos familiares, hay cajas llenas.

Fruncí el ceño. —¿Ha fallecido?

—Sí, papá también. Solo quedamos Don, el tío Elgort, que parece dispuesto a vivir hasta los 150, y yo. En fin —rodeó el escritorio y se sentó detrás—, eso debe ser de una boda de alguno de los primos. Don dice que bodas y velorios eran prácticamente lo único a lo que tu familia asistía.

Miré la foto de nuevo, y tuve que contener las lágrimas.

—Gracias. No tengo muchas fotos como esta.

—Me alegro de que te guste.

Me levanté para irme, recogiendo todo de nuevo en la carpeta de manila y guardándola en mi bolso de hombro.

—¿Me enviarás una factura?

Nick sonrió.

—Estoy seguro de que sabes que esto no funciona así. —Se enderezó rápidamente cuando vio que mi expresión cambiaba—. No me refiero a nada siniestro —se apresuró a añadir—. Es solo el tío Elgort. Dejó claro que no debía cobrarte nada.

—Bueno —me detuve con la mano en la puerta—. Dile que le doy las gracias y que algún día se lo devolveré.

Así que ahora podía alquilar un coche y comprar cosas con una tarjeta de crédito (Don había creado una cuenta bancaria para mí con 5.000 dólares y un apartado de correos a mi nuevo nombre para que llegaran las facturas).

Era una gran, gran ayuda, y si necesitaba salir de la ciudad, o del país, rápidamente, ahora podría hacerlo. Pero aún no podía irme. Estaba decidida a limpiar mi nombre, o al menos averiguar quién me había tendido una trampa, y obtener algo de venganza.

Por eso estaba en misión de vigilancia, y justo al otro lado de la calle podía ver a mi objetivo saliendo de su coche: Greg Ralston.

Salió rápidamente del coche y entró en el edificio. Me revisé el cabello en el retrovisor una última vez, agarré mi bolsa del almuerzo y lo seguí.

25

Illcom y Frandling. Parecía que había muchas más conexiones entre las dos empresas de las que la mayoría de la gente se daba cuenta. De hecho, al revisar la cobertura de prensa durante la última década, era raro encontrar casos en los que las dos compañías se atacaran públicamente. Claro, tenían planes de telefonía e internet que competían entre sí, pero no parecía existir la hostilidad que hay entre Coca-Cola y Pepsi, o McDonald's y Burger King. Katy Perry y Taylor Swift. Sin demandas, sin acritud. Dos empresas en el mismo sector, con sede en la misma ciudad, dirigidas por dos hombres que habían sido amigos en la universidad. Mmm.

Empezaba a pensar que el documento robado podría dictar los términos de una fusión, si uno de los dos hombres muriera o quedara incapacitado. Esto sería muy inusual, ya que tanto Farnham como Illcom eran empresas públicas, pero cada director ejecutivo poseía más del 50% de sus respectivas compañías.

Tantas conexiones, y una de ellas era Greg Ralston. No solo eso, sino que había estado en el edificio la noche del primer atentado y no había sido muy colaborador cuando se trató de salvar a Carter Blalock.

Estaba convencida de que iba por buen camino con Ralston. Le había seguido cuando salió del trabajo a mediodía, conduciendo solo a través de la ciudad. Llevaba un traje elegante y gafas de sol oscuras, pero nada extraño ahí; parecía ser su atuendo diario estándar.

Aparcó en West 19th St. y entró en el Museo Nacional de Arte Mexicano. Vaya, ese era un destino inesperado. Por otro lado, tenía sentido. ¿Quién esperaría encontrar a un agente de seguridad ex-militar paseando por un museo de arte? Era un lugar perfecto para una reunión secreta.

Subí rápidamente las escaleras, entré al vestíbulo y me moví con rapidez hacia las exposiciones (¡Entrada gratuita! ¡Museo increíble!). Quería adelantarme a Ralston para que no pareciera que le estaba siguiendo por el museo.

Atravesé varias salas, pasando junto a un cartel iluminado que decía "Haz tacos, no la guerra", antes de sentarme en un banco frente a una hermosa fotografía de Flor Gaduño. Pensé instantáneamente en mi madre, la verdadera Georgette, quien había enseñado Arte durante tantos años hasta que se vio obligada a dimitir debido a su enfermedad. Algunas personas siguen los pasos de sus padres, otras van en dirección contraria. Yo había fastidiado el trabajo por completo, siguiendo los pasos de papá, cuando realmente debería haber seguido los de mamá. Me encantaba el arte. El Instituto de Arte de Chicago era como un segundo hogar, algo de lo que nunca había hablado realmente con mis compañeros de la policía. Podía imaginar cómo irían esas conversaciones.

Saqué un sándwich de mi bolsa del almuerzo y ya me había comido la mitad cuando de repente entró un guía en la sala. Era un hombre pequeño, de ascendencia asiática, con un uniforme azul elegante y una placa que decía "Hao". Me miró, luego miró mi sándwich y negó con la cabeza en señal de desaprobación. Le miré directamente a los ojos y me metí la última mitad del sándwich completamente en la boca. Fue un ajuste apretado, y tuve un poco de dificultad para masticar, pero vaya si le demostré quién mandaba.

Él siguió sin decir palabra. Simplemente me miró a través de sus gruesas gafas y ocupó un lugar contra la pared desnuda junto a la entrada. Estaba claro que había decidido que necesitaba vigilarme.

Entonces escuché voces que venían del espacio de exposición adyacente y me giré para ver a Greg Ralston entrar en la sala, ¡caminando de la mano con Valerie Archer! Tenían las cabezas juntas y susurraban, pero a juzgar por su comportamiento *no* estaban discutiendo sobre espionaje corporativo.

Bueno, ambos eran guapísimos y trabajaban en el mismo edificio. Supongo que este tipo de relaciones ocurren entre compañeros en el

lugar de trabajo. En otros lugares de trabajo que no sean mi comisaría. O a otras personas en mi comisaría, que no soy yo.

Inicialmente, habría pensado que Archer estaba un poco por encima del nivel salarial de Ralston, pero empezaba a sospechar que su posición en Farnham era un poco más complicada que simplemente ser un guardia de seguridad.

Otra pareja, jubilados por su aspecto, entró también en la sala, y volví a prestar atención a las fotografías en la pared, manteniendo mis oídos concentrados.

—...sabes que no podemos, todavía —estaba diciendo Valerie Archer —. No ahora mismo, hay demasiadas cosas en juego.

—Por favor —dijo Ralston bruscamente—, estoy seguro de que Ferris ya lo sabe. Lo conozco desde hace una eternidad, y créeme cuando te digo que vigila a *todo el mundo*, incluyéndote a ti.

—No tan zen como parece —dijo Archer irónicamente.

—Bueno, quién sabe. Quizás pronto se haga uno con el universo.

—¡Greg! Ni siquiera bromees con eso.

—Te convertirías en la nueva directora ejecutiva de Farnham —dijo Ralston en tono burlón, pero siguió un largo silencio. Estaban detrás de mí, pero me los imaginé mirándose incómodos mientras el momento se alargaba. Entonces Valerie Archer soltó una risa suave, melosa.

—No creo que eso funcionara como tú quieres, cariño. Si a Ferris le ocurre algo malo bajo tu vigilancia como jefe de seguridad, seguramente tendría que despedirte.

—Estoy lista para la siguiente sala, Luis —interrumpió la voz fuerte de una mujer.

—¡Todavía estoy mirando! —gritó el anciano, claramente duro de oído.

—Porque está desnuda —le respondió la mujer a gritos, tirando a Luis del brazo—. Sigues mirando porque está *desnuda*.

Greg y Valerie se rieron juntos, divertidos por la pareja de ancianos, y comenzaron a dirigirse hacia el arco de salida.

En ese momento, un sonido como de cañón resonó por toda la sala. Instintivamente, rodé del banco al suelo, levantando la mirada justo a tiempo para ver a Greg Ralston meter la mano suavemente en su chaqueta y sacar un revólver de una pistolera de hombro. Valerie Archer gritó.

Desde el otro lado de la sala, Hao el guía gritó —¡ARMA!— y saltó hacia Ralston, agarrándole la muñeca con ambas manos. Me preparé para los disparos, pero nunca llegaron.

Supongo que Hao había pretendido derribar a Ralston y quitarle el arma, pero por supuesto eso no fue lo que ocurrió. El hombre era una montaña, y el guía probablemente pesaba 140 libras como máximo. Greg lo agarró por la espalda de su uniforme y lo echó hacia atrás. Luego, después de mirar rápidamente alrededor de la sala, volvió a guardar el revólver en su funda.

—¡Quién es usted! —exigió el guía.

—Lo siento —gruñó Ralston, aunque no sonaba particularmente arrepentido—. Soy especialista en seguridad. Tengo licencia para esto.

—Bueno, no debería tenerla aquí. Podría haber matado a alguien.

—¿Qué demonios fue ese ruido? —respondió Ralston.

Hao respiró profundamente, supuse que la adrenalina aún corría por sus venas.

—Fue una pelota perdida, del Harrison Park de al lado. Golpeó el techo. Ocurre de vez en cuando.

—¿Estás bien? —preguntó una voz a mi lado. Me giré y vi a Valerie Archer recogiendo mis gafas rotas del suelo de madera. Extendió una mano para ayudarme a levantarme.

—Sí. Solo mi orgullo —dije mientras me ponía de pie. La pareja mayor había huido de la sala aterrorizada.

—Pero tus gafas están destrozadas —dijo, sosteniéndolas a contraluz. De repente pareció intrigada y las miró más de cerca—. No tienen ningún aumento.

—Cierto —murmuré, cogiéndole las gafas—. Son solo de adorno.

Archer sonrió con complicidad y se inclinó hacia mí.

—A mí también me parecen románticos los museos —susurró—. Un gran lugar para una cita secreta.

Recogí mis cosas. Hao y Ralston seguían hablando en voz baja. Hao estaba claramente todavía enfadado porque alguien hubiera traído un arma de fuego al museo.

—Sí, bueno —dije con un poco de tristeza en mi voz—. Parece que mi cita no va a presentarse. Tengo que volver al trabajo.

—Adiós —dijo Archer, y volvió hacia Greg Ralston. Sentí otra punzada por haberle robado su tarjeta de crédito. Quizás algún día se lo compensaría.

Me dirigí a la puerta y salí a la luz del sol, convencida de que Ralston estaba profundamente nervioso por *algo*, o de que era hora de que encontrara un nuevo trabajo, quizás coleccionando sellos o alguna otra cosa que fuera tranquila y silenciosa.

26

Desde un banco tranquilo en el parque, llamé a Marty con mi nueva tarjeta SIM de superespía. Alcé la cara hacia el cálido sol primaveral. Era otro día hermoso para seguir con vida.

Marty quería hablar más sobre la tecnología de la SIM que sobre Greg Ralston.

—Por favor, Marty, ¿puedes investigar a Greg Ralston otra vez? Especialmente lo antiguo. Quiero saber cómo llegó a asociarse con Farnham y si tenía alguna relación con Blalock.

Marty hizo una mueca a través de la línea.

—Haré lo que pueda. ¿Por qué no le preguntas a Aldo Frances?

—Gracias. Lo haría, pero todo parece tan hermético. Quiero mantenerme fuera de este círculo de Farnham y Blalock. Todo parece conectado e incestuoso, y Aldo es parte de ese círculo. Además, me cae bien y me preocupa que sea el siguiente en la lista de objetivos. No quiero llamar más la atención sobre él. Arrastrarlo al partido de béisbol fue una idea estúpida. Podría haberlo matado.

—Vale, entonces nos centramos en Ralston.

—Por ahora. La teoría en la que estoy trabajando es que Ralston está intentando que su novia, Valerie Archer, sea ascendida a directora ejecutiva de Farnham, lo que significa que Ferris Farnham posiblemente siga en peligro.

—¿Qué hay de Pershing y esa persona, Salerno?

—Bueno, podrían estar detrás, es cierto. O podrían ser una pista falsa, o podrían ser ambas cosas: Pershing desestabilizando la industria de las telecomunicaciones y Ralston intentando aprovecharse.

—¿Qué hay de Valerie Archer o Belinda Blalock?

—Ay, Marty, no lo sé —hice una pausa para considerar—. Aldo confirma la afirmación de Belinda de que no gana nada con Illcom, así que no veo cuál sería su motivo.

—Por eso me gusta ella como sospechosa. Siempre son los que menos sospechas. De hecho, casi siempre es el jefe de policía. ¿Ya hemos investigado al jefe de policía?

—No, y no vamos a hacerlo.

—¿Y Archer?

—Bueno, tiene el motivo y el acceso a la tecnología, pero no lo creo. Fue realmente muy amable conmigo en el museo.

Marty resopló.

—¡Kay, por favor!

—Lo sé, suena estúpido. A veces uso mi cerebro, a veces mi instinto. Es lo que hacen los policías.

—Sí, bueno, soy un informático, me quedo con el cerebro. Tengo que irme. Mi instinto me dice que tengo hambre.

—Vale, amigo. Hazme un favor y pon a Ruby al día de todo esto. Voy a vigilar el edificio Farnham un rato a ver si puedo observar algo allí.

El edificio Farnham estaba un poco alejado del centro, en Cabrini-Green, no lejos de mi antigua comisaría. Sabía por mis investigaciones sobre Farnham que había elegido esta zona para señalar su fe en la verdadera renovación urbana. Entre los edificios de oficinas y condominios que surgían en el lugar de las antiguas viviendas públicas, Farnham planeaba construir apartamentos de tamaño mediano y con alquiler controlado para los empleados de Farnham. Un tipo extraño, este Ferris. Hacía todo bien sobre el papel: brillante, virtuoso, ilustrado; pero en persona parecía intensamente antipático. No sabía muy bien qué pensar de él. Quizás su vínculo con Blalock era fuerte porque realmente no tenía otros amigos.

Me senté en un banco del Parque Seward, desde donde tenía una vista clara del frente del edificio. Esto me ponía nerviosa. Tenía que recordarme constantemente: pelo nuevo, ropa nueva. Nadie me reconocería.

Llevaba una falda gris y una blusa azul claro, con zapatos de tacón bajo que eran elegantes, pero con los que podía correr si lo necesitaba. No creo que ninguno de mis compañeros policías me hubiera visto alguna vez con algo que no fuera un uniforme, o vaqueros y una sudadera. Era cierto lo que había dicho Nicholas: cambiar de clase social te hace más invisible. Incluso mi capitán probablemente pasaría junto a mí sin mirarme dos veces.

Nicholas. Pasé un tiempo pensando en Nicholas, porque las vigilancias pueden provocar ensoñaciones. Es un efecto secundario común.

—Hola, Kay —le oí decir, y luego sentí una mano real en mi brazo.

—¡Dios! —grité, levantándome de un salto y tirando mi botella de agua al suelo.

Era él, Nick, en el parque, con una mano tranquilizadora en mi hombro.

—Vaya, tranquila. Lo siento.

Me senté de nuevo en el banco, respirando pesadamente. Él se sentó a mi lado, tan real como podía ser.

—No, lo siento yo. Estaba distraída y tú simplemente... bueno, me has dado un susto de muerte —me arreglé la blusa y me llevé una mano a la cabeza para comprobar que mi peluca no se había desplazado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Pasaba por aquí y te vi. Me sorprende que estés en público, incluso con el disfraz. Debe ser estresante —su voz era suave y sonaba a como sabe el helado de arce.

—Supongo que estoy un poco nerviosa —dije. Y luego solté una risita. Nerviosa era quedarse corta.

—Estaba pensando en ti —dije—, y simplemente apareciste. Creo que ahora voy a pensar en un millón de dólares.

Se rio.

—Entonces, ¿qué haces por aquí?

—Vigilando el edificio Farnham.

—Ya lo veo. ¿Esperando a Ferris Farnham?

—No, a Greg Ralston, en realidad.

—¿El jefe de seguridad?

Entrecerré los ojos mirándole.

—Espera un momento, ¿cómo sabes sobre Greg Ralston?

—Realmente no sé nada...

—¿Me estás vigilando?

—No, yo...

—¡Sí lo haces! Me estás siguiendo —le clavé mi dedo en el pecho.

—El tío Elgort...

—¿No cree que pueda hacer esto por mi cuenta? ¿Es eso? ¿La niñita asustada?

Él simplemente hizo una pausa, mirándome hasta que dejé de hablar.

—Está preocupado por ti. Él, nosotros, no queremos que te pase nada.

—¿Por qué?

—Se siente culpable, por supuesto.

Asimilé esto durante un minuto.

—¿Por el tío Nick?

Nicholas suspiró.

—No fue culpa del tío Elgort. No directamente. Supongo que te das cuenta de que llevo el nombre de tu tío Nick, ¿no?

—Supongo que sí, a cierto nivel. Realmente no había hecho la conexión hasta la otra semana en la tienda de muebles. Me temo que había olvidado un poco a la familia Shelby hasta que ocurrió todo esto.

—Ya veo —se frotó la barbilla con la mano.

—Oh, vamos —dije, indignada—. Fue hace siglos. Y el tío Nick estaba más unido a Eldon que a su propio hermano.

—Por supuesto que lo estaba.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Porque papá era policía y no le parecía bien andar con la mafia?

—No, claro que no.

—¿Entonces qué? —escudriñé su rostro, que mostraba una expresión de incredulidad.

—¿Tu padre nunca te lo contó?

—¡Mi padre lleva muerto doce años!

—Eldon y Nick eran más que cercanos, eran pareja.

—¿Una...?

—Exacto. Intentaron mantenerlo en silencio, pero el tío Elgort lo descubrió. Y, para que conste, a él le parecía bien. Sin embargo, algunos de sus asociados no opinaban igual.

—La explosión... —mi boca estaba abierta por el asombro.

—Exacto. El tío Elgort siempre ha asumido que fue en represalia por algo, o simplemente por ser gay. En cualquier caso, siempre se ha culpado por no poder protegerlos.

Estaba atónita. No por su relación, eso no era gran cosa, aunque quizás si estás en el crimen organizado todavía hay algunos prejuicios persistentes. No, estaba atónita porque durante todo este

tiempo, había creído que el tío Nick murió en una explosión de gas. Que fue un accidente.

Pensé en el anciano, el tío Elgort. Cuando eres el jefe de un sindicato del crimen y alguien hace volar a tu hijo, es inevitable que pienses que todo es culpa tuya. Incluso si Eldon y Nick hubieran estado metidos en asuntos turbios, Elgort argumentaría que solo estaban en ese negocio por él.

—¿Sigues aquí? —preguntó Nick.

—¿Eh? Oh, sí. Lo siento, a veces me pasa —me giré y le miré en el banco junto a mí, y algo se agitó dentro de mí. Empezaba a gustarme realmente este chico—. ¿Te gustaría cenar más tarde?

Sus cejas se dispararon hacia arriba.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Mmm... ¿sí? —Honestamente no me parecía tan extraño—. No somos realmente primos ni nada, ya sabes. Si no estás interesado, bien, solo sentí...

—¿Qué?

—No sé. Sentí que estábamos conectando.

Él se volvió hacia mí.

—En realidad, parece que sobre todo hemos estado discutiendo.

—Exacto —repliqué.

Suspiró. No era un suspiro de profunda infatuación emocional. Era el tipo de suspiro que le das a un niño pequeño que se porta mal.

—O no —dije apresuradamente, y comencé a recoger mis cosas.

—No es eso, Kay —dijo suavemente—. Es solo que, ¿no estás un poco ocupada ahora mismo?

—Hay algo de tiempo muerto, ¿sabes? Sentada en bancos. Sentada en coches —puse mi botella de agua de vuelta en mi bolso—. Hay mucho tiempo sentada. Además, me estás siguiendo de todos modos, ¿no?

—Mira, Kay. Me gustas, de verdad —sus ojos eran grandes y marrones. Odiaba que me rechazaran antes incluso de empezar. Especialmente alguien con ojos así. Y manos.

—Pero...

—Pero no voy a enredarme contigo mientras todo esto está pasando. Tienes que estar al cien por cien todo el tiempo. Esto es urgente.

—Por eso lo he mencionado ahora —insistí—. Podría estar muerta la semana que viene. Diablos, podría estar muerta o en la cárcel mañana, y entonces habría perdido mi oportunidad.

—Sea como fuere —comenzó.

—¿Sea como fuere? —le interrumpí.

—¿Qué?

Empecé a reír.

—Acabas de soltarme un "sea como fuere".

Sonrió.

—A veces sueno como un anciano.

—Anciana.

—Vale. Pero mi punto sigue siendo el mismo. Si limpias tu nombre y resuelves esto, te llevaré a The Drake para la mejor cena de tu vida.

—The Drake no.

—¿Qué tiene de malo The Drake?

—Una larga historia, ¡que nunca oirás si esperas hasta que esté muerta!

—Tendré que arriesgarme —me tocó el hombro suavemente—. Ten cuidado, Kay —dijo, y se dio la vuelta y se alejó.

Me quedé mirándole mientras se iba, fantaseando con esa cena, y después de la cena, y después de eso. Sin embargo, antes de que mi fantasía llegara demasiado lejos, volví a la realidad cuando Greg

Ralston salió del edificio al otro lado de la calle. Me levanté de un salto, tiré mi envoltorio del almuerzo de Tabaq en la papelera y me lancé en su persecución.

27

Iba a pie, así que lo seguí a pie, manteniéndome bien atrás, aunque él parecía concentrado en su destino. Apenas miraba hacia arriba o a su alrededor.

Necesitaba ver a Ralston interactuar directamente con alguien, cualquiera, que pudiera estar dirigiendo todo esto: Salerno, Watkins o algún otro de Pershing. O como dije, tal vez *él* lo estuviera dirigiendo, en cuyo caso necesitaba verle hacer algo propio de un cerebro criminal. Algo que pudiera llevar a la policía.

Le seguí doblando la esquina hacia La Salle y luego a la derecha en Goethe. Parecía dirigirse hacia el lago, probablemente a uno de los edificios de oficinas que hay allí, pero ¿quién sabe? Me di cuenta por centésima vez que realmente no había hecho mis deberes. ¿Quién era Ralston en realidad? Necesitaba un investigador en mi equipo, y no solo un hacker como Marty. Necesitaba tomarme el tiempo para conocer a las personas a las que me enfrentaba, para no seguir cometiendo los mismos errores estúpidos.

Reconozcámoslo, era una aficionada. Una espía aficionada. Así se llamaría mi biografía: *Kay Riley, la espía aficionada*. Con suerte, conseguiría un documental en el Canal Historia. La actriz esa de *Juego de Tronos* me interpretaría durante las reconstrucciones. Ygritte.

Tendrían que ser reconstrucciones porque, por supuesto, yo estaría muerta. Porque se me da fatal esto. Solo la suerte y algunas artimañas me habían llevado hasta aquí. Y un poco de ayuda de mis amigos. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. Me juré que después de hoy, lo ralentizaría todo, crearía un plan estratégico y lo ejecutaría. Quizás con una presentación de PowerPoint. Y si eso no funcionaba, me largaría de la ciudad y del país. No se necesita mucho dinero para vivir en Centroamérica, ¿verdad? El sol sería un

problema. Mi piel simplemente no se broncea. ¿Qué tal Saskatchewan?

Más adelante, Ralston giró a la derecha y atravesó Goudy Square Park, un pequeño parque infantil que conocía por mis patrullas; a los adolescentes les gusta pasar el rato allí después del anochecer y hacer las cosas que hacen los adolescentes. Un destello de las luces azules solía hacer que se marcharan, sin que yo tuviera que salir del coche patrulla. Le seguí hasta el parque.

Mientras pasaba bajo los árboles, escuché —sentí, en realidad— un sonido silbante detrás de mí, como si algo cayera desde arriba. Me giré con el antebrazo levantado y el puño cerrado, haciendo contacto milagrosamente. Algo, tal vez una pistola, repiqueteó en el camino de cemento.

Una mano plana me golpeó en el pecho, y retrocedí tambaleándome varios pasos, luchando por mantener mi respiración. La comida paquistaní en mi estómago hizo un ruido, pero se quedó en su sitio.

Frente a mí estaba Selena Salerno, riéndose. Llevaba botas negras, con unos ajustados pantalones de cuero rojo. Su largo cabello castaño estaba recogido en una coleta, y vestía una ajustada chaqueta negra corta. Miré rápidamente hacia un lado para ver una caja de plástico negro destrozada en el suelo. Tenía una correa de velcro.

—¡Eso es mi táser! —jadeé, recuperando el aliento.

—No deberías dejar tus cosas por ahí tiradas —se rió. Hablaba con un acento encantador.

—¿Mataste a Alan Watkins?

Frunció el ceño.

—Yo no mato a la gente —dijo.

Bueno, al menos eso era alentador.

Miré rápidamente alrededor, pero mis opciones eran terribles. Ralston no estaba por ningún lado. Dudaba que pudiera ganar a

Salerno en una carrera, y las probabilidades de vencerla en una pelea solo parecían del cincuenta por ciento. Ella estaba en una forma física increíble, pero yo había estado entrenando mucho, y me sentía bastante segura de mi rudimentario taekwondo. Lo había aprendido en el entrenamiento policial hace una década, pero recordaba la mayor parte.

Podría gritar pidiendo ayuda, pero era una fugitiva buscada y, además, el parque estaba desierto. ¿Dónde estaban todos los niños? ¿Las niñeras? Era mediodía, por el amor de Dios.

—Así que el rojo es el color de hoy, ¿eh? Realmente ayuda a pasar desapercibida.

—*Tú* no me viste venir.

Ignoré eso.

—¿Solo necesitabas un cambio de ritmo?

Salerno volvió a reírse.

—De hecho, Riley, tienes toda la razón. A veces el traje blanco queda descartado. Es refrescante trabajar con otra mujer. Siento que nos entendemos.

—Bonita chaqueta —dije, continuando con mi táctica dilatorio mientras esperaba que se me ocurriera un plan.

—A veces necesito bolsillos —se encogió de hombros.

—Pero no los necesitaste el otro día, cuando estabas robando secretos corporativos a Ferris Farnham.

—Oh, pobrecito. —Agitó su coleta hacia atrás—. Pobre Ferris Farnham. Pensaba que iba a controlar Illcom, pero estaba equivocado. Es un bebé grandote.

Me aparté ligeramente, hacia el conjunto de barras para trepar, pero ella me igualó paso a paso, sonriendo como el Gato de Cheshire todo el camino.

—¿Qué era ese documento, de todos modos? —pregunté, como sin darle importancia.

—Un menú para llevar.

Dio un paso hacia mí, y di otro paso atrás, pisando las astillas de madera que se usan como amortiguación para los niños que se caen de la estructura de juego. Me estaba acorralando contra una pared. No tenía elección. Iba a tener que pelear con ella.

—Eres hilarante —dije, y entonces le lancé astillas de madera a la cara, saltando hacia ella con una patada lateral deslizante.

Selena Salerno se apartó como una bailarina, girando sobre una pierna fuerte y perfecta mientras traía la otra por el aire para que su pie con la bota conectara con mi cabeza.

Una luz blanca explotó en mi visión y caí, con fuerza, al suelo. Jesucristo, ¿en qué estaba pensando? ¡Por supuesto que sabía pelear! No era una delicada bailarina. Era una ninja latina, o como se diga en español.

Giré sobre mi estómago e intenté ponerme a gatas, pero mi cabeza se sentía del tamaño y peso de un Mini Cooper, y la sangre goteaba en mi ojo izquierdo. Traté de limpiarla con mi mano izquierda, pero perdí el equilibrio y caí de lado. Abrí mi ojo derecho para verla agacharse a mi lado. Con un tirón, me arrancó la peluca negra larga de la cabeza y la tiró a un lado. Mis gafas ya habían desaparecido hacía tiempo. Sentí sus dedos en mi pelo rojo, que había crecido lo suficiente como para que pudiera agarrarlo. Conveniente.

—Ah, *sí* —dijo—. Red Riley, ahí está.

—No me llames así —murmuré, intentando ponerme de nuevo a gatas. Ella me ayudó tirando con fuerza de mi pelo, arrastrándome hacia delante hasta que mi cabeza golpeó contra un poste metálico del conjunto de barras, haciendo que las estrellas volvieran a aparecer. Mi visión seguía blanqueándose, lo que dificultaba contraatacar mientras ella me pateaba en las costillas, haciéndome rodar sobre mi espalda. Entonces se puso a horcajadas sobre mí, inclinándose, su cara se cernía sobre mí y su coleta caía sobre mi rostro. Me agarró por debajo de los brazos y me levantó hasta una posición sentada, recostándome contra las barras metálicas.

Me separó las piernas de una patada, más y más, hasta que oí y sentí que mi falda se rasgaba, y luego se arrodilló entre ellas, con su cara a solo centímetros de la mía. Pasó sus dedos por mi pelo de nuevo.

—Me gusta más la verdadera tú —dijo. Solo pude gemir mientras mi cabeza se inclinaba hacia un lado.

Metió la mano en el bolsillo y sacó algo grande y redondo que brillaba con el sol. Oh genial, pensé a través de una niebla de dolor y sangre, iba a ser esposada, otra vez. Me dejaría aquí, encadenada al conjunto de barras sin mi disfraz, para que la policía me encontrara. Bueno, era mejor que ser asesinada, supuse.

Salerno se levantó y se alejó, saliendo del parque, mirando hacia atrás una vez para lanzarme un beso, con sus botas repiqueteando en el cemento.

Miré mi muñeca y me di cuenta de que me había equivocado. No eran esposas. Era algo peor.

En mi muñeca izquierda había un ancho y reluciente brazalete de cobre, con una luz verde brillando en el centro como una esmeralda preciosa.

Me había convertido en una bomba.

28

Era una bomba. La idea seguía martilleando en mi cabeza. Me esforcé por ponerme de rodillas y miré de nuevo la luz verde sólida en la pulsera. Era una bomba.

Busqué por el suelo a mi alrededor. Las gafas estaban aplastadas, y la peluca era inútil: enmarañada y llena de astillas. Me arrastré hacia mi bolso y encontré algunos pañuelos que podía usar para limpiar la sangre de mi ojo. Parecía venir de la parte superior izquierda de mi frente. Encontré unas servilletas viejas y las presioné con fuerza contra la zona. La cabeza me daba vueltas.

Era una bomba.

Examiné la pulsera más de cerca. Era gruesa y tosca, presumiblemente llena de algún tipo de explosivo, o quizás estaba hecha de explosivo. No lo sabía. Tenía una bisagra, pero ningún cierre. Debía encajar en sí misma y bloquearse. No había forma de abrirla. Mi respiración no se calmaba. La sangre me palpitaba. La única otra característica notable era una pequeña clavija, como para unos auriculares.

Estaba rebuscando en mi bolso más servilletas cuando un teléfono sonó con fuerza, justo detrás de mí. Grité en voz alta y me giré para no encontrar a nadie, pero sobre un balancín cercano había un móvil negro de tapa. Mientras lo miraba, sonó de nuevo. Esta vez no grité, pero aun así di un brinco de casi medio metro.

No era mi teléfono. El mío seguía en mi bolso. Pero tenía que ser para mí. No es posible que alguna madre futbolera hubiera olvidado su teléfono, y que casualmente sonara justo en el momento álgido de mi crisis. Además, ya nadie usaba teléfonos viejos como ese. Selena Salerno lo había dejado para mí.

El teléfono sonó de nuevo mientras me acercaba con cautela. Todavía sujetando las servilletas contra mi cabeza, alargué la otra mano y recogí el teléfono, abriéndolo con una sola mano.

—¿Diga? —dije, esperando oír su voz con acento.

—¡No cuelgue, agente Riley! —dijo una voz computarizada.

Colgué. ¿Qué demonios estaba pasando? Pensaba que estaba siendo muy cuidadosa, recorriendo la ciudad con mi ropa sexy y mi pelo oscuro, pero alguien había sabido dónde estaba todo el tiempo, y lo que tramaba.

El teléfono sonó otra vez. Y siguió sonando. Me quedé mirándolo hasta que, de repente, la luz verde de la pulsera se volvió amarilla. Contesté el teléfono en pánico.

—¡Vale, vale, vale! —escupí al teléfono—. Estoy aquí, ¿vale? Lo entiendo.

La luz amarilla volvió a verde, un color que siempre me ha encantado. Evidentemente, la persona al teléfono podía controlar la pulsera.

—Eso está mejor, agente Riley —dijo la voz robótica monótona.

—¿Quién demonios er-

—Por favor, no hable, Riley. Solo escuche.

Me mordí la lengua, girando en círculo para ver si alguien me observaba, pero podrían estar en cualquier parte. En cualquier lugar del planeta. Usándome como bomba.

—¿Qué? —dije de nuevo al teléfono—. Lo siento, me perdí esa parte, ¡estaba distraída pensando cómo voy a encontrarte y arrancarte el maldito corazón del pecho!

—Vamos, vamos. Recuerde. Yo hablo, usted escucha. Primero —continuó la voz—, NO hará ninguna llamada con este teléfono, ni con su otro teléfono. Estamos vigilando y escuchando. Lo sabremos.

—¿Ese es el plural mayestático, o hay un montón de vosotros, gilipollas cobardes? —di una patada al balancín por rabia. No sirvió de mucho.

—Suficiente. Es hora de ponerse en marcha. Va a volver por donde ha venido, y se va a reunir con Ferris Farnham.

—¿Para que puedas usarme como bomba y volarlo por los aires? Estuve allí la última vez, ¿sabes? Carter Blalock no siguió vuestro plan. Se hizo estallar a sí mismo. ¿Qué te hace pensar que yo no haré lo mismo? Vais a matarme de todos modos, ¿verdad?

—No tengo intención de matarla, a menos que no siga mis instrucciones. Haga lo que se le dice —entonó la voz sin inflexión—, y la pulsera se caerá y podrá volver a ser una fugitiva de la justicia. Quizás debería considerar un cambio de escenario.

—Esta es mi maldita ciudad.

—Como quiera, mujer testaruda. Aunque supongo que por eso sigue viva.

—¡Por supuesto!

—Por ahora —dijo la voz, y la luz de la pulsera se volvió amarilla durante un breve segundo, luego volvió a verde. Una advertencia.

—De acuerdo, de acuerdo —dije. Era difícil discutir con alguien que nunca levantaba la voz ni se enfadaba—. Lo haré.

—Por supuesto que lo hará.

—Si no tienes intención de hacerme estallar, ¿para qué me envías a ver a Farnham?

—Usted es simplemente una mensajera. Él va a darle algo, y usted va a entregarlo donde yo le diga. Después, será libre de irse.

No me creí eso ni por un segundo.

—¿Qué voy a recoger?

—Cinco millones de dólares.

Vaya.

—Muy bien, entonces —dije con naturalidad fingida—. ¿Qué hago una vez que llegue al edificio? Soy una mujer un tanto buscada.

—No se preocupe, solo mantenga la cabeza baja. Póngase una gorra, creo que tiene una en su bolso. Greg Ralston la recibirá en la puerta principal. La están esperando.

¡Ralston, otra vez!

—¿Eres tú, Greg Ralston? —pregunté con suspicacia.

La voz computarizada se rio, o al menos dijo "ja ja ja". No resultaba muy convincente. —Nos hemos visto dos veces, Ralston —dije al teléfono—, y no tenías ni idea de quién era yo.

—Usted no me conoce, Riley. El señor Ralston actúa en nombre de Ferris, y se asegurará de que llegue a la planta superior sana y salva, y también de que salga del edificio.

—Pero-

—Basta. Haga lo que se le dice. Está siendo vigilada. Si desobedece, será eliminada y simplemente usaré a otra persona, como a la señora Martynek, o a su sobrino. —El teléfono quedó mudo.

¡Maldita sea! ¡Maldición!

Empecé a moverme fuera del parque y de vuelta hacia el Edificio Farnham. Saqué mi gorra de los Cubs y me la puse suavemente en la cabeza, usándola para sujetar las servilletas contra el corte en mi frente. Tenía unas seis manzanas para elaborar un plan para salir de esto, proteger a mis amigos y resolver el misterio.

¿Qué tan difícil podía ser?

29

¿Lo ves? Solo me tomó dos manzanas resolver el misterio y formular mi plan. Sin embargo, tendría que seguir adelante con la recogida para confirmar mi corazonada.

Mientras tanto, miré hacia delante y al otro lado de la calle, buscando mi objetivo con la mirada, y allí estaba: una antigua farmacia Jewel Osco. Crucé la calle y me dirigí a la entrada.

Inmediatamente sucedieron dos cosas. La luz de la pulsera se volvió amarilla y el teléfono de tapa sonó.

—¿Qué estás haciendo, Riley? —dijo la voz computarizada, sonando realmente un poco alarmada, dentro de lo que cabe para una máquina sin alma.

—Estoy sangrando por todas partes.

—Vuelve a la calle.

—No, no puedo ver nada. Tu chupacabras me ha partido la frente y se me han acabado las servilletas. Voy a comprar gasas y esparadrapo y llevarlas al baño.

—No tenemos tiempo para esto —dijo la voz.

—Entonces hazme explotar, listillo —dije con firmeza.

Hubo un silencio durante un largo momento, durante el cual pensé que podría hacérmelo encima del miedo. Finalmente, la voz habló de nuevo.

—Estamos vigilando las entradas.

—Entendido.

—Estamos monitorizando los teléfonos.

—Ajá.

—No hablarás con el cajero, ni indicarás de ninguna manera que necesitas ayuda.

Miré al cajero, que me había estado mirando boquiabierto desde que entré. ¿Era por la sangre? ¿O por la generosa cantidad de muslo que sobresalía de mi falda rasgada? Quizás decir "hazme explotar" por teléfono estaba transmitiendo una imagen equivocada. Le sonreí y me dirigí al pasillo de primeros auxilios.

—Vale, Hal —dije al teléfono—, y no olvides que hay una ventana en el baño de mujeres. Será mejor que pongas a Simone Biles a vigilar el callejón trasero.

—Si no vuelves a la acera en cinco minutos, te haré explotar a ti y a toda la farmacia en pedacitos muy pequeños —Colgó.

—¡Vale! —dije alegremente al teléfono—. ¡Hasta luego, cariño! — Cogí las vendas que necesitaba y me dirigí rápidamente hacia la parte trasera. No tenía mucho tiempo.

Solía venir a esta tienda con frecuencia para tomar un tentempié cuando estaba de patrulla, en aquella época en que comía dulces, cosa que ya NO hago en absoluto. Especialmente tazas de mantequilla de cacahuete. Efectivamente, en la parte trasera de la tienda, junto a los baños, había una vieja cabina telefónica. Tal vez la última en esta parte de la ciudad.

Corrí hacia ella y dejé caer mi bolso, rebuscando algunas monedas. Llamé a Ruby y le conté todo apresuradamente, esperando que oyera al menos la mitad de lo que estaba diciendo y lo que le pedía que hiciera.

Colgué mientras ella estaba a mitad de frase, sin darle realmente la oportunidad de objetar, y me precipité al baño. Me quité el gorro y las servilletas ensangrentadas, lavé el feo corte, pegué unas gasas limpias sobre él. Me lavé la suciedad y los restos de maquillaje de la cara, y me miré fijamente al espejo por un largo momento. Me sorprendió ver que parecía más enfadada que asustada. Porque ciertamente me sentía asustada.

Vale, estar enfadada era bueno. Podía trabajar con eso. No quería llevar más el gorro, porque me dolía tanto la cabeza, y en cierto modo me sentía lista para ser yo misma de nuevo, y no me gustaba

tanto esconderme. Por otro lado, me di cuenta de que si la policía me detenía, hacerme explotar sería la solución más fácil para ese cabrón.

Así que me puse la gorra de los Cubbies, cogí mi bolso y salí de la farmacia, dirigiéndome de nuevo hacia el Edificio Farnham. Debo haber resultado convincente, porque la luz amarilla volvió a ponerse verde.

Mis ojos escudriñaban de un lado a otro, a ambos lados de la calle, pero no vi a nadie vigilándome o siguiéndome. Eran *realmente* buenos. Tampoco vi ningún policía.

Dos minutos más, y entré por la puerta giratoria al atrio de ocho pisos del Edificio Farnham, con los ojos inevitablemente elevados hacia arriba, hacia el magnífico techo.

—¿Señorita Riley?

Di un respingo y bajé la mirada hacia el rostro fuerte y oscuro de Greg Ralston.

—La estaba esperando —dijo.

30

Una vez más, estaba de pie junto a Greg Ralston en el ascensor de Farnham. Empezaba a odiar este edificio. Canté "Hay una brillante bruma dorada en la pradera..." y luego me detuve.

Ralston volvió hacia mí sus sorprendentes ojos oscuros y su correspondiente ceño fruncido. No podía decir si era en señal de reconocimiento, o si simplemente era un cabrón cascarrabias que no disfrutaba de un buen musical.

—Greg, ¿llevas alguna vez a Valerie al Goodman a ver una obra? — No sé qué me pasaba, quizás la pérdida de sangre, o humor de patíbulo. De repente todo me resultaba gracioso, y no podía evitar provocarle.

Él estaba menos alegre al respecto. Me agarró del brazo con fuerza y se giró para poner su cara justo frente a la mía.

—No sé a qué estás jugando —me gruñó.

—¿El arte mexicano es tu favorito? ¿O fue elección de Valerie?

Eso fue el colmo. Me empujó contra la pared del ascensor, su mano derecha extendida presionando firmemente contra mi pecho, la izquierda levantada como si fuera a golpearme.

Levanté mi mano entre nosotros.

—Mira esto, Ralston. —Sus ojos fueron atraídos instantáneamente hacia la pulsera.

—Sabes lo que es esto. Carter Blalock te mostró una igual cuando vino aquella noche. Te pidió que fueras a buscar ayuda. Y quizás lo hiciste, quizás corriste a llamar a Aldo Frances, la persona más inteligente que se te ocurrió.

—O quizás no llamaste a nadie, porque sabías que si Blalock y Farnham morían, tu novia se encontraría en una posición mucho más poderosa.

—Pero no llamaste a la policía. Alguna recepcionista que trabajaba hasta tarde nos llamó. Y entonces ya era demasiado tarde.

Su mano contra mi pecho no vaciló ni disminuyó su presión.

—Vamos a subir allí para amenazar a Farnham, y o formas parte de esto, o no. Y si no lo haces, no puedes detenerlo. Si no sabías que formabas parte de esto, entonces quizás alguien te está utilizando. Alguien en quien confías.

Empujó un poco más fuerte contra mi pecho. Sus dedos extendidos abarcaban toda la distancia entre mis hombros. Sus ojos brillaban de ira.

Justo entonces el ascensor sonó. Habíamos llegado a la planta 25. Ralston retrocedió y bajó el brazo, girándose rápidamente y sacándome del ascensor de un tirón. Me arrastró a través del área de recepción hacia la oficina de Farnham, pero seguía mirando por encima de su hombro hacia la puerta de Archer.

—Hola, Janice —dije alegremente, saludando mientras pasábamos el mostrador. La recepcionista me miró de forma extraña, pero no respondió. Ralston puso una de sus enormes manos en la parte posterior de mi cuello para dirigirme en la dirección que él quería, tirando mi sombrero en el proceso. No intenté volver a recogerlo. El tiempo de los disfraces había terminado.

Dentro de la oficina de Farnham, las cosas no parecían muy zen, aunque el pequeño altar budista seguía en la esquina. Farnham estaba de pie cerca de su escritorio, y Valerie Archer estaba apoyada con la espalda contra la ventana de cristal. Claramente habían estado teniendo una discusión acalorada, y se habían retirado a sus respectivas esquinas justo antes de que entráramos.

Mientras era llevada al centro de la habitación como un sapo, no pude evitar mirar al techo. ¿Estaría la maravillosa señorita Salerno agachada allí arriba, escuchando cada palabra? Probablemente no, ya que ciertamente sabe que podría explotar en cualquier momento. Aun así, podría haber plantado una cámara o un micrófono la última

vez que estuvo escabulléndose por ahí arriba. Sería mejor tener cuidado con lo que decía.

—Tranquilo, Greg —dijo Farnham, cuando vio la forma en que Ralston me arrastraba. Ralston me soltó. Miró a Valerie y luego de nuevo a Farnham. ¿Era posible que Ferris no supiera lo de ellos dos? Menudo idiota.

—Puedes irte ahora, Greg.

Ralston no se movió.

—Lleva un dispositivo explosivo —le dijo a Farnham con voz serena. Al otro lado de la habitación, Archer jadeó.

—¿Como Carter? —preguntó Farnham, pero no se movió.

—Exactamente. Y no tiene control sobre él —añadió—. Y está loca.

Fruncí los labios y le lancé un beso, luego comencé a caminar hacia los archivadores.

—No te muevas —me amenazó Ralston.

—¿O...? —pregunté.

—Estoy bastante seguro de que puedo romperte unos cuantos huesos sin hacer explotar la bomba —replicó Ralston.

—¡Greg! —Era Valerie Archer, con su delicada sensibilidad escandalizada.

—Puedes irte, Greg —repitió Farnham—. Y llévate a Janice abajo contigo. Será mejor que también desalojes la planta 24, solo para estar seguros.

—Creo que la señorita Archer también debería venir —dijo Ralston.

—Hay razones por las que necesita quedarse —dijo Farnham, sin quitar los ojos de Ralston—. Todo va a salir bien, Greg.

Miré a Valerie Archer, que parecía que preferiría irse con Ralston. Durante un tiempo, había estado en mi lista de sospechosos, aunque cuando tuve la oportunidad de estar cerca de ella en el museo la taché. Mi intuición me decía que no era una asesina. Y, si ella *fuera*

la villana, y estuviera de pie allí en la habitación mientras ocurría el desenlace, estaría muy por encima de mi liga. Eso sería un movimiento tremendamente frío.

—Todo va a salir bien, Greg —dijo, repitiendo inconscientemente lo que Farnham acababa de decir.

Ralston apretó los puños. Si esto fuera un dibujo animado, le estaría saliendo vapor por las orejas. Y todo sería más gracioso.

—Ve a desalojar a la gente, Greg —dijo Valerie con calma—. Solo por si acaso.

Greg Ralston se dio la vuelta sin decir palabra y salió de la oficina.

—¡Adiós, Greg! —le grité mientras la puerta se cerraba. Me volví para mirar a Archer—. Es un verdadero encanto.

—Oficial Riley —dijo Farnham, interrumpiéndome—. Parece estar muy relajada considerando la situación.

—Bueno, la vida pasa muy deprisa. Si no te detienes a mirar a tu alrededor de vez en cuando, podrías perdértela.

—Eres hilarante —dijo Farnham.

—Oh, lo siento —dije, fingiendo inocencia—. ¿Has oído esa antes?

—Greg tenía razón sobre ti —dijo—. Estás loca. Pero Aldo también tenía razón sobre ti. Dijo que eras tenaz e ingeniosa.

—¿Hablaste con Aldo Frances? —pregunté, dejando mi actuación por un minuto.

—Sí —dijo Farnham, y se sentó en el borde de su escritorio—. Como probablemente ya sabes, Carter y yo éramos amigos más cercanos de lo que dejábamos ver, y ambos conocíamos a Aldo desde hace mucho tiempo. De una manera u otra, él es responsable de la mayoría de los avances tecnológicos de los que hemos dependido durante los últimos veinte años. Estaba preocupado porque una empresa externa estaba tratando de destruirnos a ambos.

—Pershing.

—Así es.

Miré al techo. —He conocido a algunas de sus personas —dije con una mueca.

—También dijo que sentía que te hubieras visto envuelta en esto, y debo añadir que yo también lo siento.

—Yo también —dijo Valerie Archer. La miré de nuevo. Podía ver el sudor brillando en su frente y en su labio superior, y su pecho subía y bajaba notablemente con su respiración.

—¿Realmente necesita estar aquí? —le pregunté a Farnham—. Por si, ya sabes... —Levanté mi muñeca.

—Esto es sobre el futuro de la empresa —dijo Farnham—. Una empresa que ella podría dirigir algún día. Necesita saber lo que se requiere para ser líder.

—Vaya —dije, alargando la vocal durante unos buenos tres segundos —. Empezabas a caerme bien, pero resulta que eres un auténtico capullo. —Me volví hacia Archer—. ¿Sabes que tenía un acuerdo de acciones con Blalock? Si algo le pasaba a Farnham, y viceversa. Nunca habrías llegado a ser CEO.

—Estábamos teniendo esa discusión cuando llegaste —dijo Archer, y su voz tenía un toque helado.

Los tres saltamos un metro cuando sonó el teléfono plegable. Lo saqué torpemente de mi bolsillo y se cayó sobre la alfombra. Me agaché para recogerlo.

—Uy, uy, es papá —bromeé—. Debimos haber pasado el toque de queda.

Abrí el teléfono y pulsé un botón.

—Adelante para Riley, papito. Estás en altavoz.

—Ya deberías haberte ido —dijo la zumbante voz computerizada—. ¿Hay algún problema?

—Ningún problema, solo nos entretuvimos charlando, eso es todo.

—Sí, veo que la señorita Archer está ahí contigo, tan encantadora como siempre. —Los ojos de Valerie se abrieron alarmados, se volvió hacia la ventana, y luego se alejó del cristal tan rápido como pudo. La voz habló de nuevo.

—¿Tienes el dinero?

Levanté las cejas hacia Ferris Farnham, aunque eso hizo que me doliera el corte en la cabeza.

—Lo tengo —dijo Farnham en voz alta. Abrió un armario y sacó una gran bolsa de lona negra. La puso sobre el escritorio y la abrió. Miré dentro y vi una cantidad escandalosa de billetes de cien dólares, agrupados en fajos de diez mil dólares.

—Vaya. —Esa vez sin sarcasmo. Era una cantidad impresionante de dinero.

—¿No es rastreable? —preguntó la voz.

—¿Cómo voy a saberlo? —pregunté con exasperación—. No soy cajera de banco.

—Está bien —intervino Farnham—. Es todo lo que pediste. Ahora, ¿dónde está el documento?

—Lo obtendrás después de que Riley haya salido del edificio sana y salva.

La cara de Farnham se puso roja.

—Ese *no* era el trato.

—Y sin embargo —dijo la voz en el teléfono—, estás junto a una bomba. He cambiado el acuerdo. Los cinco millones de dólares ahora son por tu vida y la de la señorita Archer.

Me colgué la bolsa al hombro, debía pesar unos cuarenta kilos y era casi tan grande como yo. Trastabillé.

—Esto va a pasar desapercibido —dije con ironía—. ¿Qué les impedirá simplemente seguirme por la calle?

—Una buena pregunta —respondió la voz, y un segundo después hubo un repentino sonido de crujido proveniente de la ventana. Valerie gritó cuando uno de los cuadros de la estantería de Farnham explotó con un estallido de cristales. Me giré hacia la ventana de suelo a techo para ver un agujero del tamaño de una canica, con una corona de grietas a su alrededor.

—Como podéis ver —dijo la voz desde el teléfono—, tengo todo cubierto. Ser un genio criminal es bastante divertido. Nadie excepto Riley sale de la oficina o mueve un músculo hasta que ella haya salido del edificio y me haya entregado la bolsa.

Farnham estaba apoplético a estas alturas.

—¿Quién demonios eres? ¿Así es como haces negocios?

La voz se rio entre dientes. —¿Todo son negocios, señor Farnham? ¿Y qué hay de ti, señorita Riley, la oficial de policía? ¿Has resuelto el crimen?

Miré el teléfono en mi mano.

—No —admití—, pero lo he reducido bastante.

—Oh, por favor, adelante.

Dejé la pesada bolsa en el suelo.

—Valerie Archer, Arthur Vincente o Aldo Frances por codicia, ya que cada uno ascendería si sus jefes murieran, pero solo si *ambos* murieran debido al acuerdo de acciones. Alguien de Pershing por las mismas razones. Ralston para hacer avanzar la carrera de Valerie Archer —Farnham levantó las cejas sorprendido ante esto, y Archer bajó la mirada hacia sus pies—, o Maria Vincente por venganza, o Belinda Blalock por haber sido excluida. El modulador de voz significa que ni siquiera sabemos si eres un hombre o una mujer. O podría ser alguna combinación no relacionada, una parte tras el documento, solo después de la muerte de Blalock a manos de otra parte.

—Felicidades, Riley, acabas de acusar a casi todos los involucrados.

—Estoy bastante segura de que no fue Janice, la recepcionista, pero aparte de eso, sí, soy un desastre en esto.

La voz se rio con su metálico ja ja ja.

—Por otro lado —añadí en mi defensa—, he estado bastante ocupada tratando de no morir durante los últimos dos meses.

—Suficiente —dijo la voz—. Señorita Riley, quiero que tú y la bolsa de dinero estéis de nuevo en la acera y dirigiéndoos hacia el este en cinco minutos.

—¿Y qué hay de nosotros? —exigió Farnham.

—Os quedaréis quietos en vuestra oficina durante una hora, y quizás no os dispare, ni use este lanzacohetes que he traído conmigo para destruir todo el piso 25.

Vaya. Podría ser un farol, pero por otro lado, la preparación por parte de este tipo, o tipa, había sido sobresaliente.

—Vale, papá, cambio y fuera —dije, cerré el teléfono y lo metí en mi bolso de hombro. Levanté de nuevo la bolsa de lona y me la puse sobre el otro hombro. Maldita sea, pesaba mucho. Iba a parecer una idiota tambaleándose por la calle de esta manera.

—No puedes irte —dijo Valerie Archer, acercándose para poner su mano sobre mi hombro—. Te va a matar.

Levanté mi mano para mostrar la gran pulsera adherida a mi muñeca.

—Me temo que no tengo mucha elección. —Me incliné hacia ella y susurré—: Realmente no sospechaba de ti —y sonreí. Me dirigí hacia la puerta, volviéndome hacia Farnham.

—Ferris —dije—, eres mi héroe. —Y me fui.

31

Salí a la luz del sol; debían de ser aproximadamente las 5 de la tarde, y la luz se colaba entre los edificios. Empecé a caminar hacia el norte por la calle Orleans, barriendo con la mirada a derecha e izquierda, buscando a gente que me estuviera buscando. Supuse que el teléfono sonaría en cualquier momento, y estaba en lo cierto. Tuve que detenerme y dejar la bolsa de lona en el suelo para contestar el teléfono.

—Pizzería Giordano —dije al auricular.

—No es momento para bromas, señorita Riley.

—Bueno, no me queda mucho tiempo, así que... ¿adónde voy?

—Stanton Park, ¿lo conoce?

—Por supuesto que lo conozco, soy policía.

—Póngase en marcha.

—Tengo que colgar. No puedo sujetar el teléfono y esta bolsa al mismo tiempo, me está dislocando el hombro.

—Stanton Park, busque al señor Watkins.

La llamada terminó. Watkins, qué maravilla. Me eché la bolsa de lona al hombro y avancé tambaleándome por la calle, bordeando Seward Park. Stanton estaba a unas pocas manzanas más allá. Si Watkins estaba por delante, eso significaba que Salerno probablemente estaba en algún lugar detrás de mí. Preferiría que fuera al revés, ya que ella parecía mucho más peligrosa.

El sudor me caía a los ojos, más por el miedo y la adrenalina que por el esfuerzo. Este era el momento, aquí y ahora, y estaba aterrorizada.

Llegué a la esquina de Orleans y Division, el momento de la verdad. El Stanton Park estaba hacia el noroeste, Ruby y Marty me esperaban, esperaba, hacia el este.

Me detuve en la esquina y saqué ambos teléfonos. Quité la tarjeta SIM de mi smartphone, la dejé caer en la acera y la aplasté con el talón. Sopesé el teléfono de tapa en mi mano por un momento y luego lo lancé tan lejos como pude hacia Seward Park. Cayó entre unos arbustos.

Con eso, me eché la bolsa al hombro y me dirigí hacia el este por Division tan rápido como pude.

El reloj estaba corriendo. Obviamente, el teléfono de tapa tenía algún tipo de dispositivo de rastreo. Cuando dejara de moverse, buscarían en el parque y solo encontrarían el teléfono. Con suerte, sería Selena Salerno, y perdería a quien me seguía. Si había más de uno detrás de mí, o Selena me estaba rastreando a simple vista en lugar de por GPS, esto se iba a complicar mucho más.

Mantuve el ritmo lo mejor que pude, sin atreverme a mirar por encima del hombro hasta que crucé al otro lado de la calle, a la entrada de la Biblioteca Pública Near North Branch. No pude evitar echar un vistazo hacia atrás.

De pie en la esquina donde yo había estado momentos antes, vestida con una chaqueta de motociclista de cuero negro y pantalones a juego, estaba Selena. Me miró con una gran sonrisa y luego me lanzó un beso.

Maldita sea.

32

Entré en la biblioteca y me dirigí rápidamente hacia la parte trasera, donde pude ver a Marty esperando ansiosamente en una mesa de estudio, con su portátil abierto y encendido. Me saludó con la mano, pero yo me desvié hacia un lado y bajé por un pasillo hasta la sección de referencias. Había una mesa grande con mapas y atlas de gran tamaño, y me quité la bolsa de lona del hombro y la metí debajo. ¡Vaya, qué bien se sentía no tener que cargar con eso más! También puse mi bolso debajo.

La bolsa era visible para cualquiera que pasara por el pasillo, pero a situaciones desesperadas, medidas desesperadas, o algo así.

Corrí de vuelta al final del pasillo y giré bruscamente en otra esquina hasta donde Marty estaba esperando.

—Kay —susurró—, ¡déjame verlo, rápido! —Lo ignoré y me dirigí a la gran ventana que daba a un callejón trasero. Abrí el cierre de la ventana y la empujé, luego desengaché la mosquitera y dejé que cayera en los arbustos unos metros más abajo, lo que afortunadamente hizo poco ruido y no llamó la atención. No quería que ningún bibliotecario inocente resultara herido en la realización de esta película.

Marty estaba sacando cables aleatorios del bolsillo de su chaqueta. —Kay, necesito ver el conector, ven aquí.

Me apresuré hacia él, pero en lugar de mostrarle la pulsera, cogí el portátil con una mano y agarré su brazo con la otra.

—¡No hay tiempo! —siseé y lo arrastré a través de la habitación hasta el baño de hombres.

—¡¿Qué está pasando, Kay?! —Me arrebató el portátil como si yo no lo estuviera manejando con la reverencia que merecía.

—¡Sshh! Entra en el cubículo, rápido —dije, y lo empujé dentro, siguiéndolo de cerca. Me deslicé alrededor de él y luego me subí al

tanque del inodoro—. ¡Siéntate! —ordené, y él se dio la vuelta y se sentó. Buen chico.

—Dios mío —exclamó Marty—. ¿De quién nos estamos escondiendo?

—De todos —siseé—. Solo guarda silencio y... ¡oh, mierda!

La luz verde de mi pulsera acababa de volverse amarilla.

—Kay, se nos acaba el tiempo, tenemos que salir de...

La voz elevada de Marty había amortiguado el sonido de alguien entrando al baño, pero ahora ambos oíamos los pasos en el suelo duro.

—¡Señor! —ordenó una voz masculina—. Señor, ¿hay alguien ahí con usted?

Miré a Marty e hice la señal del teléfono con el pulgar y el meñique contra el costado de mi cabeza.

—No, no. Solo estoy hablando por teléfono.

—Señor, debo insistir en que no use el teléfono en el baño, ni en ninguna parte de la biblioteca.

—Lo siento, es muy importante. El Bitcoin está por las nubes y tengo que cerrar este trato.

—No obstante, señor, ¡debo insistir!

Justo entonces la puerta chirrió al abrirse de nuevo y unos zapatos entraron haciendo clac clac en el baño de hombres.

—¡Señora! —dijo el hombre, horrorizado—. Debo insistir en que se marche de aquí inmediatamente.

—Ciertamente usted insiste mucho —dijo una melodiosa voz con un acento familiar. Oh vaya, esto era el colmo. Ella ya me había superado antes, dudaba que pudiera vencerla ahora agachada en un cubículo de baño. Contuve la respiración.

—Solo estoy buscando un anillo que perdí aquí anoche —dijo, y escuché un crujido de cuero cuando se arrodilló para mirar bajo los cubículos.

—¡¿Anoche?! —el bibliotecario estaba perdiendo la compostura—. Tampoco debería haber estado aquí anoche.

—Voy a muchos lugares donde no debería —dijo Selena.

Marty aprovechó este momento para decir en voz alta a su "teléfono": —No, no puedo estar allí hasta al menos las 7 de la tarde, estoy al otro lado de la ciudad. Solo mantén el trato para mí, ¿vale? Adiós.

—Señora, debe salir de aquí ahora, o llamaré al guardia de seguridad. Puede dejar su nombre en recepción, y si aparece su anillo nos pondremos en contacto con usted. —Su voz se desvaneció mientras él y Selena salían del baño, la puerta cerrándose tras ellos.

Exhalé, y luego casi me reí. Estaba sentada en la parte trasera del inodoro con una pierna sobre cada hombro de Marty mientras él permanecía sentado mirando hacia la puerta del cubículo. Parecía que me estaba dando un paseo a caballito cuando tuvo que detenerse para usar el inodoro.

—Buen trabajo —dije, y le alboroté el pelo con la mano.

Se levantó y me ayudó a bajar del inodoro.

—¿Qué hacemos ahora?

Levanté la muñeca para mostrarle la luz amarilla.

—Tenemos que ganar tiempo. Con suerte, Salerno ha salido por la ventana y en la dirección equivocada, porque debemos llegar donde Ruby rápidamente.

Marty dio unos golpecitos a su portátil. —¿Por qué no lo hacemos aquí?

—Luz amarilla significa Plan B. Vámonos.

—Espera, ¿qué es el plan B?

—B es de "brutal".

—¿Brutal?

—Puedes repetirlo, McFly.

33

Dejamos la bolsa con el dinero donde estaba. Era posible que Farnham hubiera puesto algún tipo de localizador en ella y, de ser así, Watkins o Salerno podrían seguir a la gente de Farnham cuando vinieran a buscarla. No quería estar sujetándola cuando eso ocurriera. Y, además, ya no tenía tiempo para arrastrar ese trasto. El dinero no sirve de nada si estás muerto. Antiguo proverbio checo. Alguien notaría la bolsa pronto, pero para entonces todo habría terminado. De una forma u otra.

Salimos directamente por la puerta principal. Si ella pensaba que yo seguía en la biblioteca, estábamos muertos seguro, pero no pasó nada. Cruzamos corriendo la calle hasta el aparcamiento del Hospital de Animales Gold Coast, y vimos el coche de Ruby en la esquina trasera. Cuando nos acercamos, salió de un salto y me dio un abrazo tremendo.

—¿Qué está pasando? ¡He estado frenética! —Miró hacia mi muñeca y vio la pulsera gigante, con la luz brillando en amarillo—. *Kurva*! ¿Qué hacemos ahora?

—Plan B, ¿has traído todo?

—No podemos hacer eso. Es ridículo.

—Kay —interrumpió Marty—. Ven aquí, por favor.

Había instalado el ordenador en el capó del Subaru familiar de Ruby, y cuando me acerqué conectó un cable desde el ordenador a la toma de la pulsera. La luz amarilla de la pulsera parpadeó por un momento, y todos contuvimos la respiración, pero no explotamos, y la luz volvió a quedarse fija, así que Marty se puso a trabajar en el hackeo.

Ruby estaba de pie detrás de nosotros, con los ojos recorriendo la calle, la mano en el bolsillo donde, supuse, llevaba una pistola. A

veces era difícil recordar que una vez había sido agente de calle, pero estaba asegurando la escena como una profesional.

—Dime qué pasa, Marty —dije, mientras sus dedos volaban sobre el teclado.

—Ah, parece un poco más difícil de lo que pensaba —admitió. Tenía el ceño fruncido y la boca contraída en una mueca profunda.

—Tenemos un horario que cumplir, tío.

—Pensé que haríamos esto cuando la luz estuviera verde.

—Sí, bueno...

—Ah —sus ojos se iluminaron—. ¡Claro, *claro*! Debería haberlo visto.

—¡Martín! —gruñó Ruby, sin darse la vuelta.

—Lo he descifrado —cantó victorioso. Solté un suspiro de alivio—. Llevará unos cinco minutos —añadió.

Mierda.

—Eso es demasiado tiempo —me quejé y golpeé el coche con el puño—. Necesitamos ganar más tiempo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Ruby, lista para la acción.

—Saca las cosas del coche, y déjame tu teléfono.

—No —dijo, horrorizada.

—Solo por si acaso. Creo que puedo ganar tiempo, pero tenemos que estar listos. Si esa luz se vuelve roja solo tenemos 10 segundos antes de que explote.

A regañadientes, Ruby dejó su puesto y fue al portón trasero de su coche. Sacó una cuerda elástica, un litro de Gatorade, una bolsa de plástico de Osco, una mini grabadora, un rollo de cinta adhesiva y la espada, y luego colocó los objetos sobre el capó del coche.

A pesar de su concentración en el teclado, la espada llamó la atención de Marty y soltó un pequeño grito de sorpresa.

—¡Es de Gina! ¡Te pedí específicamente que no la tocaras!

Tragué un enorme sorbo de Gatorade. —Lo siento, colega, esa es la menor de mis preocupaciones.

La comprensión le golpeó y sus cejas se dispararon hacia arriba.

—Oh, no. Oh no, no, no ¡no puedes hacer eso!

—Si la luz se vuelve roja, lo voy a hacer.

—Te desangrarás.

Señalé el letrero en el lateral del edificio. Hospital de Animales Gold Coast. —No lo haré.

—¡Es un *hospital de animales*! —protestó Marty.

—Hacen amputaciones, mi vecino los usó el año pasado.

—¡A perros! ¡No a personas!

—¿Cuánta diferencia puede haber?

—No puedes.

—Prefiero perder una mano que estar muerta, pero si te das prisa con esa cosa no tendremos que preocuparnos.

—Claro, claro —dijo Marty y volvió rápidamente al portátil.

Tomé otro trago enorme de Gatorade, terminando la botella. Tenía que estar hidratada.

—Voy a llamar a Aldo ahora —les dije a ambos. Ruby me entregó su teléfono.

—Vigila la pulsera, Ruby. Si la luz se vuelve roja, me pasas la espada y corres. Los dos, corred. Yo daré el corte, lanzaré la pulsera sobre la valla, y os seguiré.

—Déjame quedarme y hacerlo yo.

—Es demasiado peligroso.

—Podríamos hacerlo ahora —ofreció Ruby—. Mientras aún está amarilla. Sería más seguro.

Tenía sentido. Pero, después de todo, estaba muy apegada a mi mano. Y tenía miedo. Sentía que sería mucho más fácil tomar esa decisión cuando la alternativa inmediata fuera la muerte.

—No —decidí—. Marty puede con esto, sé que puede hacerlo. Este es solo el plan de respaldo.

Marty hizo un ruido en su garganta que podría describirse como un gemido, y sus dedos parecieron moverse aún más rápido.

Marqué el número de teléfono.

34

—Sí, ¿quién es?

—Aldo, soy yo, Kay Riley.

—Oh, Dios mío, señorita Riley. ¿Está bien? Ferris Farnham acaba de llamarme.

—Estoy bien.

—Me llamó para advertirme. Dijo que podrías estar dirigiéndote de vuelta a Illcom para intentar hacerme volar por los aires.

—No, pero Selena Salerno me ha placado y me ha puesto una pulsera explosiva.

—Eso es lo que me dijo. He estado desesperado por contactarte, pero tu teléfono se apagó. ¡Puedo ayudarte!

—Lo sé, eres el único que ha desactivado una de estas cosas, pero no quiero ponerte en peligro —no pude evitar pasearme de un lado a otro, lo que hizo que Marty me lanzara una mirada de enfado cuando accidentalmente tiré del cable conectado a la pulsera. Me quedé quieta—. La luz se ha puesto amarilla, Aldo, porque estúpidamente dejé caer el teléfono que Selena me dio y se estrelló en la acera. Estaba arrastrando esta estúpida y pesada bolsa de dinero y perdí el equilibrio. ¡Ahora cree que estoy intentando escapar. ¡Va a hacerme volar!

—Debes venir a verme de inmediato. Puedo enviarte un coche si eso te ayuda, para que no tengas que cargar con el dinero.

—Gracias, Aldo, eso sería genial.

—Todavía tienes el dinero, ¿verdad?

—Sí, lo tengo. Supongo que mientras aún lo tenga, no detonará la bomba. He visto explotar una de estas cosas y definitivamente destruiría también todo el dinero.

—Vale, bien. ¿Dónde estás exactamente? Oigo perros ladrando.

Me giré y miré el hospital de animales. Había estado tan concentrada que ni siquiera los había oído.

—Estoy en West Scott; estoy justo fuera del parque donde se supone que debo encontrarme con ellos. Hay gente jugando con perros en el parque.

—Muy bien, querida, no te asustes. Tendré un coche allí en dos minutos. No entres al parque.

—Pero la luz está amarilla, Aldo.

—No te preocupes por eso, quédate exactamente donde estás.

Colgó el teléfono.

Miré a Marty.

—Tenemos dos minutos.

35

—Eso va a estar muy justo —dijo Marty con voz de pánico.

—Ruby, trae el cordón elástico —ordené. Preparé la bolsa de plástico y arranqué una larga tira de cinta adhesiva del rollo y la dejé colgando del espejo lateral del coche.

Torniquete, cortar, lanzar, bolsa sobre el muñón, cinta, correr al hospital. Podría funcionar. Y entonces por fin tendría un apodo aparte de "Roja". Si tenía suerte, iba a tener una oportunidad más para salir de esta con palabras. Si no tenía suerte, me llamarían Muñona.

Ruby ató el cordón elástico alrededor de mi antebrazo, justo por encima de la pulsera. No necesité decirle que lo apretara bien; Ruby no hacía las cosas a medias. Ella también estaba sudando, y su rostro reflejaba una mezcla de incredulidad y horror. Me sentí mal. ¿Cómo habíamos llegado a esto? ¿Estaba segura de que nada de esto era mi culpa, o había algo que podría haber hecho para evitar todo esto?

Ruby me acercó al coche y colocó mi antebrazo contra el capó de manera que el codo y la parte superior del brazo quedaran fuera del coche. Miré mi mano, anaranjada bajo la luz del atardecer, y ya parecía desencarnada y solitaria.

Ruby cogió la espada y la sopesó.

—Lo haré yo —dijo.

—¡Tenéis que salir de aquí!

—No, esta cosa es demasiado pesada para que la manejes con una sola mano, y el arco no es correcto.

—Ruby, no puedes.

—Ya casi está —dijo Marty—. Ca-si. Es-tá.

Y entonces el teléfono volvió a sonar y casi lo dejé caer del susto.

—¡Aldo! —dije con voz de pánico al contestar.

—¿Dónde está? —exigió.

—Estoy en el Starbucks al otro lado de la calle. No quería quedarme en la acera por si Salerno aparecía buscándome.

Hubo una larga pausa.

—¿Lo ha sabido desde cuándo?

Maldición. Hora de improvisar.

—Desde hace bastante, Aldo. Creo que desde el partido de béisbol.

—¿Así que ese pequeño discurso que dio en el despacho de Farnham solo pretendía despistarme?

—¡Entonces *sí* estaba escuchando!

—Por supuesto que lo estaba.

—Y Salerno y Watkins trabajan para usted.

—Por supuesto que sí.

—Y Pershing no tiene nada que ver con esto.

—Bueno, quizás ahora sí, ahora que ambas empresas están tambaleándose por todo este caos. Ya no es realmente mi preocupación.

—Claro, esa parte no la entiendo —miré frenéticamente a Marty, pero estaba tan concentrado en su teclado que no levantó la vista—. Si le devuelve el documento a Farnham, ya no será el director de Illcom. ¿No es eso lo que quería? —Mantenlo hablando. A los villanos les gusta soltar monólogos, ¿verdad?

Aldo se rio.

—Sí, es gracioso, ¿no? Un caso de cuidado con lo que deseas. Todos esos años creando proyectos nuevos e innovadores, solo para ver cómo Carter y Ferris se llevaban todo el mérito, todo el dinero...

—Pero usted debe de haberle ido bastante bien, también...

—Honestamente, hice algunas malas inversiones. Para eso son los cinco millones de dólares. De todas formas, resulta que ser director ejecutivo no es lo mío. Es un verdadero incordio, en realidad. Sin paz ni tranquilidad, sin posibilidad de hacer ningún trabajo real. Solo constantes detalles absurdos.

—Es usted un hombre de visión general.

—Exactamente. Así que en lugar de dirigir los negocios, los cinco millones de dólares. Dos millones saldan mis deudas, los otros tres millones me mantienen cómodamente el resto de mi vida.

—Realmente es usted una mente criminal.

—Y usted está ganando tiempo, Riley. Es hora de terminar con esto.

Marty levantó la cabeza y sonrió, dándome un gran gesto de aprobación con el pulgar. Luego su ordenador emitió un pitido, y frunció el ceño, y volvió a bajar la cabeza.

—Bueno, por supuesto que lo estoy. A diferencia de usted, yo nunca pedí nada de esto. Pero he sido policía el tiempo suficiente como para saber que entregarle el dinero no me habría sacado de problemas.

—¿Está diciendo que soy deshonesto?

—Aldo, acaba de admitir su culpabilidad ante mí. Nunca lo habría hecho si tuviera alguna intención de dejarme vivir una vez que tuviera el dinero.

Ruby se había acercado a mí e inclinó la cabeza para poder escuchar la conversación. Hizo una mueca cuando dije esto. No creo que hasta ahora se hubiera dado cuenta de que el Plan B iba a ser nuestra única salida. No podíamos simplemente darle el dinero.

—Pero señorita Riley, guardaremos el secreto mutuamente. Desactivaré la pulsera y le daré 500.000 dólares para que mantenga la boca cerrada sobre todo lo que ha ocurrido.

—Sigo siendo la principal sospechosa. Iría a prisión de por vida.

—Estoy seguro de que 500.000 dólares le comprarían un viaje a alguna isla tranquila.

—Necesitaría como dos millones para eso.

Aldo suspiró. —Esperaba evitar destruirla a usted y al dinero, porque esto ha sido mucho trabajo, pero si eso es lo que tengo que hacer...

Golpeé el capó del coche con las uñas para llamar la atención de Marty. Levantó la vista, respirando con dificultad. Levanté un dedo y articulé en silencio "un minuto". Él negó con la cabeza en un pánico descontrolado y volvió a teclear.

—¡Pero acaba de decir que necesitaba el dinero para sus deudas!

—Así es, pero no tiene por qué ser *ese* dinero. Puedo volver a hacer todo de nuevo con otra pulsera. Otro Blalock. Otra como usted. Estoy seguro de que Farnham puede permitirse otros cinco millones de dólares.

Al oír esto, Ruby dio dos pasos atrás, encontrando una postura cómoda mientras sopesaba la espada para sentir su peso. Me arrodillé junto a la rueda delantera del coche, manteniendo mi brazo en su lugar con la mano sobre el capó, para que ella tuviera un tiro limpio a mi muñeca. Nunca la había visto tan decidida.

—Pero Aldo...

—Lo siento, señorita Riley, ya no tiene nada que ofrecer. Usted misma admitió que nunca iba a dejarla vivir. Es hora de seguir adelante.

—Pero Aldo...

La línea se cortó y la luz de la pulsera se volvió roja.

36

—¡Ruby, dame la espada!

—¡No!

—¡Marty, corre!

—¡No, yo me encargo!

—¡Se acabó el tiempo! —La luz roja comenzó a parpadear rápidamente.

Ruby levantó la espada sobre su cabeza.

—Prepárate —dijo. Y contó en voz alta—: ¡Tres... Dos... Uno!

Lanzó un golpe hacia abajo.

Se oyó un pitido mientras la luz se volvía verde y el brazalete se abrió de golpe. Me aparté, pero era demasiado tarde.

El dolor era insoportable.

Hubo una explosión de sangre.

Me desmayé.

37

Y ahora una actualización sobre la noticia de la semana pasada, lo que inicialmente se pensó que era una explosión de gas en la zona oeste cercana. Las autoridades han confirmado una denuncia anónima, adquirida en exclusiva por esta cadena, de que la explosión fue causada por una bomba ubicada en el apartamento de la agente Kay Riley, la notoria fugitiva buscada por el atentado contra las oficinas de Illcom y Farnham en abril.

Nuestra fuente nos informa que la policía confirma la muerte de Riley, basándose en la investigación de la escena, que contenía no solo restos positivamente confirmados como los de la sospechosa, sino también grandes cantidades de dinero estadounidense, quemado y destruido en la explosión.

Puede que nunca conozcamos todos los detalles de los "Atentados de la Roja Riley", como se les está llamando, ya que la Policía de Chicago ahora describe el caso como oficialmente cerrado.

En realidad, no estoy muerta. Marty desactivó la pulsera justo cuando Ruby bajó la espada. Retiré la mano, pero aun así logró cortarme el meñique y el anular.

Es risible que pensara que podría hacer eso yo sola, luego envolver el muñón con la bolsa de plástico y después caminar por mi propio pie hasta el hospital veterinario. El dolor fue como un bisturí blanco directo a mi cerebro, y me desplomé inconsciente. Me desmayé completamente. Ni siquiera puedo imaginar cómo habría sido perder toda la mano.

Marty vomitó mientras Ruby envolvía mi mano con la bolsa de plástico. Cuando Marty se recuperó, me cogió en brazos y me llevó al hospital veterinario. Ruby nos siguió, blandiendo su pistola. No se alegraron de vernos, según me contaron, pero tras un minuto se pusieron a trabajar con la seriedad de profesionales bien formados. Aparte del incesante ladrido de los perros y el vago olor a animales,

el lugar parecía limpio y eficiente. Una de las ayudantes hizo un movimiento discreto hacia el teléfono, pero Ruby la detuvo con una ceja levantada y un gesto de la pistola.

Para entonces, ya estaba despierta, y comenzó otra discusión con Ruby cuando me negué a que me volvieran a colocar los dedos. Ella culpó a los analgésicos, pero yo ya tenía un plan en mente. El Plan C. Les di un nombre falso y luego envié a Marty a buscar la bolsa con el dinero y mi bolso. La veterinaria de guardia cosió mi mano con pericia. El corte estaba justo en la base de los dedos, y tuvo que tomar un injerto de piel de la parte carnosa de mi pulgar para hacerlo correctamente. Quedé impresionada. Si alguna vez tuviera un perro, definitivamente lo llevaría allí, aunque el personal probablemente saldría corriendo al verme llegar.

Cuando todo terminó, utilizamos la cinta adhesiva para atar al personal y escapar. Me sentí bastante mal por eso, después del gran trabajo que habían hecho cosiéndome, pero les prometimos que llamaríamos a la policía una vez estuviéramos a cierta distancia. También les dejamos diez mil dólares en efectivo. El incidente nunca salió en los periódicos, así que o no me reconocieron por las noticias o pensaron que era mejor guardar silencio.

La siguiente parte del plan fue ejecutada por Ruby y Marty, mientras yo dormía el sueño de los drogados en mi pequeña habitación universitaria. (Devolvimos la espada exactamente donde la habíamos encontrado, después de limpiarla, por supuesto).

Marty reactivó la pulsera. Llevó un millón de dólares, la pulsera, mis dedos en una bolsita y algunos otros objetos a mi apartamento. Me inquietaba que Marty hiciera trabajo de campo, pero al final salió bien. La policía ya no vigilaba el lugar, y no había señal de Watkins o Salerno, lo cual fue bueno porque necesitó tres viajes para trasladar todo lo necesario desde el coche hasta mi apartamento.

Desearía haber estado allí para ayudar. Esto, más que cualquier otra cosa ocurrida desde aquella primera noche en el Edificio Farnham, marcó un punto sin retorno. A partir de esta noche, Kay Riley solo

existiría en los archivos policiales y en la memoria de unas pocas personas.

Marty ató la pulsera a cuatro bidones de gasolina, y la colocó en mi salón encima del montón de dinero. Dejó los dedos en la habitación contigua. Iba a ser una gran explosión, y necesitaban estar lo suficientemente lejos para evitar daños.

Luego activó la alarma de incendios para asegurarse de que todos habían salido del edificio, regresó a su coche a una manzana de distancia, y detonó la bomba de la pulsera.

Así es, hice un Peter Pettigrew. La policía encontró los dedos, cuyas huellas coincidían con las de mi expediente laboral, y encontraron los restos destrozados de una gran cantidad de dinero. El dinero era para beneficio de Aldo. Para que yo estuviera a salvo, él tenía que suponer que yo estaba en mi apartamento, con el dinero, cuando terminó nuestra conversación telefónica.

Lo siguiente fue la parte de Ruby en el plan, que implicaba ir a la policía. Había grabado mi conversación con Aldo en el teléfono de Ruby. ¿Cómo es posible que un ingeniero de telecomunicaciones no se diera cuenta de que podría ser grabado durante una llamada? ¡Y yo pensaba que era *yo* la aficionada!

Aldo fue arrestado. Afirmó que la grabación era falsa, pero finalmente la policía encontró a Alan Watkins, cuyo jefe en la empresa de seguridad desconocía la naturaleza del trabajo que estaba realizando para Frances. Estaba indignado, y pudo corroborar varios de los hechos que Ruby había presentado.

Oh, cómo me hubiera gustado estar allí para ver a Frances escoltado fuera del edificio, por mi propio capitán, nada menos. En lugar de eso, lo vi en las noticias, a través de una neblina de opiáceos, que me hizo reír incontrolablemente cuando lo metieron en la parte trasera de un coche patrulla. Habría sido estupendo esperarle en su casa una noche, en la oscuridad, a que llegara. Me habría gustado, pero el Plan C, quedarme con el dinero, dependía de que Aldo pensara que estaba muerta. O tenía que matarle *a él*, y a pesar de

las preocupaciones de Ruby, no tenía intención de convertirme en una delincuente endurecida. Delincuente sí, endurecida no.

A regañadientes, Ruby también había ido a Muebles Shelby para informarles de que seguía viva. Ella pensaba que sería mejor si ellos también creían que estaba muerta, pero al final, lo hizo por mí de todos modos. El tío Elgort merecía saber que su ayuda no había sido en vano, y Nick necesitaba saber que estaba viva.

La policía me exoneró póstumamente. No recibió mucha cobertura en los medios, al igual que la detención de Aldo. Probablemente por insistencia de Ferris Farnham, que simplemente quería que todo el asunto se barriera debajo de la alfombra para que el precio de sus acciones pudiera volver a donde estaba antes. Mi inocencia también significaba que Ruby y Marty no tendrían problemas por lo que habían hecho para ayudarme.

Nadie pudo localizar a Selena Salerno, pero eso no me sorprendió en absoluto. Estaba preocupada por ella, lo que se manifestó en una serie de sueños incómodos e inquietantes. Si alguien podía ver a través de todo este plan, sería ella. Pero, ¿lo haría? Y si lo hacía, ¿por qué debería importarle? Era una mercenaria, y no parecía tener mucho sentido que se presentara y se expusiera al escrutinio policial.

Así que eso es todo. Elegí seguir muerta para poder quedarme con dos millones de dólares. Parecía un intercambio justo por mi antigua vida y dos de mis dedos.

¿Dos millones? Bueno, había prometido un millón a Marty, y cumplí esa promesa. Y también le había dado un millón a Ruby, para que pudiera jubilarse con lujo. El último millón, tristemente, lo volamos en mi apartamento, para asegurarnos de que todo fuera *realmente* convincente.

Todavía me estoy recuperando de todo lo sucedido, tanto emocional como físicamente. ¿Qué haces con tu vida cuando eres un fantasma millonario? Tenía algunas ideas, y no incluían coches nuevos lujosos ni joyas. Se supone que los policías odian a los vigilantes, pero

honestamente creo que a muchos les encantaría ver a alguien intervenir y hacer las cosas que a ellos no se les permite hacer. Eludir las reglas en aras de la justicia. Chicago tiene muchos problemas, y muchas personas bien intencionadas están haciendo todo lo posible para mejorar las cosas. No soy Batman, pero seguramente hay algunas zonas sombrías de la ciudad en las que puedo ayudar a arrojar algo de luz a mi manera modesta. Y tenía a Ruby para que funcionara como mi conciencia, en caso de que alguna vez me excediera.

Primero, sin embargo, necesitaba aprender a usar lo que quedaba de mi mano izquierda. Luego hablaría con el tío Elgort sobre aprender algunos de los aspectos más matizados de ser una delincuente.

Mientras tanto, me ejercitaba, practicaba taekwondo y me puse al día con un montón de lecturas (con mi flamante carné de biblioteca de Georgette Wrigley).

Además, ya no me buscaban por asesinato, y había resuelto el caso, así que parecía que Nick y yo finalmente iríamos a esa cita. Mi carrera como policía había terminado, por no mencionar mi carrera como pianista profesional, pero el futuro estaba abierto de par en par y, en muchos sentidos, me había tocado el premio gordo.

Fin

Lee un extracto de Diamante Blanco

Una Aventura de Red Riley #2:

Estaba en la casa de Ruby junto al lago Nippersink en un gélido día de diciembre cuando Selena Salerno me encontró. Era un momento que había temido durante meses, esperando que nunca ocurriera. Ahora había sucedido.

Cuando saltó la alarma silenciosa, esperaba que fuera un error. Un ciervo, o quizás solo el viento soplando tan fuerte que había activado un sensor. La sensación térmica hacía que pareciera la Antártida ahí fuera, y no me hacía mucha ilusión abrigarme para recorrer el cuarto de milla hasta el perímetro. Pero Marty me había asegurado que este sistema de seguridad era excelente, y después de algunas calibraciones de las cámaras al principio, parecían estar haciendo su trabajo.

Cogí un walkie-talkie de la encimera de la cocina.

—El, ¿me recibes? El, ¿me estás escuchando?

Hubo una larga pausa, y luego una voz fatigada respondió.

—Te recibo, Kay. ¿Cuánta de esta maldita leña tengo que cortar?

—¿Cómo de caliente quieres estar?

—Ahora mismo estoy sudando. Y me están matando los brazos.

—¿Puedes revisar la cámara seis? Ha saltado la alarma.

—Lo haré. ¿Puedo entrar después?

—Lo siento —dije, pulsando repetidamente el botón—. Se está cortando la comunicación.

Apagué el walkie y me acerqué al escritorio con el ordenador en el porche acristalado. Estoy bastante segura de que antes de que Ruby comprara la casa, el viejo pescador que la poseía utilizaba esta zona como mesa de trabajo para atar moscas. Había una encimera desgastada con un pequeño tornillo de banco montado en ella, y un

viejo tablero de clavijas fijado a la pared de arriba. La casa, en su mayor parte, no olía a pescado viejo. En su mayor parte. Todavía quedaban algunas tareas de pintura y renovación por hacer.

Solo habían pasado seis meses desde que me convertí en un fantasma. Algún día venderé los derechos del libro y de la película, y podréis conocer toda la historia. Versión corta: era una discreta agente de policía de Chicago, a quien erróneamente se consideró una criminal maestra decidida a derribar dos grandes empresas de telecomunicaciones. Cuando el polvo se asentó, fui exonerada, pero se creía que había muerto en una enorme explosión en mi apartamento.

Solo un puñado de personas sabía que había sobrevivido, y solo Ruby y su sobrino Marty sabían que me las había arreglado para marcharme con unos cuantos millones de dólares, que compartí con ellos. Ruby compró esta cabaña aislada en el bosque, donde paso la mayor parte de mi tiempo entrenando, y Marty alquiló una gran oficina en el centro de Chicago para expandir su negocio, Technology Acquired.

La alarma volvió a sonar, haciéndome saltar. Las alarmas silenciosas solo son silenciosas en el punto de contacto. Esta era ruidosa en la quietud de la sala de control. Vale, el porche trasero. Todavía estaba trabajando en toda la nomenclatura, pero "sala de control" sonaba bastante genial.

Examiné la transmisión de las seis cámaras, pero todo lo que podía ver era blanco. Había nevado fuerte la noche anterior y todavía nevaba ligeramente. Miré atentamente la imagen, que era nítida, pero pequeña y en blanco y negro. Es posible que necesitara gafas de lectura.

¡Allí! Algo se movía entre los árboles, casi invisible en este clima. Allí estaba otra vez. Una persona, vestida toda de blanco, se movía sin esfuerzo en la nieve profunda, revoloteando como un fantasma. Me incliné cada vez más cerca, hasta que mi cara estaba a centímetros del monitor. El intruso saltó ágilmente sobre un tronco caído. Llevaba un traje ajustado blanco que le cubría de pies a cabeza, con solo un

pequeño recorte para la cara, que estaba mayormente oculta por un par de gafas tintadas, y otro recorte para la coleta.

Di un salto hacia atrás desde la pantalla y jadeé. Mierda. Solo podía ser una persona. La agilidad, la audacia y el sentido de la moda me decían que tenía que ser Salerno. ¿Qué demonios había hecho yo para merecer esto?

Corrí de vuelta a la cocina y agarré salvajemente el walkie-talkie, derribando y rompiendo un vaso en el proceso. Presioné frenéticamente el botón de hablar, repetidamente, y luego me di cuenta de que estaba apagado.

Encendiéndolo, siseé: —¡El! ¡El! Park, ¿me copias? Retírate. ¡Retírate ahora! —Iba a ser la primera espía en la historia en conseguir que matasen a su ayudante en la primera escena. *Sabía* que debería haber permanecido sola. No hubo respuesta por la radio. Lo intenté de nuevo—. Retírate —susurré—. De hecho, escóndete. Escóndete y llama a Ruby —añadí, dándome cuenta de que el ruido del walkie podría atraer la atención de Salerno.

Gracias a Dios ya tenía puestas las botas, porque esas condenadas tardaban una eternidad en atarse. Me puse la chaqueta acolchada y corrí fuera, bajando los escalones traseros. Había un cobertizo entre la casa y el bosque, y me abrí paso hacia él a través de la nieve. Colgados en la parte trasera del cobertizo había dos kayaks azul brillante, y saqué un remo de uno de ellos. Era rudimentario como arma, pero al menos sería algo. Maldita sea, mis dedos ya se estaban congelando, pero los guantes estaban dentro y era demasiado tarde para volver; podía oír el suave crujido de alguien avanzando con cautela a través de la nieve.

Me centré y controlé mi respiración. Al mantener una mano ligeramente sobre mi nariz y boca y exhalar lentamente, me aseguré de que mi aliento visible no se extendiera más allá de la esquina del cobertizo.

Esperé. Y esperé. Los pasos sonaban más cerca, pero apenas hacían ruido. Por un momento, entré en pánico. ¿Y si fuera El

escabulléndose de vuelta a la cabaña? No, el movimiento era demasiado silencioso, casi imperceptible. De hecho, justo comenzaba a preguntarme si realmente lo estaba oyendo cuando, de repente, una nube de vapor pasó por el extremo del cobertizo.

Di un paso adelante, gritando un kiyap, y balanceé el remo con ambas manos. Efectivamente, el intruso estaba justo ahí. Ella logró levantar el antebrazo para bloquear el golpe, pero la fuerza del mismo la envió contra el lateral del cobertizo con un golpe sordo. Aun así, fue capaz de patear con su pierna, fuerte y alta, y golpearme en la cadera mientras yo giraba con mi balanceo. La fuerza me tiró de lado al suelo. La nieve estaba compacta aquí en medio del patio, y deliberadamente rodé lejos de ella, unos dos o tres metros, todavía agarrando el remo, antes de saltar de nuevo a una posición de alerta.

Ella se rio con esa risa suya profunda y sensual, quitándose las gafas y sonriéndome. Era ella, sin duda. Se llevó la mano a la cabeza y se quitó la capucha, sacudiendo la cabeza y balanceando su larga coleta castaña de lado a lado. Aproveché la oportunidad para avanzar y dar un golpe hacia su cabeza, pero me vio venir y esquivó el remo.

—Red —dijo, todavía con una sonrisa en su rostro—. No estoy aquí para pelear contigo, honestamente. —Extendió sus manos, con las palmas hacia arriba, como en súplica. Di un paso hacia ella, y con un movimiento rápido como un rayo agarró el extremo del remo y tiró. Lo estaba sosteniendo con mi mano izquierda, a la que le faltaban el anular y el meñique, así que mi agarre era pobre y ella me arrebató fácilmente el remo. Me reprendí por cometer un error de principiante, apartándome el pelo de los ojos y retrocediendo lentamente mientras ella avanzaba. Unos pasos más y pasé el gran tronco para cortar leña, continuando retrocediendo hasta que mi espalda baja chocó con la pila de leña perfectamente apilada. Busqué el hacha pero no estaba por ninguna parte.

—Debes estar congelándote con ese atuendo —le dije. El retraso y la distracción eran dos de mis mayores activos, y entre los únicos de

los que disponía actualmente—. ¿Cómo me has encontrado?

—Bueno, después de nuestro incidente con los diamantes, quedó claro que no estabas muerta. —Comenzó a rodear lentamente el tocón de cortar leña, y yo igualé sus pasos en un lento círculo en sentido horario—. Buen trabajo, por cierto. Logrando esa hazaña.

Habíamos dado una vuelta y media alrededor del tocón, ambas cautelosas.

—De todos modos —continuó—, llevó algo de investigación descubrir que tu amiga tiene una cabaña aislada en el campo. Pensé que valía la pena echar un vistazo. *Eschúcha*, solo estoy aquí porque necesito tu ayuda.

Eso parecía improbable. Era cierto que la había ayudado, probablemente incluso salvado su vida, pero no creía que ella supiera sobre eso, lo que había hecho, o incluso que fui yo. Además, ¿para qué podría necesitar mi ayuda? Ella era una fuerza de ataque de una sola mujer.

—Bueno, eso es interesante...

Fui interrumpida por Ellery Park, que había estado escondida detrás de la pila de leña todo el tiempo. Apareció detrás de Selena, sosteniendo el hacha al revés, agarrando el mango justo debajo de la hoja. Antes de que pudiera decir o hacer algo, golpeó fuertemente a Salerno en la parte posterior de la cabeza con la culata del hacha.

Selena cayó al suelo, gimiendo. La sangre roja profunda fluía desde su cabeza a la nieve blanca mientras El y yo corríamos a su lado. Recogí un puñado de nieve y lo sostuve contra la parte posterior de su cabeza donde estaba el corte. Intentó darse la vuelta, pero puse suavemente mi rodilla en su espalda, solo para mantenerla en su sitio.

—Vaya —dijo El, algo conmocionada—. ¿Crees que realmente quería tu ayuda?

—No lo sé —dije—. Menos mal que no usaste el extremo afilado, o nunca lo descubriríamos. Vamos a meterla dentro.